



78 ENE/FEB 2013

NEW LEFT REVIEW

Göran Therborn *Las clases en el siglo XXI*

Jacob Collins *La otra teoría francesa*

Patrick Wilcken *La tortura en Brasil*

Michael Cramer *Lecciones de historia de Rossellini*

Andrew Smith *Trabajar cara al público*

Jennifer Pitts *¿Una geocultura liberal?*

Jan Breman *Historias de Annawadi*

Barry Schwabsky *Artistas bajo la bandera*

Mario Sergio Conti

Asesores de imagen en la política brasileña



NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde una Universidad pública, la Universidad de Posgrado del Estado del Ecuador. Esta iniciativa pretende contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación pretende ofrecer a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierta en acción revolucionaria.



Edición en castellano:	Instituto de Altos Estudios Nacionales-IAEN
Editor de la edición en castellano	Carlos Prieto del Campo
Diseño editorial y coordinación editorial	David Gámez Hernández
	Iñaki Vázquez Álvarez
Edición conceptual	Natacha Reyes Salazar
	Francisco Sanz Esteban
Traducción	Jose María Amoroto, Juanmari Madariaga,
	Cristina Piña Aldao
Corrección ortotipográfica	Isabel López Arango
Editor	Susan Watkins
Deputy Editor	Tony Wood
Editorial Committee	Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag,
	Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton,
	Robin Blackburn, Robert Brenner,
	Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn,
	Tom Mertes, Francis Mulhern,
	Dylan Riley, Julian Stallabrass,
	Jacob Stevens, Wang Chaohua,
	Susan Watkins, Tony Wood,
	JoAnn Wypijewski
Associate Editor	Francis Mulhern
Assistant Editor	Daniel Finn
Publishing Director	Kheya Bag
Subscriptions	Johanna Zhang
Online Publisher	Rob Lucas

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

Edita: Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.

Tel: (593)023829900

www.iaen.edu.ec

editorial@iaen.edu.ec

Produce: Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid

Tel: 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

nlr_suscripciones@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

Impresión: Imprenta Editogran S.A.

NEW LEFT REVIEW 78

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO FEBRERO 2013

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Las clases en el siglo XXI	11
JACOB COLLINS	¿Un giro antropológico?	39
PATRICK WILCKEN	La hora del juicio en Brasil	71
MARIO SERGIO CONTI	El ascenso de los creadores de imágenes	91
ANDREW SMITH	Trabajar cara al público	109
MICHAEL CRAMER	Las lecciones de historia de Rossellini	125

CRÍTICA

JENNIFER PITTS	¿Una geocultura liberal?	147
BARRY SCHWABSKY	Artistas bajo la bandera	157
JAN BREMAN	Historias de Annawadi	164

CONTENIDOS

GÖRAN THERBORN: Las clases en el siglo XXI

Desde São Paulo a Pekín, los comentaristas liberales han calificado el ascenso de la clase media de baluarte para el consumo y la democracia en las próximas décadas. Haciendo inventario de estas afirmaciones, Göran Therborn ofrece una visión magistral sobre el paisaje de las clases en el mundo y el peso numérico todavía prodigioso que los trabajadores manuales tienen en el mismo.

JACOB COLLINS: ¿Un giro antropológico?

Junto a las sendas familiares del pensamiento postestructuralista francés, Jacob Collins detecta una trayectoria alternativa en la obra de cuatro pensadores situados en distintos puntos del espectro político. La vuelta a conceptos etnográficos de pertenencia social –fraternidad, familia, fe– en medio de las múltiples crisis de la década de 1970.

PATRICK WILCKEN: La hora del juicio en Brasil

A diferencia de sus vecinos, Brasil aún no ha afrontado los crímenes de su dictadura militar. Mientras la Comisión de la Verdad tamiza las pruebas de torturas, asesinatos y desapariciones –muchos de cuyos supervivientes ocupan ahora altos cargos– ¿cuál será el resultado de un tardío arreglo de cuentas con el pasado?

MARIO SERGIO CONTI: El ascenso de los creadores de imágenes

Un importante periodista considera las transformaciones de la esfera mediática brasileña en el periodo posterior a la dictadura. Reporteros convertidos en comerciantes, políticas convertidas en productos, dinero y poder cada vez más entremezclados, dentro de un paisaje profundamente alterado por las nuevas tecnologías.

ANDREW SMITH: El trabajo cara al público

Meditación sobre las peculiares relaciones de poder entre clientes y vendedores del comercio minorista, basada en la experiencia directa. Necesarios para aplicar la lógica de un sistema sobre el que no tienen control, los dependientes se refugian en formas de resistencia tácita, distanciándose de su ambigua función en los circuitos del capitalismo moderno.

MICHAEL CRAMER: Las lecciones de historia de Rossellini

¿Por qué se dedicó el director de *Roma ciudad abierta* y *Viaje a Italia* a un enorme proyecto de educación histórico-filosófico? Michael Cramer explora la base conceptual y la iconoclasia de la épica televisiva de Rossellini.

CRÍTICA

JENNIFER PITTS reseña el libro de Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*. El fundamental estudio en varios volúmenes sobre la «economía-mundo capitalista» alcanza el largo siglo XIX.

BARRY SCHWABSKY reseña el libro de Anne Wagner, *A House Divided: American Art since 1955*. Pintura y escultura en los tiempos –y a la sombra– de la hegemonía estadounidense.

JAN BREMAN reseña el libro de Katherine Boo, *Behind the Beautiful Forevers*. Crónica entendida sobre la vida en un asentamiento marginal de Bombay.

AUTORES

JAN BREMAN: *entre sus libros recientes se incluyen Outcast Labour in Asia (2010) y The Poverty Regime in Village India (2007); véanse también NLR 40, 59 y 76*

JACOB COLLINS: *estudia historia en la UCLA; véanse también NLR 64 y 74.*

MARIO SERGIO CONTI: *presentador de Roda Viva en tv Cultura; autor de Notícias do Planalto (1999, segunda edición, 2012); en la actualidad está traduciendo al portugués À la recherche du temps perdu.*

MICHAEL CRAMER: *enseña cine en SUNY-Purchase.*

JENNIFER PITT: *enseña ciencias políticas en Chicago; autora de A Turn to Empire: The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France (2005).*

BARRY SCHWABSKY: *crítico de arte para The Nation; entre sus libros se incluyen Vitamin P2: New Perspectives in Painting (2011); véanse también NLR 44 y 56.*

ANDREW SMITH: *enseña sociología en la Universidad de Glasgow; autor de C. L. R. James and the Study of Culture (2010).*

GÖRAN THERBORN: *entre sus libros más recientes: From Marxism to Post-Marxism y The World: A Beginner's Guide (ambos de 2010); véanse también, entre otras, NLR 22, 35, 43, 46 y 56.*

PATRICK WILCKEN: *Investigador en el Equipo de Amnistía Internacional en Brasil, escribe aquí a título personal; autor, más recientemente, de Claude Lévi-Strauss: The Poet in the Laboratory (2010).*

PRESENTACIÓN

La New Left Review, cartografiar la realidad para transformarla

LA *New Left Review* ha recorrido durante los últimos cincuenta años los laberintos de la creatividad de la izquierda mundial; ha hecho que esa creatividad vea la luz inspirando, cruzando y propulsando las luchas por salir de los atolladeros de la explotación capitalista; y ha producido materiales intelectuales de enorme valor para propiciar la creación de subjetividad política revolucionaria. La *New Left Review* ha rastreado las condiciones de posibilidad de lo que podía ser pensado y convertido en acción política por una izquierda que durante ese medio siglo ha atravesado y ha tenido que pensar un fenomenal periodo de reestructuración del capital, que ha protagonizado un ciclo formidable luchas que han cambiado la correlación de fuerzas en el tablero mundial y han sometido a las clases dominantes a una presión constante, cambiante, mutante, transformadora. La *New Left Review* ha cartografiado también cómo las clases populares encajaban la cínica brutalidad de la contrarrevolución permanente del capital en Argentina y Brasil, en Palestina, en Nicaragua, en Ecuador y en Vietnam, en Iraq y en Guatemala, en Congo, en Grecia, en Honduras y en Argelia, en El Cairo y en París, en Dar es-Salam y en Santiago de Chile, en Johannesburgo y en Chiapas.

La *New Left Review* ha mostrado una curiosidad intelectual enorme, incansable, metódica, exhaustiva y brillante sobre lo que ha sucedido en el mundo desde su lanzamiento. Ha hecho que la inteligencia crítica penetre, cartografie y desestabilice todos y cada uno de los campos del saber y la teoría, que siempre se pliegan sobre sí mismos para permitir únicamente la reproducción discursiva y teórica de la bestialidad de la reproducción del capital global y de sus clases dominantes locales. La *New Left Review* ha construido a lo largo de su aventura intelectual una

metodología analítica e intelectual sutil y precisa para contar y desbaratar esa realidad de la ideología dominante y el permanente proceso de construcción de hegemonía por quien la produce mediante la gestión implacable de relaciones de poder siempre calibradas por el cálculo preciso de la reproducción de la explotación y la dominación del capital.

Esta edición de la *New Left Review* en español continúa la lanzada en Madrid en enero de 2000 por militantes de los movimientos sociales europeos radicados en España. Esa edición se produjo justo en el momento en que esos movimientos se erguían en Seattle para imputar a los artífices de la globalización neoliberal los crímenes cometidos durante los veinte años anteriores: los crímenes de lesa humanidad cometidos por las elites y los Estados occidentales en las guerras neocoloniales y genocidas de África central de la década de 1990; en la guerra civil de Argelia y en la ocupación racista, colonial y asesina de Palestina; en la bestialidad ciega impuesta en Europa del Este y en la antigua Unión Soviética mediante la bárbara transición decretada tras 1989; en la abyecta e infame destrucción de Yugoslavia; en la miserable y abominable gestión moral de los flujos migratorios a escala planetaria y especialmente en Europa. Sin olvidar los crímenes perpetrados en América Latina por mor de la aplicación de las políticas de austeridad del Consenso de Washington durante más de dos décadas de cinismo, miedo y destrucción; y lo sucedido en Estados Unidos y en Europa al hilo de la administración despiadada de la crisis actual. La edición de la *New Left Review* que ahora se presenta sigue la parábola de experimentación constituyente y revolucionaria que esos movimientos y procesos políticos han prolongado hasta el día de hoy para atacar la imposición del dogma neoliberal, la gestión autoritaria de la actual crisis sistémica del capitalismo y la destrucción de los derechos y la justicia a escala planetaria.

Hoy el genio de la rebelión ha despertado en América Latina. Desde 1994 brilla en Chiapas, Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina, Brasil, Uruguay, Nicaragua, Paraguay, Honduras y Chile. Esa potencia política global se ha manifestado en los movimientos contrarios a la globalización neoliberal de finales de esa década; ha lanzado al futuro las insurrecciones árabes en Túnez y en la plaza de Tahrir, que han trastrocado irremediabilmente el candado geopolítico de las potencias occidentales; y ha cambiado los códigos políticos con

las revueltas brasileñas del 2013, el movimiento 15M, el movimiento en defensa del parque Gezi, la eclosión griega y Occupy Wall Street. El ciclo de la política antisistémica cumple veinte años de experimentación y creatividad entre movimientos sociales, gobiernos revolucionarios, procesos constituyentes e invención de formas de reorganización social, política y económica para enfrentarse al capitalismo global y sus diseños planetarios.

Y esta vez, siguiendo el hilo rojo de este poder constituyente regional y global, la nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde la Revolución Ciudadana, desde una Universidad pública, la Universidad de Posgrado del Estado del Ecuador. Esta iniciativa pretende contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación pretende, finalmente, ofrecer a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes.

Esta edición de la *New Left Review* cumplirá esas tareas, alimentará las luchas latinoamericanas, energizará esas revoluciones, ofrecerá nociones comunes a los movimientos y a los militantes y activistas que cambian el mundo, producirá realidad desbaratando las ideologías que celebran la dominación, y hará que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierte en acción revolucionaria.

Optimismo de la razón, optimismo de la voluntad.

Carlos Prieto del Campo
Rector del Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN
Quito, enero de 2014.

LAS CLASES EN EL SIGLO XXI

AUNQUE AL SIGLO XX se le podrían adjudicar muchas posibles etiquetas, en términos de historia social fue indudablemente el siglo de la clase obrera. Por primera vez, trabajadores carentes de propiedades se convirtieron en una fuerza política fundamental y pertinaz. Esa novedad fue anunciada por el papa León XIII –dirigente de la organización social más antigua y mayor del mundo– en su encíclica *Rerum Novarum* de 1891. El papa señalaba que el desarrollo de la industria había propiciado «la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la miseria (*inopia*) de la inmensa mayoría», pero que el periodo se caracterizaba también por «la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos»¹. A escala global, los sindicatos consiguieron introducirse en la mayoría de las grandes empresas industriales y también en muchas otras. Los partidos obreros se convirtieron en importantes fuerzas electorales –a veces dominantes– en Europa y sus descendientes de Oceanía (Australasia). La Revolución de Octubre en Rusia ofreció un modelo de organización política y de cambio social para China y Vietnam. India, bajo el mandato de Nehru, se impuso a sí misma como objetivo declarado seguir una «pauta socialista de desarrollo», y lo mismo hicieron la mayoría de los Estados poscoloniales. En muchos países africanos se hablaba de construir «partidos de la clase obrera» aunque en ellos el proletariado no llegara para llenar más que unas pocas aulas.

¹ *Rerum Novarum* (1891), según la versión en castellano de «La Santa Sede», disponible en http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html, y también en la edición bilingüe en latín y castellano de Federico Rodríguez, *Doctrina Pontificia: Documentos sociales*, Madrid, 1964.

El Primero de Mayo comenzó a celebrarse como conmemoración de la masacre de Haymarket en Chicago en 1886 desde el año siguiente; en 1889 el Congreso de la Segunda Internacional convocó su celebración en todo el mundo, que efectivamente tuvo lugar en La Habana y otras ciudades latinoamericanas desde 1890. Las organizaciones obreras se convirtieron en una fuerza importante en las Américas, aunque en general subordinada. El *New Deal* estadounidense marcó una confluencia entre el liberalismo ilustrado y la clase obrera industrial, que consiguió organizarse durante los años de la Depresión mediante luchas heroicas. Puede que Samuel Gompers, fundador de la American Federation of Labor (AFL), representara mejor que nadie el sindicalismo de cortas miras de los obreros profesionales que precedió al *New Deal*, pero fue en cualquier caso un formidable negociador en nombre de los trabajadores cualificados que representaba su movimiento, honrado con un monumento en Washington muy superior a cualquiera de los dedicados a un líder obrero en París, Londres o Berlín².

La exigua clase obrera mexicana no fue protagonista de su revolución –aunque tampoco tuviera en ella un papel desdeñable– pero la elite posrevolucionaria dedicó mucha energía a absorber las organizaciones obreras en su maquinaria de poder. El primer presidente de la revolución, Venustiano Carranza, forjó su base social mediante un pacto con los obreros anarcosindicalistas de Ciudad de México (la Casa del Obrero Mundial), y en la década de 1930 Lázaro Cárdenas dio a las estructuras del nuevo orden una orientación explícitamente obrerista³. Aunque esto difícilmente se podría decir de Getúlio Vargas y su «Estado Novo» en Brasil, uno de sus legados fue un buen número de leyes laborales progresistas. En Argentina fue la movilización de la clase obrera, dirigida en particular por militantes trotskistas, la que llevó a Juan Perón al poder, garantizando desde entonces al sindicalismo argentino –o al menos a sus líderes– una influencia importante en el movimiento peronista. Los mineros bolivianos desempeñaron un papel central en la revolución de 1952, y cuando la producción de estaño se hundió en la década de 1980, fueron los mineros obligados a buscar trabajo en otros campos los que proporcionaron a Evo Morales y sus cocaleros una columna vertebral de cuadros disciplinados con gran capacidad organizadora.

² Aunque superado –merecidamente– por el erigido en memoria del sindicalista irlandés Jim Larkin en la calle O'Connell de Dublín, donde encabezó una famosa confrontación entre huelguistas y policías durante el cierre patronal de 1913.

³ Diane Davis, *Discipline and Development*, Cambridge, 2004, pp. 287-301.

Quizá el mayor tributo a la centralidad de la clase obrera durante el pasado siglo fue el ofrecido por los enemigos más fanáticos de los movimientos obreros independientes, los fascistas. La idea «corporativa» con la que se pretendía unir al capital y al trabajo, acorralando en realidad a este último en un campo cercado por el capital y el Estado, era vital en la Italia de Mussolini. El movimiento que encabezaba Hitler se denominaba Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, y su Alemania se convirtió en el segundo país del mundo –por detrás de la Unión Soviética, pero por delante de Suecia– en establecer el Primero de Mayo como una fiesta oficial, el «Día del Trabajo Alemán». Durante los primeros ochenta años del siglo XX, los trabajadores no podían ser despedidos arbitrariamente. En caso de no estar de su parte, había que mantenerlos bajo un estrecho control.

Los obreros se convirtieron en héroes o modelos, no solo para los artistas izquierdistas de vanguardia, desde Brecht hasta Picasso, sino también para figuras más conservadoras como el escultor belga Constantin Meunier, creador de varias estatuas que representaban obreros en diferentes ocupaciones, y del proyecto de un ambicioso «Monumento al Trabajo» erigido póstumamente en Bruselas e inaugurado por el propio rey. En Alemania el escritor y militar prusiano Ernst Jünger compuso en 1932 un ensayo admirativo, *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*, en el que predecía el final de la *Herrschaft* [dominio] del tercer Estado, que sería sustituido por el de los trabajadores, al tiempo que «la democracia liberal lo sería por un *Arbeiterstaat* [Estado obrero]⁴».

Aunque el siglo de la clase obrera acabó sin duda en derrota, desilusión y desencanto, también dejó tras de sí logros duraderos. La democracia como modelo político universal, cuyas violaciones requieren hoy día argumentos artificiosos, es uno de ellos. El movimiento obrero socialdemócrata fue el principal proponente de la reforma democrática, siguiendo el ejemplo de su predecesor cartista. Hasta 1918 la mayoría de los liberales y todos los conservadores estaban convencidos de que la democracia era incompatible con la preservación de la propiedad privada, por lo que exigían severas restricciones al derecho de voto y la libertad de los parlamentos⁵. La derrota del fascismo por un frente popular intercontinental de comunistas, liberales, socialdemócratas y conservadores como

⁴ Ernst Jünger, *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt* (1932), Stuttgart, 1982, p. 312.

⁵ Véase también mi artículo «The Rule of Capital and the Rise of Democracy», *NLR* 1/103, mayo-junio de 1973.

Churchill y de Gaulle; la caída, que llevó más tiempo, de las dictaduras militares contrarrevolucionarias; y la desaparición del racismo institucional en Sudáfrica y Estados Unidos, establecieron la validez de los derechos humanos a escala global. El derecho de los trabajadores asalariados a organizarse y negociar colectivamente fue otro importante logro de la coyuntura de posguerra. Las fuerzas conservadoras han erosionado recientemente esos avances en Estados Unidos y en el Reino Unido, pero en el ínterin han ganado prestigio en todo el mundo llegando hasta los sectores económicos regulados en África y Asia, y mantienen su fuerza en América Latina y la mayor parte de Europa.

No se puede entender el siglo xx sin una comprensión plena de sus grandes revoluciones, la rusa y la china, con sus profundas repercusiones en Europa oriental, el Caribe y gran parte de Asia oriental y central, por no mencionar su influencia sobre el movimiento obrero y la política social en Europa occidental. Su valoración sigue siendo políticamente controvertida, y desde una perspectiva académica, prematura. Ciertamente es que esas revoluciones dieron lugar a una represión brutal y a episodios de arrogante crueldad modernista que generaron un vasto sufrimiento, como las hambrunas que tuvieron lugar durante los periodos de Stalin y Mao, pero sus resultados geopolíticos están igualmente más allá de toda duda, aunque ése no sea precisamente un criterio de validez desde la izquierda. La Rusia decadente y atrasada, derrotada por los japoneses en 1905 y en 1917 por los alemanes, se convirtió en la URSS: un Estado que derrotó a Hitler y se elevó al rango de segunda potencia mundial, llegando a parecer durante un tiempo un serio candidato a disputar la primacía a Estados Unidos. La Revolución China puso fin a ciento cincuenta años de decadencia y humillación del «Imperio del Centro», convirtiendo a China en una fuerza política global antes de que su avance por la vía capitalista la convirtiera en la segunda economía mundial.

Esas revoluciones del siglo xx han dejado al mundo al menos cuatro legados progresistas importantes. En primer lugar, su reto tuvo un efecto crucial sobre las reformas de posguerra en el mundo capitalista: la redistribución de la tierra en Japón, Taiwán y Corea del Sur, el desarrollo de los derechos sociales en Europa occidental y las reformas de la «Alianza para el Progreso» en América Latina tuvieron como inspiración común la «amenaza» comunista. En segundo lugar, la existencia de un bloque de poder rival con su propia ideología hizo mucho por debilitar el racismo y colonialismo euro-estadounidense. Eisenhower no habría

enviado tropas federales para poner en vigor el final de la segregación en Arkansas de no haber estado preocupado por ganar la batalla de la propaganda contra Moscú. Dos décadas después, las tropas cubanas hicieron retroceder al ejército sudafricano cuando trataba de conquistar Angola, y el régimen del apartheid no habría quedado tan eficazmente aislado sin la sombra arrojada por la Unión Soviética en la política global.

En tercer lugar, se piense lo que se piense del despiadado autoritarismo de sus dirigentes, el movimiento comunista contó con una cantidad extraordinaria de militantes sacrificados y entregados en todos los rincones del mundo. Su adulación de Stalin o Mao era desatinada, pero muy a menudo eran los mejores –a veces los únicos– amigos de los pobres y oprimidos. Su prolongado compromiso exige el respeto de todos los progresistas. Finalmente, y de importancia más cuestionable, existe un legado organizativo que sigue siendo un factor importante en el mundo moderno. Los Estados de las dos grandes revoluciones pueden no seguir siendo faros de esperanza, pero son esenciales para conservar cierto grado de pluralismo geopolítico (y esto incluye a la Rusia poscomunista). La perdurabilidad de Estados dirigidos por comunistas después de 1989-1991 significa que la opción socialista permanece abierta en cierta medida. Si los dirigentes de la República Popular llegaran a concluir que China requiere una base económica socialista para mantener su fuerza nacional, o que nuevos progresos por la vía capitalista ponen en peligro su cohesión social, todavía disponen del poder y los recursos necesarios para cambiar de vía.

Los partidos comunistas o sus descendientes conservan cierta fuerza en muchos países. El comunismo tiene una presencia significativa en la escena política india, aunque se haya escindido en fuerzas enfrentadas: los maoístas mantienen una guerra de guerrillas en regiones tribales, mientras que el Partido Comunista de India (marxista) intenta recuperarse de las graves derrotas electorales tras su experiencia gubernamental en Kerala y Bengala occidental. Hay partidos comunistas sustanciales en Grecia, Portugal, Japón, Chile y la República Checa. Los comunistas griegos y portugueses han desempeñado un importante papel en movilizaciones obreras contra la imposición de las medidas de austeridad económica dictadas por los dirigentes de la eurozona, y la coalición SYRIZA, dirigida por antiguos eurocomunistas, obtuvo el segundo lugar, con muy escasa diferencia, en las elecciones, de mayo primero y luego de junio de 2012. Entre los frutos más innovadores

de la tradición comunista europea está el partido alemán *Die Linke* [La Izquierda], donde se han unido comunistas reformistas y socialdemócratas de izquierdas, así como, varias otras formaciones poscomunistas dignas de mención, desde el *Vänsterpartiet* [Partido de la Izquierda] sueco, al AKEL que ha gobernado en Chipre entre 2001 y 2013, cuando ganó las elecciones presidenciales (en la segunda vuelta) el conservador Nikos Anastasiadis.

El Partido Comunista sudafricano forma parte del bloque gobernante a través de su alianza con el Congreso Nacional Africano; el Partido Comunista do Brasil tiene un papel menor en el gobierno nacional, al igual que los comunistas indios hasta hace muy poco. Los comunistas han vuelto recientemente al parlamento chileno tras un hiato de casi cuarenta años tras el golpe de Pinochet, y la primavera árabe de 2011 hizo posible la reaparición de grupos de izquierda enraizados en la tradición comunista, aunque siguen siendo marginales en la vida política. En Indonesia, en cambio, el renacimiento de la democracia no ha dado nueva vida al partido destruido en 1965 por una de las mayores masacres políticas del siglo, que probablemente excedió, en términos relativos, a las purgas estalinistas de 1937-1938. En otros lugares es de señalar lo rápidamente que se evaporó la tradición comunista después de 1989, abrazando sus partidos el nacionalismo conservador –como en Rusia y las repúblicas de Asia central– o la socialdemocracia de derechas, como en el caso de Polonia y Hungría. Los comunistas italianos consideraron que hasta la palabra «social» era demasiado izquierdista para su gusto, prefiriendo presentarse a sí mismos como Partito Democratico, sin adjetivos, emulando al estadounidense.

El ala reformista del movimiento obrero del siglo xx también nos ha dejado un legado duradero bajo la forma de uno de los principales partidos de gobierno en la mayoría de los países europeos. Actualmente existe un movimiento sindical de ámbito verdaderamente global –algo que no existía hace un siglo– aunque su penetración fuera de Europa occidental sea limitada, si bien hay países como Brasil, Argentina o Sudáfrica excepcionales por la fuerza de sus sindicatos. Los partidos socialdemócratas y laboristas se mantienen, a menudo con electorados mayores que a principios del siglo pasado. Se han implantado en nuevos territorios en América Latina y ciertos países de África, pero los nuevos miembros ganados por la Internacional Socialista han tenido a veces como contrapartida el abandono de cualquier atisbo de principios y la incorporación

a sus filas de personajes tan dudosos como Laurent Gbagbo o Hosni Mubarak y su séquito político.

La socialdemocracia de centroizquierda moderna puede ser todavía una fuerza progresista en algunos terrenos como el de los derechos de la mujer, los niños y los homosexuales; pero sus partidos han capitulado en lo esencial ante el liberalismo de un tipo u otro en el campo de la política económica. Su base original en la clase obrera ha quedado políticamente marginada y erosionada por el cambio social. Durante la actual crisis europea la actuación de los partidos socialdemócratas ha oscilado entre una respetabilidad mediocre y una patética pérdida de rumbo. El Estado del bienestar –un Estado que garantizaba derechos sociales universales–, el logro más importante del reformismo del siglo XX, se ve actualmente atacado y débilmente defendido. El tema más coherente de la errática campaña de Romney en las elecciones presidenciales estadounidenses fue su ataque a los «derechos adquiridos» en los países europeos. En el Reino Unido tanto los conservadores como los nuevos laboristas han venido socavando el Estado del Bienestar británico durante décadas, aunque todavía harán falta varios ciclos electorales hasta derruir esa fortaleza. En los países de la OTAN, el Estado del bienestar ha recibido algunos golpes muy duros, sobre todo en los países donde era más escuálido, pero tampoco podrá ser desmantelado de inmediato. Sus principios políticos, por el contrario, han extendido su alcance global, encontrando eco en China y otros países asiáticos y consolidando su influencia en gran parte de América Latina. Puede que en China e Indonesia se establezca el seguro sanitario universal mucho antes que en Estados Unidos.

Explicación de la derrota

Cabe pues constatar logros progresistas duraderos obtenidos durante el siglo XX; pero las derrotas de la izquierda al finalizar el siglo deben también recibir una explicación. La escuela euro-estadounidense dominante no puede explicar cómo pudo tener tanto éxito la contrarrevolución capitalista. Marx había predicho un choque entre fuerzas y relaciones de producción –las primeras de carácter cada vez más social, y las segundas privadas y capitalistas– que se iría agravando con el tiempo. Ésta era la Gran Dialéctica marxista, y dejando a un lado sus sonos apocalípticos, ha sido confirmada con el paso del tiempo. Las comunicaciones, el transporte, la energía y los recursos naturales estratégicos fueron

separados en general de la esfera puramente capitalista y situados bajo propiedad del Estado o una severa regulación pública. El matiz ideológico de los gobiernos pudo influir en la forma de ese proceso, pero rara vez en su contenido. La inversión pública en educación e investigación se hizo decisiva para la competencia económica, alcanzada por ejemplo mediante el gasto militar en Estados Unidos, donde dio lugar, entre otras cosas, al sistema de posicionamiento global (GPS) y a Internet.

La década de 1970 conoció la culminación del siglo del movimiento obrero, tanto en lo que atañe a la organización sindical como en militancia –fue durante esta época cuando el sindicato de mineros británico pudo derribar el gobierno de Edward Heath– y la penetración a gran escala de las ideas radicales, desde el fondo para los asalariados propuesto por la socialdemocracia sueca hasta el Programa Común de la izquierda francesa, con sus propuestas de nacionalización generalizada y de una «ruptura con el capitalismo». Pocos percibieron entonces que aquello no era más que su canto del cisne. Eric Hobsbawm fue uno de los escasos analistas importantes en señalarlo en su conferencia de 1978 «¿Se ha interrumpido el avance del movimiento obrero?»⁶. Los sellos políticos de la nueva era estaban todavía por estamparse, pero no tardarían en hacerse evidentes: las victorias electorales de Thatcher y Reagan en 1979-1980 fueron seguidas por la capitulación del gobierno de Mitterrand ante el neoliberalismo en 1983 y el abandono del plan Meidner por los socialdemócratas suecos.

La Gran Dialéctica había quedado interrumpida e incluso revertida. El triunfo del neoliberalismo no fue solo una cuestión de ideología; como los marxistas deberían haber anticipado, tenía una sólida base material. La financiarización –un conjunto de procesos que incluyen la liberalización de los flujos de capital, la expansión del crédito, el comercio digital y el depósito de capitales en fondos de pensiones y seguros– generó enormes concentraciones de capital privado que iban mucho más allá de los nuevos casinos financieros. En el verano de 2011 Apple tenía más liquidez que el gobierno estadounidense. La revolución electrónica permitió que la gestión privada funcionara desde lejos, estableciendo cadenas productivas globales y disolviendo las viejas economías de escala. En

⁶ Eric Hobsbawm, «The Forward March of Labour Halted?», *Marxism Today*, septiembre de 1978. La honradez me exige reconocer que recibí con escepticismo sus argumentos en mi artículo «The Prospects of Labour and the Transformation of Advanced Capitalism», *NLR* 1/145, mayo-junio de 1984.

este nuevo contexto, la privatización y la mercantilización sustituyeron a la nacionalización y la regulación como núcleo ubicuo de la política gubernamental.

Junto con la Gran Dialéctica podemos hablar de una Pequeña Dialéctica, según la cual el desarrollo capitalista generaba la fuerza de la clase obrera y su oposición al capital. También ésta se vio en retirada cuando los países ricos comenzaron a desindustrializarse. Ahí debemos reconocer una transformación estructural de enorme importancia, que redujo el peso de la industria en el capitalismo desarrollado, iniciada justo antes del apogeo de poder de la clase obrera. La industria se desplazó fuera de Europa y Estados Unidos. En los nuevos centros de producción industrial –sobre todo en Asia oriental– la Pequeña Dialéctica tardó en tener efecto, pero ahora podemos detectar sus consecuencias, visibles primeramente en Corea del Sur durante la década de 1980 y actualmente en toda China, aunque la organización y las protestas obreras suelen quedar confinadas en entornos locales. Los salarios y las condiciones de trabajo están mejorando allí significativamente. En 2002 China tenía el doble de empleados industriales que todos los países del G7 juntos⁷.

Naciones y clases

Parece un tanto paradójico que podamos hablar del siglo xx como el siglo de la clase obrera. Aunque puede haber sido la época de la igualdad de las clases *dentro* de las naciones, como consecuencia de las luchas obreras, fue también la época de mayor desigualdad *entre* las naciones a escala global. El «desarrollo del subdesarrollo» durante los siglos xix y xx significó que la desigualdad entre los seres humanos estaba en gran medida determinada por el lugar donde vivían. En 2000 se estimaba que el 80 por 100 de la desigualdad de ingresos entre los hogares podía atribuirse al país de residencia⁸. Pero en el siglo xxi las naciones convergen mientras que las clases divergen.

Las últimas dos décadas han sido buenas en general para las naciones pobres del mundo. Los motores económicos de Asia –China, India y los países miembros de la ASEAN– vienen creciendo con una tasa que duplica la media global. Desde 2001 el África subsahariana viene también

⁷ Judith Banister, «Manufacturing employment in China», *Monthly Labor Review*, julio de 2005, p. 11.

⁸ Branko Milanovic, *The Haves and the Have-Nots*, Nueva York, 2011, p. 112.

superando la media mundial y la de sus «economías avanzadas», después de haber quedado trágicamente tan atrás durante el último cuarto del siglo xx. El crecimiento de los países latinoamericanos también ha superado en general al de los países más desarrollados desde 2003. Con la excepción de la Europa poscomunista, las «economías emergentes y en vías de desarrollo» también han capeado la crisis de los banqueros anglosajones mejor que el mundo rico. Ahí, creo, estamos experimentando un viraje histórico, no solo geopolítico, sino también en términos de desigualdad. La desigualdad transnacional se está atenuando en todas partes, aunque la brecha entre los ricos y los más pobres no haya dejado de crecer. Pero la desigualdad en el interior de las naciones está en general creciendo, aunque desigualmente, por lo que no podemos hablar de una lógica universal de «globalización» o cambio tecnológico sin forzar los hechos.

Esto equivale al regreso de la clase como determinante cada vez más poderoso de la desigualdad. Esta tendencia se reafirmó durante la década de 1990, época en la que la diferencia de ingresos en China –y en la Rusia postsoviética– aumentó vertiginosamente, mientras que la modesta tendencia al ajuste en la India rural se invirtió. En América Latina, México y Argentina sufrieron los embates del neoliberalismo. Un estudio del FMI ha mostrado que a escala global, el único grupo que ha aumentado su participación en la renta durante la década de 1990, tanto en los países de elevados ingresos como en los de bajos ingresos, fue el quintil nacional más rico, mientras que los demás se vieron menoscabados⁹. Los cambios más importantes han tenido lugar en lo más alto de la escala de ingresos. Entre 1981 y 2006 el 0,1 por 100 más rico incrementó su cuota en la renta estadounidense en seis puntos; el resto del infame 1 por ciento lo hizo en cuatro puntos. El 9 por 100 inmediatamente inferior mejoró o mantuvo su cuota, mientras que los nueve décimos restantes de la población perdieron terreno¹⁰. En un año de modesta recuperación posterior a la crisis de 2008-2009, el percentil más rico acaparó un asombroso 93 por 100 de todas las mejoras de ingresos en Estados Unidos¹¹.

⁹ International Monetary Fund, *World Economic Outlook 2007*, Nueva York, 2007, p. 37.

¹⁰ «Top 1% increase share of US income», *International Herald Tribune*, 27 de octubre de 2011; «Oligarchy, American style», *IHT*, 5-6 de noviembre de 2011.

¹¹ «Wealth disparity a drag on economic growth», *IHT*, 17 de octubre de 2012.

Las mismas tendencias antiglobalitarias han venido observándose en China e India, aunque la cuota de riqueza que corresponde al 1 por 100 más rico es mucho menor que en Estados Unidos: alrededor del 10 por 100 en India y del 6 por 100 en China (antes de impuestos)¹². El «milagro» indio no ha significado apenas nada para el 20 por 100 más pobre de los niños indios, dos tercios de los cuales estaban subalimentados en 2009, exactamente la misma proporción que en 1995. El rápido crecimiento económico de gran parte del antiguo Tercer Mundo durante la primera década del siglo XXI ha afectado poco al hambre global: el número de personas subalimentadas aumentó de 618 a 637 millones entre 2000 y 2007, y el precio de los alimentos ha seguido aumentando¹³. Al otro extremo de la escala, la revista *Forbes* ensalzaba los récords alcanzados por la clase millonaria, más numerosa que nunca en marzo de 2012 –1.226 personas, entre ellas 425 estadounidenses, 95 chinos y 96 rusos–, con una riqueza total de 4,6 billones de dólares, esto es, más que el PIB total de Alemania¹⁴. No tenemos por qué suponer que tales procesos eran inevitables. América Latina, después de haber sido la región más desigual del mundo, ha virado en dirección opuesta y ahora es el único lugar en el que la desigualdad está decreciendo¹⁵, lo que refleja una reacción popular contra el neoliberalismo de los regímenes militares y sus sucesores civiles materializada en las políticas de redistribución adoptadas por los gobiernos de Brasil, Argentina, Venezuela y otros países durante la última década.

Otra forma de comparar las diferencias entre clases en los distintos países consiste en atender a su Índice de Desarrollo Humano, que incluye los ingresos, la esperanza de vida y la educación, aunque su cálculo sea una operación heroica y muy complicada con un margen de error considerable. Aun así, ofrece una impresión global de las desigualdades a escala mundial. El quintil estadounidense más pobre tiene un nivel de desarrollo humano más bajo que el quintil más rico en Bolivia, Indonesia y Nicaragua; cae por debajo del 40 por 100 más afortunado de los brasileños y peruanos y se mantiene a un nivel parejo con el cuarto

¹² A. B. Atkinson y T. Piketty (eds.), *Top Incomes: A Global Perspective*, Oxford, 2010, p. 46.

¹³ UN, *The Millennium Development Goals Report 2011*, pp. 11-14.

¹⁴ *Forbes*, 7 de marzo de 2012.

¹⁵ CEPAL, *La hora de la igualdad*, Santiago, 2010; Giovanni Andrea Cornia y Bruno Martorano, «Policies for reducing income inequality: Latin America during the last decade», UNICEF *Working Paper*, Nueva York, 2010; UNDP, *Regional Human Development Report for Latin America and the Caribbean*, Nueva York, 2010.

quintil de Colombia, Guatemala y Paraguay¹⁶. La importancia de la clase es también probable que aumente por razones distintas de la convergencia económica nacional. Las desigualdades de raza y de género, aunque no han desaparecido, han perdido parte de su relevancia siendo de destacar el caso de la desaparición del *apartheid* en Sudáfrica. Este último país ofrece ahora uno de los ejemplos más espectaculares de polarización de clases, tras la desaparición del racismo institucional. Los economistas del Banco Mundial han estimado que el coeficiente de Gini de desigualdad de ingresos entre los hogares del mundo se situaba entre 0,65 y 0,7 a principios del nuevo siglo, pero en 2005 era de 0,75 en la ciudad de Johannesburgo¹⁷. Aun admitiendo cierto margen de error, podemos concluir que en esa ciudad se da tanta desigualdad como en el conjunto del planeta.

Las clases y los conflictos entre ellas se desarrollarán durante el siglo XXI en dos nuevas configuraciones, ambas principalmente no europeas y con su centro de gravedad muy al sur de *Otanlandia*. Una de ellas se verá probablemente impulsada por las esperanzas y resentimientos de la clase media. La otra encontrará su base entre los trabajadores y las clases populares en toda su diversidad –los *plebeyos*– más que en el proletariado. En ambas configuraciones podemos distinguir dos vías concebibles en el futuro.

¿Hacia un siglo de la clase media?

Se viene asentando ya la idea del siglo XXI como la época de la clase media mundial. Los trabajadores del siglo pasado han sido barridos de la memoria; el proyecto de emancipación universal dirigido por el proletariado se ha visto reemplazado por la aspiración universal al estatus de clase media. Dilma Rousseff, la antigua guerrillera que sustituyó en enero de 2011 a Lula como presidente de Brasil, ha declarado que su deseo es «transformar Brasil en una población de clase media»¹⁸. En

¹⁶ M. Grimm *et al.*, «Inequality in Human Development: An Empirical Assessment of 32 Countries», *Social Indicators Research*, vol. 97, núm. 2, 2010.

¹⁷ Branko Milanovic, «Global Inequality Recalculated and Updated», *Journal of Economic Inequality*, vol. 10, núm. 1, 2012; UN Habitat, *The State of the World's Cities*, Londres, 2008, p. 72.

¹⁸ Joe Leahy, «FT interview: Dilma Rousseff», *FT*, 3 de octubre de 2012. Su mentor político había expresado ya su compromiso con la clase media emergente cuando se presentó a la reelección en 2006: «En Brasil está surgiendo una nueva clase media. Si soy reelegido prestaré una atención especial a ese grupo». Richard Bourne, *Lula of Brazil*, Londres, 2010, p. 204.

su informe sobre las perspectivas globales para 2012, la OCDE hablaba de la necesidad de «apuntalar la clase media emergente», mientras que Nancy Birdsall, del Centro para el Desarrollo Global, se ha referido a la «indispensable clase media» y ha urgido un giro del «crecimiento en favor de los pobres» al «crecimiento en favor de la clase media» como objetivo de los políticos y gobernantes¹⁹.

Las definiciones de este estrato social varían ampliamente, pese a su supuesta centralidad. Tomemos nota de tres intentos de perfilar sus contornos; ninguno de ellos es concluyente, pero cada uno de ellos es ilustrador. Martin Ravallion, del Banco Mundial, sitúa a la clase media de los países en vías de desarrollo en una banda media de ingresos de entre 2 y 13 dólares al día; el primero representa el umbral de pobreza del propio Banco Mundial, y el segundo el umbral de pobreza en Estados Unidos. En su opinión, esa «clase media» ha pasado de constituir un tercio de la población del mundo en desarrollo en 1990 a casi la mitad en 2005, lo que significa un incremento en términos absolutos de 1.200 millones de personas. Esta capa incluiría casi dos tercios de la población china pero solo un cuarto de los que viven en Asia del Sur y el África subsahariana²⁰. Nancy Birdsall, quien considera la clase media como un agente político liberal, sitúa el límite inferior más alto, en 10 dólares al día, esforzándose por distinguir a la clase media de quienes cabría calificar como ricos, por lo que sus ingresos no deberían situarlos entre el 5 por 100 más rico de sus compatriotas. Según ese criterio, la China rural no tiene una clase media de la que valga la pena hablar; lo mismo se podría decir de India, Pakistán, Bangladesh o Nigeria. En la China urbana cae dentro de esa categoría el 3 por 100 de la población; en Sudáfrica, el 8 por 100, llegándose al 19 por 100 en Brasil y al 28 por 100 en México, con un máximo del 91 por 100 en Estados Unidos²¹.

Dos distinguidos economistas especialistas en la pobreza, Abhijit Banerjee y Esther Duflo ofrecen una perspectiva basada en estudios sobre los hogares de 13 países –entre los que se encuentran Tanzania, Pakistán e Indonesia–, concentrándose en aquéllos cuyos ingresos

¹⁹ OCDE, *Perspectives of Global Development 2012*, París, 2011, p. 103; Nancy Birdsall, «The (Indispensable) Middle Class in Developing Countries», *Center for Global Development Working Paper 207*, Washington, 2010.

²⁰ Martin Ravallion, «The Developing World's Bulging (but Vulnerable) Middle Class», *World Development*, vol. 38, núm. 4, 2010.

²¹ N. Birdsall, «The (Indispensable) Middle Class in Developing Countries», Apéndice: Cuadros 3, 4, 7.

varían entre 2 y 10 dólares al día, y se preguntan si verdaderamente se pueden considerar como clase media. Su descubrimiento más notable es que esa «clase media» no es más empresarial en su actitud con respecto a los ahorros y el consumo que los pobres situados por debajo del umbral de los 2 dólares diarios. El rasgo característico de sus miembros es que tienen un trabajo asalariado fijo²², por lo que cabría describirlos colectivamente como una clase obrera con una situación estable más que como una nebulosa clase media. El gobierno brasileño suele insistir en la vulnerabilidad de la clase media, supuestamente siempre al borde de caer en la pobreza, por lo que necesita cuidadosa atención y apoyo²³. En Asia –en particular en Asia oriental– no es tan evidente esa preocupación.

En China la clase o estrato medio se ha convertido en un importante tema de discusión en los círculos académicos y en los medios desde finales de la década de 1990. Hasta entonces la mera mención estaba prohibida y algunos de sus defensores todavía lamentan la «presión ideológica» que niega su plena legitimidad social como clase²⁴. Los sociólogos chinos tienden ahora a idealizar a la clase media, recurriendo a estereotipos estadounidenses y evitando cualquier discusión crítica del concepto, mientras que los medios de comunicación chinos, cuyo enfoque está en gran medida inspirado por las publicaciones estadounidenses –desde *Vogue* hasta *Businessweek*–, ahora fácilmente accesibles en China, suelen considerarla como objetivo primordial de audiencia²⁵; también se estima como baluarte de estabilidad y moderación política para los próximos años. Algunos comentaristas perspicaces han señalado, no obstante, que los fundamentos de esa nueva clase media están determinados por la diferencia cada vez mayor de ingresos: China es ahora el país más desigual de Asia, habiendo aumentado su coeficiente de Gini desde 0,21 en la década de 1960 hasta 0,46 en el momento actual²⁶. En India también

²² Abhijit Banerjee y Esther Duflo, «What is Middle Class about the Middle Classes around the World?», MIT *Department of Economics Working Paper*, núm. 7-29, 2007.

²³ Ricardo Paes de Barros *et al.*, *A nova classe média brasileira: desafios que representa para a formulação de políticas públicas*, Brasília, 2011.

²⁴ Xiaohong Zhou, «Chinese Middle Class: Reality or Illusion?», en Christophe Jaffrelot y Peter van der Veer (eds.), *Patterns of Middle Class Consumption in China and India*, Nueva Delhi, 2008, p. 124.

²⁵ He Jin, «The Transformation and Power of “Middle Class” Language in Chinese Media Publications», en Li Chunling (ed.), *The Rising Middle Classes in China*, Milton Keynes, 2012.

²⁶ Zhou Xiaohong y Qin Chen, «Globalization, Social Transformation and Construction of the Chinese Middle Classes», en Li Chunling (ed.), *The Rising Middle Classes in China*, cit., p. 52.

aumentó el consumo ostentoso de la clase media a raíz de la liberalización económica, poniéndose de manifiesto su triunfalismo en el eslogan electoral en 2004 de la derecha hindú [Bharatiya Janata]: «India brillante». Sin embargo, el panorama ideológico era allí mucho más complejo y disputado que en China, y se alzaron voces críticas contra una clase calificada como «moralmente desorientada, obsesivamente materialista y socialmente insensible»²⁷. La campaña «India brillante» tuvo un efecto contraproducente y el Partido del Congreso volvió al gobierno.

¿Consumo o democracia?

En un mundo en el que la modernidad de la clase obrera y el socialismo han sido declarados obsoletos, la sociedad de clase media se ha convertido en símbolo de un futuro alternativo. Los países desarrollados del Atlántico Norte son calificados retrospectivamente como de clase media, aunque ésa sea una noción estadounidense que nunca prendió realmente en Europa. El núcleo de esa utopía es un sueño de consumo sin límites, de una clase media que toma posesión de la tierra, compra automóviles, casas y una variedad infinita de artículos electrónicos, y mantiene una industria turística mundial. Aunque ese consumismo globalizado puede suscitar pesadillas en la gente ecológicamente consciente, les hace la boca agua a los hombres de negocios y sus publicaciones. El consumo de la clase media tiene también la gran ventaja de facilitar los privilegios de los ricos al tiempo que ofrece un horizonte aquiescente de aspiraciones a las clases populares. El lado oscuro de ese sueño es su exclusivismo intrínseco. La gente que no es de clase media –o ricos– carece de rasgos o activos redentores. No son más que «perdedores», como se dijo en la bronca televisada que sembró la semilla del Tea Party estadounidense en 2009. Son la «infraclase», la «chusma». En el mundo en vías de desarrollo, la «limpieza» de los espacios públicos que excluye a los pobres de las playas, parques, calles y plazas, es una manifestación de esa siniestra tendencia. Un ejemplo especialmente escandaloso es el vallado de la enorme Plaza de la Independencia [*Medan Merdeka*] de Yakarta con su fálico monumento nacional, convirtiéndola en «una especie de parque temático exclusivo para la clase media» y privando a los pobres de su única área recreativa²⁸.

²⁷ Pawan Varma, *The Great Indian Middle Class*, Nueva Delhi, 1998, p. 174.

²⁸ Lizzy van Leeuwen, *Lost in Mall*, Leiden, 2011, pp. 64, 192.

Los medios de comunicación liberales suelen considerar a la clase media en ascenso como vanguardia de la reforma democrática, pero las discusiones académicas sobre la clase media asiática son bastante menos candorosas con respecto a su probable papel político. Una importante investigación concluyó que «las clases medias suelen ser “situacionales” en sus actitudes hacia la reforma y la democracia»²⁹. La aversión a la clase política india ha generado un raro fenómeno político, con una menor participación electoral de las capas más altas de la escala social que de los antiguos «intocables» [*dalit*] y los pobres. En las elecciones de 2004 votaron el 63,3 por 100 de los *dalit* y solo el 57,7 por 100 de las castas superiores³⁰. Los latinoamericanos han aprendido ya de su amarga experiencia durante el siglo xx que la clase media no es de por sí intrínsecamente democrática –sus miembros se opusieron activamente en su mayoría a la democracia en Argentina (1955-1982), Chile (1973) y Venezuela (2002)–, sino «situacionalmente» (oportunistamente) democrática o antidemocrática.

Aquí existe otro escenario para la clase media al que se refiere de pasada el artículo de Birdsall, que prevé una confrontación entre los más ricos y el resto, en el que se incluiría con un importante papel la clase media. Como ha señalado el sociólogo Alvin Y. So, de las universidades de Hong Kong, cabe aducir el caso de Asia oriental en defensa de esa tesis, ya que en esa región los profesionales de clase media se han situado a menudo «en la primera línea de las protestas antiestatales», por no mencionar las manifestaciones contra el FMI o el militarismo estadounidense³¹. El alineamiento de la clase media junto a las masas contra la oligarquía, decisivo en la «primavera de los pueblos» de 1848, se ha vuelto a dar en los levantamientos de 2011 en ambos lados del Mediterráneo. En El Cairo, al igual que en Túnez, Barcelona y Madrid, profesionales de mediana edad se unieron en las manifestaciones a los estudiantes y jóvenes desempleados. Los pertenecientes al primer grupo eran a menudo padres y madres de los segundos, en una solidaridad intergeneracional que no conocieron los radicales de 1968.

²⁹ Hsin-Huang Hsiao, «Prioritizing the Middle Classes: Research in Asia-Pacific», en Hsin-Huang Hsiao (ed.), *The Changing Faces of the Middle Classes in Asia-Pacific*, Taipei, 2006, p. 7.

³⁰ Ch. Jaffrelot, «The Indian middle class and the functioning of the world's largest democracy», en Ch. Jaffrelot et al. (eds.), *Patterns of Middle Class Consumption in China and India*, cit., p. 47.

³¹ Alvin So, «Historical Formation, Transformation and the Future Trajectory of Middle Classes in Asia», en Hsiao (ed.), *Changing Faces of the Middle Classes in Asia-Pacific*, cit., p. 32.

Aunque ninguna democracia tendría por qué depender de una clase media, en ciertas ocasiones las movilizaciones de ésta contra un gobierno autoritario han sido decisivas. La revolución más importante de la clase media en el siglo xxi ha sido hasta ahora indudablemente la egipcia, debido al tamaño e importancia regional del país. Es todavía demasiado pronto, por supuesto, para extraer conclusiones sólidas, en particular desde lejos, pero se pueden aventurar unas cuantas observaciones. Aunque la revolución tuvo como desencadenantes acontecimientos y fuerzas exteriores, la crisis financiera del Norte global no tuvo nada que ver con ella: un análisis del FMI sobre la economía egipcia en vísperas de la caída de Mubarak predecía una época favorable. El detonante fue el levantamiento tunecino. Como en el resto del norte de África, la enseñanza superior se ha extendido rápidamente en los últimos años, incorporando a muchas jóvenes que iban escapando así del patriarcado oficial; pero esta nueva clase media educada está constituida en gran medida por graduados subempleados o desempleados, por lo que no se puede hablar de una *Bildungsbürgertum* egipcia³².

Por otra parte, el régimen político no era únicamente corrupto y opresor, sino que no tenía perspectivas que ofrecer, ni a la nueva generación de graduados ni a sus mayores mal pagados de la anterior. Hazim Kandil ha llamado la atención sobre el efecto «mazo» de la camarilla neoliberal reunida en torno al supuesto heredero Gamal Mubarak. Lo que quedaba del legado nasserista estaba siendo repartido entre los grandes magnates privados. Los lazos que habían vinculado a la clase media con el régimen fueron cortados por éste³³. Como en 1848 en Europa, la clase obrera egipcia también participó en el proceso revolucionario, aunque no como su fuerza principal: el recuerdo de pasadas batallas —como la huelga reprimida por las fuerzas de seguridad en El Mahalla El Kubra en 2008— contribuyó en buena medida a la movilización³⁴; pero la revolución de la clase media egipcia tuvo pronto que afrontar el problema del «18 Brumario», en concreto la brecha entre los elementos radicales concentrados en las ciudades y una población rural muy conservadora de tamaño mucho mayor. Los radicales egipcios sufrieron una derrota electoral, como había sucedido con sus predecesores franceses siglo y

³² Paul Mason, *Why It's Kicking Off Everywhere*, Londres y Nueva York 2012; Manuel Castells, *Networks of Outrage and Hope*, Cambridge, 2012.

³³ Hazem Kandil, «Why Did the Egyptian Middle Class March to Tahrir Square?», *Mediterranean Politics*, julio de 2012.

³⁴ P. Mason, *Why It's Kicking Off Everywhere*, cit., p. 10.

medio antes. Esto no significa que la revolución de 2011 haya sido derrotada definitivamente, del mismo modo que la victoria de Napoleón III no borró totalmente los efectos de 1848, pero sí señala la debilidad de las rebeliones de la clase media, incluso en su forma más enérgica y radical.

El consumismo de la clase media se ha extendido por todo el mundo, como se puede constatar visitando cualquier gran centro comercial de Lima, Nairobi o Yakarta. Sin embargo, los sueños consumistas de los académicos liberales y los asesores en mercadotecnia son todavía en buena medida proyecciones hacia un futuro imaginado. Las esperanzas de estabilidad política se han visto sacudidas al irrumpir en escena las rebeliones de la clase media. Las manifestaciones de ese espíritu rebelde varían mucho en forma e ideología: revoluciones en el norte de África, campaña de Anna Hazare contra la corrupción política en India, Tea Party en Estados Unidos, apoyo activo de la clase media chilena a un movimiento estudiantil radical... En algunos países pueden surgir incluso movimientos de clase media rivales, como sucedió en Tailandia, donde los Camisas Amarillas conservadores se enfrentaron a los Camisas Rojas más plebeyos y provincianos. No debería sorprendernos que se produjeran nuevas conmociones, con resultados impredecibles, cuando la clase media indignada vuelva a tomar las calles.

Posibilidades de la clase obrera

Los tiempos en que la clase obrera podía verse como el futuro del desarrollo social pueden haber acabado hace muy poco, pero es improbable que vuelvan. El momento culminante del capitalismo industrial en Europa y Norteamérica dio poder a su principal oponente, el movimiento obrero, tal como había predicho Marx, pero esos tiempos han quedado atrás. Las economías desarrolladas se están desindustrializando y su clase obrera está dividida, derrotada y desmoralizada. La batuta de liderazgo industrial ha pasado a China, centro emergente de la capacidad industrial mundial. Sus trabajadores industriales son todavía en gran medida inmigrantes en su propio país, al persistir el sistema *hukou* de derechos vinculados al lugar de nacimiento, la ciudad o el campo, pero el crecimiento industrial chino está reforzando la influencia de los trabajadores, como habría esperado Marx: las huelgas se han hecho más frecuentes y los salarios están aumentando. No se puede excluir una nueva oleada de conflictos sociales con respecto a la distribución de la riqueza, desplazados ahora de Europa a Asia oriental. Las autoridades chinas son muy

conscientes de ello, por supuesto, y la legislación laboral china pretende poner freno al capitalismo desbocado; lo más notable a este respecto es la ley de contratos laborales que entró en vigor en 2008. Al mismo tiempo están proliferando centros locales de «servicios» y «asesoramiento» para la clase obrera, en muchos casos con financiación extranjera, que ocasionalmente pueden cooperar con los sindicatos oficiales o el comité local del partido, aunque probablemente en muchos más casos los gobiernos locales se alineen con los patronos³⁵. En cualquier caso, la nueva legislación, los vestigios residuales de la herencia comunista y la difusión de los medios electrónicos ofrecen mayor margen de maniobra para una organización autónoma de la clase obrera, que aunque no cambie el sistema social a corto plazo, puede proporcionar a los trabajadores un mejor trato dentro del marco existente. Los obreros manuales son una fuerza con la que hay que contar en la China urbana, aunque resulte difícil evaluar su número; las que parecen mejores estimaciones los sitúan en torno a un tercio de la población registrada³⁶. Pero los inmigrantes *sin* permiso de residencia constituyen más de la tercera parte de la mano de obra total en las ciudades, y la gran mayoría de ellos son obreros manuales de la industria, la construcción y la hostelería³⁷. Esos dos grupos sumados supondrían pues entre la mitad y los dos tercios de la clase obrera manual en la China urbana. El surgimiento de un poderoso movimiento basado en ese proletariado tendría un tremendo impacto en todo el mundo en vías de desarrollo, pero difícilmente cabe pensar que sea una perspectiva muy probable.

En otros lugares, las transformaciones políticas protagonizadas o encabezadas por partidos obreros parecen aún más improbables, ya sean de carácter reformista o revolucionario. La clase obrera industrial india es

³⁵ Fang Lee Cooke, «The Enactment of Three New Labour Laws in China: Unintended Consequences and the Emergence of “New Actors” in Employment Relations», en Sangheon Lee y Deirdre McCann (eds.), *Regulating for Decent Work*, Basingstoke, 2011; Joseph Y. S. Cheng, Kinglun Ngok y Wenjia Zhuang, «The Survival and Development Space for China’s NGOs: Informal Politics and Its Uncertainty», *Asian Survey*, vol. 50, núm. 6, 2010.

³⁶ Li Chunling, «Profile of China’s Middle Class», en Li Chunling (ed.), *Rising Middle Classes in China*, cit., p. 96; para otra estimación véase Liu Xin, «Urban Chinese Class Structure and the Direction of the Middle Class», en el mismo volumen, p. 112. Los datos para el análisis estructural están tomados del Informe General sobre China de 2003.

³⁷ Li Shi, «Rural Migrant Workers in China: Scenario, Challenges and Public Policy», ILO *Policy Integration and Statistics Department Working Paper*, núm. 89, Ginebra, 2008; OCDE, *Employment Outlook 2007*, París, 2007.

menor que la china: poco más de la sexta parte de la mano de obra, frente a una cuarta parte en China; todavía siguen predominando el empleo familiar y el autoempleo³⁸. Entre quienes reciben un salario regular existe una sindicación sustancial, estimada en el 38 por 100³⁹; pero están divididos en doce federaciones sindicales nacionales, las principales de las cuales están vinculadas a partidos políticos. El máximo poder sindical indio hasta la fecha se alcanzó a principios de la década de 1980, pero más tarde sufrió aplastantes derrotas en los principales centros industriales, las factorías textiles de yute en Bombay y Calcuta⁴⁰. Aunque desde entonces se hayan recuperado un tanto, los sindicatos indios no han conseguido afianzarse como un polo de atracción para las grandes masas de los trabajadores pobres.

En Indonesia se ha producido desde la caída de Suharto un resurgimiento de los sindicatos, aunque principalmente en la forma de sindicatos de fábrica, concentrados en el sector formal —que solo representa una tercera parte de la mano de obra— y con un marcado sesgo hacia los trabajadores de cuello blanco, por ejemplo de la banca. Los derechos legales de quienes tienen un empleo regular se han reforzado con la Ley del Trabajo de 2003, pero las organizaciones obreras están lejos de constituir un protagonista social importante; incluso en la economía formal solo están sindicados alrededor de la décima parte de los trabajadores. Los intentos de constituir un partido obrero han fracasado hasta el momento⁴¹. En 2012 el Primero de Mayo fue celebrado por unos 9.000 trabajadores, flanqueados por 16.000 policías. En Corea del Sur, uno de los pioneros del desarrollo industrial en Asia, es improbable que se dé un movimiento comparable al europeo durante el siglo XX, aunque sus sindicatos siguen teniendo importancia: la feroz explotación de la mano de obra bajo los regímenes militares de la Guerra Fría se convirtió en uno de los puntos de encuentro para la oposición democrática en la década de 1980. Aquél fue también el momento culminante del sindicalismo coreano, que llegó a organizar a una quinta parte de los trabajadores, viéndose desde entonces erosionado por la desindustrialización y el aumento del empleo en

³⁸ G. Therborn, *The World*, Cambridge, 2011, p. 182.

³⁹ Anibel Ferus-Comelo, «Unions in India at Critical Crossroads», en Craig Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation*, Oxford, 2007, p. 479.

⁴⁰ Sukomal Sen, *Working Class of India*, Calcuta, 1997, p. 464.

⁴¹ Michele Ford, «Indonesia's New Unions», en C. Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation*, cit.

el sector servicios⁴². Una de las federaciones sindicales ha conseguido no obstante crear un Partido Laborista Democrático representado en el Parlamento de Seúl. Cuando visité por última vez Corea en diciembre de 2011 había grandes esperanzas de una fusión entre partidos de izquierda y centroizquierda, pero ese proceso fracasó al final.

La clase obrera rusa que hizo la revolución de 1917 quedó en gran medida destruida en la guerra civil que la siguió, y la nueva creada durante la vigencia de la Unión Soviética quedó fuera de combate tras la restauración capitalista de la década de 1990. Las oleadas huelguísticas de 1989 y 1991 contribuyeron a la caída de Gorbachov, pero la Rusia postsoviética tenía aún menos que ofrecer a sus trabajadores que el antiguo sistema; la esperanza de vida cayó en picado durante la siguiente década. El Partido Comunista sigue siendo todavía una fuerza electoral de cierta importancia, pero se basa en un nacionalismo nostálgico más que en ninguna ideología de izquierdas. Tampoco ha conseguido afianzarse ninguna organización socialdemócrata. La federación sindical rusa sigue siendo grande en cuanto al número de afiliados, pero hace bien poco por proteger los intereses de los trabajadores⁴³.

En Brasil, el movimiento sindical construido por los obreros industriales de São Paulo creó un instrumento político eficaz, el Partido de los Trabajadores (PT), cuyo candidato fue elegido en 2002, en su cuarto intento, como presidente muy popular del país. El PT ha transformado el panorama social de Brasil, atacando la extrema pobreza, extendiendo la educación a los sectores populares y regularizando la situación de millones de trabajadores, cuyos derechos se ven ahora protegidos por la ley⁴⁴; pero ha sido siempre una coalición de movimientos sociales diversos, cuyos presidentes y ejecutivas regionales tenían que ejercer el poder apoyándose en redes turbias de clientelismo y patrocinio. La actual presidenta, Dilma Rousseff, aspira como he señalado a construir un Brasil de «clase media», no un país de trabajadores o asalariados, pero el país cuenta todavía con la mayor fuerza de izquierdas de los Estados

⁴² Yoonkyung Lee, *Militants or Partisans: Labour Unions and Democratic Politics in Korea and Taiwan*, Stanford, 2011, pp. 28, 55.

⁴³ Sarah Ashwin, «Russian Trade Unions: Stuck in Soviet-style Subordination?», en C. Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation*, cit.

⁴⁴ La proporción de trabajadores en el sector formal creció del 45 por 100 en 2002 al 50 por 100 en 2008. Janine Berg, «Laws or luck? Understanding rising formality in Brazil in the 2000s», en S. Lee et al. (eds.), *Regulating for Decent Work*, cit., p. 128.

«gigantes» del mundo y es el que ofrece las perspectivas más prometedoras para el cambio social.

Sudáfrica es otra potencia económica en ascenso con un fuerte movimiento obrero bien organizado, integrado en la coalición de gobierno que dirigió la lucha contra el *apartheid*. Pero desde que llegó al poder en 1994 el Congreso Nacional Africano ha priorizado el fortalecimiento de una elite económica negra: un ejemplo llamativo de ese proceso es la conversión del antiguo líder minero Cyril Ramaphosa en un prominente hombre de negocios. Pese a una sustancial reducción de la extrema pobreza, la desigualdad era probablemente mayor en 2009 que cuando se desmanteló el *apartheid*⁴⁵. Las grandes huelgas mineras iniciadas en agosto de 2012 fueron organizadas por un sindicato rival de reciente creación; al principio fueron muy duramente reprimidas, utilizándose contra ellas leyes de la era del *apartheid*. Cualquiera que sea el resultado final de esa oleada de huelgas, la hegemonía obrera en Sudáfrica es una perspectiva distante. En otro de los grandes países del continente, Nigeria, la federación sindical decidió en 2002 crear un partido laborista con el apoyo de la Unión Europea y de la Fundación Friedrich Ebert alemana, pero nació prácticamente muerto: el proyecto de partido nunca arraigó entre los miembros de los sindicatos y sus dirigentes pronto optaron por formas más tradicionales de hacer política basadas en el clientelismo⁴⁶.

En el mundo actual no se observa ningún avance del movimiento obrero en el sentido clásico, aunque sí podemos detectarlos en otros frentes. El nexo capital-trabajo se está ampliando y seguirá haciéndolo. Podemos esperar que los trabajadores planteen sus propias reivindicaciones al afrontar el nuevo mundo industrial, ganando fuerza mediante la organización y haciéndose más ambiciosos con el tiempo. Quizá sea difícil imaginar una transformación de la sociedad inducida por la Pequeña Dialéctica marxista de la lucha de clases, pero la expansión del capitalismo y el aumento de sus desigualdades mantendrá a la clase obrera en el terreno de la confrontación política durante el siglo XXI.

⁴⁵ *The Economist* informa de un coeficiente de Gini de 0,63 en 2009 frente al 0,59 en 1993, aunque puede haber habido diferencias sustanciales en la medición que cuestionan la validez de la comparación directa, *The Economist*, 20 de octubre de 2012.

⁴⁶ Björn Beckman y Salihu Lukman, «The failure of Nigeria's Labour Party», en Björn Beckman *et al.* (eds.), *Trade Unions and Party Politics*, Ciudad del Cabo, 2010.

Perspectivas plebeyas

La bandera roja ha pasado de Europa a América Latina, la única región del mundo donde el socialismo está actualmente en la agenda; los gobiernos de Venezuela, Ecuador y Bolivia hablan del «socialismo del siglo XXI». Es también la única región donde predominan los gobiernos de izquierda, gracias al peso de Brasil y Argentina, y donde la desigualdad social está menguando, si bien es cierto que desde niveles tremendos. El «socialismo» de Morales, Correa y Chávez es un nuevo fenómeno político que insiste en su independencia de los modelos euroasiáticos de izquierdas del siglo XX y que a su vez es muy heterogéneo. Obtiene su apoyo de capas sociales muy diversas: los pobres urbanos (chabolistas, trabajadores eventuales, vendedores callejeros); gente de origen indígena o africano; elementos progresistas de las capas medias (profesionales y empleados de cuello blanco). Los obreros industriales están rara vez a la vanguardia: mientras que los restos del proletariado minero boliviano se unió a los cocaleros para respaldar a Morales, la principal federación sindical de Venezuela apoyó en la práctica el intento de golpe de 2002⁴⁷. Los gobiernos de centroizquierda del Cono Sur también tienen una base social heterogénea, pero la clase obrera tradicional y los sindicatos desempeñan en ella un papel mucho mayor, que refleja el mayor grado de industrialización de Brasil y Argentina.

En la ideología de las fuerzas progresistas latinoamericanas se observan muchas corrientes diferentes. Chávez se inspira en el nacionalismo militar de izquierdas de Perú y considera a Fidel Castro como un importante mentor, aunque ha desarrollado su propio estilo de populismo democrático, recurriendo notablemente, si bien de forma selectiva, a la herencia de Simón Bolívar. Morales es un líder indígena de origen étnico mixto que desarrolló sus habilidades negociadoras en el sindicato de cocaleros y que cuenta con la colaboración de un indigenista veterano, su vicepresidente Álvaro García Linera. El ecuatoriano Rafael Correa es un economista de sólida formación influido por la teología de la liberación, rodeado por un brillante equipo de jóvenes pensadores cuyas opiniones van desde el centro izquierda nacionalista hasta el marxismo. Los círculos en torno a Dilma Rousseff, Cristina Fernández de Kirchner y José Mujica están algo a la derecha de los antes mencionados, pero

⁴⁷ Héctor Lucena, «Trade Unionism in Venezuela: The Current Situation», en C. Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation*, cit.

son también eclécticos en su pensamiento. En México el movimiento encabezado por Andrés Manuel López Obrador –dos veces derrotado por escaso margen en las amañadas elecciones presidenciales– combina la austeridad republicana con políticas reformistas socialdemócratas.

Puede que América Latina no ofrezca un modelo exportable al resto del mundo en el futuro cercano, pero si se produce alguna transformación social radical en los próximos años, seguramente tendrá más en común con los recientes acontecimientos en esa región que con las experiencias de reforma o revolución durante el siglo xx basadas en un proletariado asalariado, agente social que constituye una pequeña minoría de la población trabajadora en la mayor parte de África y Asia. Los movimientos populares de clase, aunque hayan obtenido cierto poder gracias a la creciente alfabetización y los nuevos medios de comunicación, afrontan grandes obstáculos, en particular las divisiones de etnicidad y religión y entre distintos tipos de empleo; pero solo programas y formas organizativas que tengan en cuenta esos desafíos tendrán alguna posibilidad de unir algún día a esas capas plebeyas.

A escala local ya podemos percibir muchas iniciativas de ese tipo. Los cocaleros bolivianos pudieron aprovechar en la construcción de su movimiento la habilidad y experiencia de los mineros desempleados. Uno de los sindicatos de Maputo, después de que la mayoría de sus miembros perdieran su empleo formal, ha organizado una asociación de vendedores callejeros⁴⁸. No es la primera vez que sucede esto: de hecho, los vendedores callejeros tienen ahora su propia internacional, StreetNet, con sede central en Sudáfrica. En Ciudad de México constituyen una fuerza política que el alcalde debe tener en cuenta. Las mujeres indias que trabajan en la economía informal han establecido sus propias estructuras de ayuda mutua en ciudades como Bombay, Chennai y Ahmedabad, y la Asociación de Mujeres Autoempleadas a escala nacional⁴⁹. Los sindicatos han servido a menudo para organizar amplias protestas populares contra los aumentos de precios y los regímenes autoritarios, como sucedió recientemente en Túnez durante la rebelión contra Ben Ali. Los trabajadores del sector formal están a la cabeza, pero las reivindicaciones sindicales han sido apoyadas por coaliciones sociales más amplias.

⁴⁸ Ilda Lindell, «Informal work and transnational organizing», en Andreas Bieler e Ingemar Lindberg (eds.), *Global Restructuring, Labour and the Challenges for Transnational Solidarity*, Londres, 2010.

⁴⁹ Véase también Ela Bhatt, *We Are Poor but So Many*, Oxford, 2006.

Un ejemplo sería la campaña por el «sueldo mínimo» en el sector de la ropa confeccionada en Asia, iniciativa trasnacional que surgió en el Foro Social Mundial de Bombay y fue apoyada por sindicatos, organizaciones de mujeres y ONG del desarrollo⁵⁰. En ese contexto la clase se convierte en una brújula de orientación –hacia las clases populares, los explotados, oprimidos y marginados en todas sus variedades– más que una categoría estructural que hubiera que llenar de «conciencia». Las alianzas sociales sobre las que se basarán las futuras transformaciones están todavía por formarse y no se puede asignar por adelantado el «papel dirigente» a ningún grupo; pero sin una brújula de clase es improbable que ni siquiera los mejores movimientos sociales puedan superar las desigualdades del capitalismo moderno.

Podemos así detectar cuatro perspectivas de clase para las próximas décadas, que parecen al menos plausibles a ojos de un sociólogo: consumismo globalizado de clase media; rebelión política de clase media; lucha de clases en la industria –que quizá dé lugar a nuevos compromisos sociales–, sobre todo en Asia oriental; y movilizaciones heterogéneas de las clases populares. El carácter social del nuevo siglo está todavía por determinar, pero la clase será con seguridad de vital importancia.

Nueva geopolítica de la izquierda

La desaparición del socialismo industrial eurocéntrico tiene consecuencias de gran alcance, no solo para la constitución de fuerzas sociales, sino también para su organización. La forma partido –tanto los partidos de masas de la socialdemocracia alemana y el comunismo italiano como la vanguardia leninista más reducida– ha perdido mucho de su atractivo. Los sindicatos fuera de Europa han constatado ya las limitaciones de tales partidos y tratan de engarzarse con movimientos sociales y ONG de diversos tipos. Pero aún las formas organizativas siguen siendo decisivas para alcanzar influencia política. Las movilizaciones de 2001 en Argentina tuvieron un mayor impacto que las de los indignados españoles una década después, principalmente porque disponían de un mecanismo político progresista: la izquierda del movimiento peronista. Los Hermanos Musulmanes, tan tenazmente organizados, han resultado vencedores en la primera etapa de la revolución egipcia.

⁵⁰ Jeroen Merk, «Cross-border wage struggles in the global garment industry», en A. Bieler y I. Lindberg (eds.), *Global Restructuring*, cit.

No deberíamos dejarnos llevar por la capacidad supuestamente asombrosa de las redes de Internet para movilizar los apoyos fuera de los canales habituales de la vida política⁵¹.

Teniendo eso presente, conviene atender no obstante a la poderosa nueva dinámica evidenciada en los últimos años, durante los que hemos visto el surgimiento de redes laxas descentralizadas, desde las franquicias de Al Qaeda y el Tea Party hasta los movimientos de protesta de izquierdas en 2011. Las organizaciones sin líderes en «estrella de mar» están siendo debatidas intensamente en la literatura de gestión más reciente⁵². El carácter «no jerárquico» de tales organizaciones no es intrínsecamente democrático y progresista, como muestran los ejemplos citados; pero la discusión colectiva y la autonomía individual son indudablemente legados vitales de 1968 que deben formar parte de cualquier proyecto de izquierdas. Ideológicamente, los nuevos movimientos combinan rechazo y pragmatismo. La indignación producto del moviliza a mucha gente, aunque por razones muy variadas: supuestos insultos a la fe islámica han inspirado protestas en muchos países árabes; los programas de alivio de la deuda hipotecaria y los seguros sanitarios para los «perdedores» de bajos ingresos provocan la ira de los seguidores del Tea Party; el movimiento Occupy explota la irritación popular por los rescates de los bancos y la caída del nivel de vida bajo un régimen capitalista corrompido por el clientelismo. El rechazo proporciona a esos movimientos coraje y militancia, creando una dinámica de conflicto, mientras que su pragmatismo los lleva a evitar querellas doctrinales y mostrar flexibilidad táctica. La formulación más eficaz de las perspectivas de izquierda tras la época del socialismo industrial está todavía por descubrir; pero incluirá con seguridad la oposición a la desigualdad y a la arrogancia imperial y defenderá el derecho de todos a operar libre y plenamente.

El protagonismo de la clase obrera durante el siglo xx fue un fenómeno principalmente europeo, surgido en el seno de su sistema familiar, con sus débiles lazos de parentesco extendido y la autonomía relativa de los jóvenes, de los que se esperaba que formaran sus propias familias al llegar a la edad adulta sin mantener las tradicionales obligaciones hacia sus mayores, lo que facilitó una rápida y masiva conversión a las nuevas ideas y prácticas sociales. La vía europea a la modernidad abrió un

⁵¹ El importante y oportuno estudio de Manuel Castells *Networks of Outrage and Hope*, cit., no es quizá inmune a esa tentación.

⁵² Elizabeth Price Foley, *The Tea Party: Three Principles*, Cambridge, 2012, p. 218.

espacio social único: el conflicto interno entre las clases se desarrolló en Estados-nación relativamente homogéneos, donde la religión tradicional se veía debilitada por sus lazos con los *anciens régimes* derrotados. El desarrollo capitalista dio lugar a una clase obrera que contaba con una extensa alfabetización preindustrial y con las tradiciones artesanales de organización gremial. Debido a la posición hegemónica de Europa, su modelo de política de clase se difundió con facilidad en otros continentes de la mano de los emigrantes pobres a Oceanía o las Américas y por los canales imperiales de información y educación; y también, sin que fuera lo menos importante, gracias al contramodelo antiimperialista de la Unión Soviética. Ese modelo de política de clase arraigó en todos los rincones del planeta, pero su contenido se transformó al introducirse en las sociedades no europeas. El movimiento obrero fue el regalo de Europa al mundo. Inspiró fuerzas poderosas e innovadoras en todos los continentes, desde los partidos agrario-laboristas de Norteamérica hasta la nueva teorización de Mariátegui sobre la cuestión indígena en Perú; desde los intentos de forjar un socialismo árabe o africano hasta la movilización de los campesinos chinos y vietnamitas por sus partidos comunistas bajo la bandera de la independencia nacional. Ese legado no se ha evaporado totalmente, como hemos visto; pero Europa ya no puede ofrecer una perspectiva global de emancipación, desarrollo y justicia, porque tales visiones no se hayan siquiera presentes en el propio continente europeo.

La izquierda del siglo xx tenía dos fuentes principales de inspiración: una de ellas se situaba en Europa occidental, sobre todo la Francia de la Revolución y la Alemania del movimiento obrero marxista. Representaba el inminente futuro de la región más desarrollada y poderosa del mundo, que ofrecía ideas y programas, principios organizativos y modelos de cambio, así como un importante apoyo material: Francia estaba abierta a los exiliados radicales de cualquier país; el experimentado y bien organizado movimiento obrero alemán ayudó a financiar a sus hermanos más pobres (la Fundación Friedrich Ebert sigue haciéndolo hasta hoy día). La otra fuente se situaba en la periferia del poder y la riqueza global, donde la revolución se produjo bajo el liderazgo de corrientes políticas inspiradas por el marxismo europeo. La Unión Soviética fue el primer y mayor de esos centros, siguiendo su ejemplo China y Cuba. Ofrecía a los aspirantes a revolucionarios de todos los países modelos para tomar el poder y transformar la sociedad, y también ayuda financiera directa. Actualmente es América Latina —con sus complejas configuraciones

sociales y *bricolajes* ideológicos— lo más parecido que se tiene hoy a un centro mundial, sin que tampoco dé para mucho: la izquierda del siglo XXI será casi seguramente descentralizada, y por otra parte América Latina es probablemente una región demasiado pequeña para convertirse en un faro planetario, incluso si los cambios sociales que se están produciendo allí se consolidan y maduran hasta su límite máximo. Para que una nueva izquierda tenga una auténtica importancia global tendrá que echar raíces más profundas en Asia.

Estamos asistiendo al nacimiento de una nueva era: se están configurando nuevas relaciones de clase y nación, de ideología, identidad y movilización y de política de izquierdas global. El final de la Guerra Fría no trajo «dividendo de paz alguno», sino meramente un nuevo ciclo de guerras. El triunfo del capitalismo occidental no fue seguido por la prosperidad universal, sino por una creciente desigualdad y crisis económicas recurrentes: Asia oriental, Rusia, Argentina, y ahora la turbulencia euro-estadounidense en marcha. Las preocupaciones clásicas de la izquierda —imperialismo y explotación capitalista, jerarquías opresivas de género o etnia— se han reproducido en el nuevo siglo. La lucha proseguirá; de eso podemos estar seguros. ¿Pero quién estampará en ella su sello, la nueva clase media o las masas plebeyas?

¿UN GIRO ANTROPOLÓGICO?

*El inadvertido paradigma del pensamiento
moderno francés*

FRANCIA EXPERIMENTÓ, EN la década de 1970, una singular combinación de acontecimientos que sentó las bases de una nueva configuración intelectual. El retroceso de la oleada izquierdista vivida en la década de 1960; el avance de una economía de consumo liberalizada, en medio de una recesión capitalista internacional; la perspectiva de que el Partido Socialista y el Partido Comunista formasen una Unión de Izquierda, que permitiría a los comunistas llegar al gobierno; signos de una renovada Guerra Fría, sobre el telón de fondo de los avances revolucionarios en África y Asia: todos ellos fueron componentes de un nuevo orden social y político. La aparición del posestructuralismo y el deconstruccionismo ha generado una amplísima bibliografía, con ramificaciones que, para bien o para mal, todavía se dejan sentir en la actualidad. En este artículo explico que otro resultado, menos percibido, de esta coyuntura fue el marcado giro del pensamiento francés hacia lo antropológico, lo cual supuso un replanteamiento sistemático de la política y las relaciones sociales desde una especie de punto cero.

Al asumir la especulación antropológica, diversos pensadores franceses plantearon cuestiones que habían sido pasadas por alto o poco desarrolladas por anteriores movimientos intelectuales. La consideración de lo sagrado, lo religioso y lo político —considerado aquí desde un punto de observación antropológico— permitió a estos pensadores reanalizar la función de la política y de la historia en la vida contemporánea. Desde el punto de vista intelectual, el «giro antropológico» se superpuso a menudo a movimientos adyacentes: sus antepasados, el existencialismo y el estructuralismo, pero también sus hermanos, el posmodernismo,

el posestructuralismo y el neohumanismo. No obstante, tenía su propio conjunto de parámetros, temas y lógicas. Como prueba de su carácter y alcance, ofrezco una exploración sistemática del trabajo de cuatro pensadores: Alain de Benoist, Marcel Gauchet, Emmanuel Todd y Régis Debray, que abarcan el espectro ideológico de derecha a izquierda. Por separado, puede considerarse que cada pensador trabaja sobre una serie de problemas planteados por las múltiples crisis de la década de 1970, produciendo como respuesta un novedoso sistema político-antropológico a comienzos de la de 1980. En conjunto, este insólito cuarteto de figuras revela una notable uniformidad de trayectoria. Sus visiones de un nuevo orden político no siempre eran coherentes o atractivas, pero indicaban nuevas formas de pensar y superar puntos muertos cuya lógica se ha entendido de manera imperfecta.

Alain de Benoist, nacido en 1943, procedía de una conservadora familia pequeñoburguesa del valle del Loira. El padre trasladó la familia a París en 1950, y más tarde adquirió una casa de veraneo en Dreux, futuro epicentro del Frente Nacional de Le Pen. Allí, Benoist trabó contacto con veteranas figuras de la extrema derecha de entreguerras, que lo invitaron, de adolescente, a aportar pequeños artículos a sus variadas revistas. Esto lo introdujo en el medio de los jóvenes contrarrevolucionarios militantes que lucharon por conservar Argelia. Benoist dejó los estudios de derecho y filosofía en la Sorbona para convertirse en periodista y militante a tiempo completo. Tras pasar la mayor parte de la década de 1960 escribiendo para la prensa de extrema derecha –*Cahiers universitaires* y *Europe-Action*, ambas orgullosamente ultranacionalistas y racistas– Benoist decidió, a finales de 1967, abandonar su programa nacionalista militante para abordar la política intelectualizada, que más tarde llamaría «un gramscismo de derechas». Reuniendo amigos y simpatizantes, fundó la Nueva Derecha y publicó el primer número de su primera revista, *Nouvelle école*, en 1968. El movimiento se ha dedicado a la filosofía del esencialismo cultural, con tintes de etnopluralismo antirracista. Su política es típicamente antiintervencionista (Benoist se ha opuesto a todas las guerras recientes) y antiestatalista (su creador prefiere soluciones «federalistas» a los problemas planteados por un Estado jacobino). En 1977, el pensador publicó una recopilación de sus artículos periodísticos, *Vu de droite*, que mostraba una impresionante gama de intereses, desde la mitología noruega a la física moderna, y obtuvo el premio literario de la Académie Française. El siguiente libro, *Les idées à l'endroit* (1979), reunido tras un frenesí mediático en torno a las «tentaciones fascistas» de la

Nueva Derecha, proporcionó la más contundente declaración de principios del autor.

Como Benoist, los orígenes de Marcel Gauchet son provincianos y conservadores. Nacido en 1946, creció en un pueblo costero de Normandía. Sus padres eran jornaleros, y Gauchet cantaba en el coro de la parroquia local. Inicialmente intentó estudiar para maestro pero, radicalizado por las protestas universitarias contra la guerra de Argelia, decidió matricularse en la Universidad de Caen. Allí estudió sociología, historia y filosofía, pero también estableció una prolongada colaboración intelectual con su profesor Claude Lefort. Éste lo introdujo en un círculo de izquierdistas no marxistas y exmarxistas que a comienzos de la década de 1970 teorizó el movimiento de la «autogestión» y celebraba el espíritu democrático de Mayo del 68. Más tarde, Gauchet rompió filas y volvió a la derecha, en la década de 1980, respaldando el liberalismo y la Alianza Atlántica. Sus escritos de la década de 1970 –principalmente ensayos publicados en revistas poco conocidas– fueron reeditados en 2005 con el título de *La condition politique*. Gauchet fue conocido por su tesis sobre la laicización: *El desencantamiento del mundo: una historia política de la religión* (1985), que muchos, como Charles Taylor, han considerado la reteorización definitiva del concepto. Desde entonces se ha concentrado en desarrollar una historia filosófica de la democracia desde el siglo XVI hasta la actualidad, *L'avènement de la démocratie*, una obra en cuatro volúmenes.

Emmanuel Todd, nacido en 1951, es el más joven del grupo, y el único no católico. Es hijo del periodista y biógrafo Olivier Todd –judío austro húngaro con antepasados ingleses– y nieto (por parte de madre) del escritor comunista francés Paul Nizan. Atraído por el comunismo en la década roja de 1960, se afilió a las Juventudes Comunistas a los 16 años, y después al Partido propiamente dicho. Una visita a Hungría en 1968 le hizo cambiar de idea, convirtiéndolo en «un espectacular anti-comunista»¹. Aproximadamente por la misma época decidió emprender estudios universitarios, como su padre y su abuelo, en Cambridge. Allí, bajo la tutela de Peter Laslett y Alan Macfarlane, su interés por la familia aumentó, y escribió una tesis sobre las familias campesinas preindustriales en Europa. Volvió a Francia a mediados de la década de 1970, y

¹ Emmanuel Todd, «Contre la monnaie unique, le choix de la nation et du bon sens économique» [conferencia pronunciada en el 29º Congreso del PCF], *Cahiers du communisme*, 1-2, 1997, p. 170.

de inmediato se dio a conocer con *La chute finale*, que predecía el final del comunismo en la Unión Soviética y que encontró una fácil recepción en la atmósfera antitotalitaria del momento. Su siguiente obra, *Le fou et le prolétaire*, exploraba las bases psicosociales de las relaciones de clase en Francia, concluyendo que la clase obrera se había reconciliado por fin psicológicamente con la sociedad burguesa. A comienzos de la década de 1980, el trabajo de Todd cambió de objetivo, dando como resultado un atlas mundial sobre los patrones de parentesco, y un análisis complementario de la alfabetización y sus consecuencias político-culturales. Estos textos, *La troisième planète* y *L'enfance du monde*, respectivamente, formaron la base teórica para todo el trabajo posterior de Todd, incluso en un trabajo tan ulterior como *Après l'empire* (2002), en el que critica el imperio estadounidense.

Nacido en 1940, la educación de Debray fue profundamente parisina, aunque probablemente más conservadora que la de Todd. No obstante rompió con ella y se afilió a la misma organización juvenil comunista. Se convirtió en un brillante *normalien* en la década de 1960, antes de partir hacia Cuba y trabajar para Castro. Entre 1965 y 1973 permaneció en América Latina, sirviendo a la Revolución Cubana como maestro, teórico y embajador improvisado (del Che y más tarde de Allende); fue encarcelado por la dictadura boliviana entre 1967 y 1970. Volvió a Francia a mediados de la década de 1970, y la encontró irreconocible. Su interés por la antropología probablemente surgió por las clases que había recibido en la década de 1960 de Georges Balandier, el decano de la «antropología política», así como por su extenso contacto con los nativos sudamericanos. Estas afinidades las expresó desde mediados de la década de 1970 en una impresionante variedad de formatos (novelas, obras teatrales, autobiografías, memorias), aunque les dio un tratamiento más sistemático en *Critique de la raison politique* (1981). Las conclusiones de Debray acerca de la constitución de la sociedad humana proporcionaron un práctico conjunto de conceptos que sigue inspirando el pensamiento social y político de este autor.

I. MARCADORES

El giro antropológico efectuado por estos cuatro pensadores tan distintos incluyó un enfoque que trataba la sociedad humana contemporánea como expresión o brote de una dinámica social antigua e invariable.

El término «antropología» se usa aquí en su sentido más amplio, haciendo referencia tanto a un inventario de la naturaleza humana en todas sus formas, como al estudio comparativo de las sociedades primitivas². Lo que yo denomino giro antropológico tenía un bagaje de procedimientos metodológicos, uno de los cuales era la negativa a aceptar los paradigmas de la decisión racional en las ciencias humanas. Los cuatro criticaban duramente, por ejemplo, la filosofía del liberalismo clásico del *homo œconomicus*, la idea de que los humanos son actores racionales, con motivos e intereses transparentes. Este motivo crítico destacó en la obra del neoderechista Benoist: la vacua promesa de libertad y la «falsa idea de igualdad» ofrecidas por el liberalismo «privan al hombre de sus apegos, de todas las tendencias incluyentes que le permiten compartir una identidad colectiva»³. El marxismo era igualmente culpable, en opinión de Benoist, porque también compartía esta superficial antropología igualitaria. En el otro extremo del espectro, Debray intentó efectuar una ambiciosa revisión de la filosofía del hombre establecida por el marxismo, que fuese capaz por fin de explicar los cimientos afectivos y subracionales de la cohesión social. Símbolos, mitos, ritos –históricamente los mayores estímulos para movilizar masas– habían sido pasados por alto durante demasiado tiempo en la preocupación marxista por las relaciones de producción. Louis Althusser, el marxista francés más grande de su generación, y amigo y maestro de Debray, escribió en una ocasión que «esta ruptura con cualquier antropología o humanismo *filosóficos* no es un detalle secundario; es el descubrimiento científico de Marx»⁴. En último término Debray coincidía con esta formulación, pero la consideraba una desgracia del marxismo, no un triunfo. Podemos considerar el trabajo de Debray a partir de la década de 1970 como un intento de completar esta imagen perdida.

Más sorprendente quizá es el desdén mostrado por los dos liberales, Gauchet y Todd, hacia la tendencia economicista del liberalismo. Todd, que conectó las disposiciones políticas y sociales modernas con las relaciones de parentesco de comienzos de la modernidad, insistió en que la

² La tradición francesa distingue lo primero como «antropología» y lo segundo como «etnología», pero a menudo se traducen indistintamente al inglés. El primer capítulo de la *Antropología estructural* de Lévi-Strauss, «Histoire et ethnologie», se traduce al inglés como «History and Anthropology», por ejemplo.

³ Alain de Benoist, *Les idées à l'endroit*, París, 1979, p. 87.

⁴ Louis Althusser, *For Marx*, Londres y Nueva York, 2005, p. 227.

vie économique estaba «firmemente modelada y regulada por los sistemas antropológicos, que proporcionan un marco invisible e inconsciente al racional y calculador *homo œconomicus*»⁵. Los motivos económicos ya estaban programados en el elemento social. Para Gauchet, había algo denominado «la condición política», una disposición ontológica hacia cierto tipo de conducta social cuya expresión más pura podía encontrarse ya en la sociedad primitiva. En su lucha elemental por la cohesión social y la autodefinición política, el hombre primitivo reveló que la vida social era cuestión de ordenar las relaciones de poder y de dominio. Los motivos económicos quedaban subsumidos bajo este imperativo social más urgente⁶. En ambos casos, un específico ángulo de visión antropológico provocó la ruptura con las prescripciones liberales convencionales. Sus trayectorias hacia el liberalismo no terminaron en un paradigma jurídico, basado en los derechos, ni en un despliegue de criterios utilitarios –destinos típicos de la tradición anglo estadounidense– sino en un desarrollo históricamente determinado de la comunidad política. Las restricciones ético-jurídicas están completamente ausentes de la obra de Gauchet y Todd⁷.

Los puntos muertos de la década de 1970 llevaron a los pensadores franceses a explorar nuevas opciones políticas e intelectuales, e incluso a reconsiderar las viejas. Un examen más detenido del pensamiento francés en el periodo posterior a 1968 revela la misión arqueológica, el esfuerzo por descubrir referencias antropológicas específicamente francesas. Los historiadores de las ideas han observado adecuadamente la importación del pensamiento alemán y las transformaciones que éste provocó en la tradición intelectual francesa: el existencialismo, el marxismo althusseriano, el psicoanálisis, pero también ciertas ramas del liberalismo y de la sociología serían impensables sin la influencia formativa alemana. Ha predominado una comprensible tendencia a estudiar la transmisión de Hegel, Marx, Nietzsche y Heidegger como

⁵ Emmanuel Todd, *L'illusion économique*, París, 1998, p. 20 [ed. cast.: *La ilusión económica: Ensayo sobre el estancamiento de las sociedades desarrolladas*, Madrid, 2001].

⁶ Marcel Gauchet, «Politique et société: La leçon des sauvages», *La condition politique*, París, 2005, p. 101.

⁷ Es fácil captar la compleja relación de Gauchet con la tradición liberal en dos comentarios sobre Benjamin Constant. Véase «L'illusion lucide du libéralisme», Benjamin Constant, *Écrits politiques*, ed. por Marcel Gauchet, París, 1997; M. Gauchet, «Constant: Le libéralisme entre le droit et l'histoire», *La condition politique*, cit., pp. 277-305.

principal línea de fractura del pensamiento francés del siglo xx⁸. En esta búsqueda, sin embargo, la relación de Francia con su propia tradición intelectual ha quedado oscurecida. En la década de 1970 se produjo, por ejemplo, el redescubrimiento de Tocqueville, lo cual dio renovado vigor a la crítica liberal de la Revolución Francesa y revitalizó el estudio de la democracia⁹. De igual modo, los pensadores del giro antropológico ayudaron a recuperar escritores olvidados o poco apreciados, como forma de utilizar la tradición política contra el consenso establecido.

La principal figura en la reconcepción de la sociedad europea efectuada por Benoist fue George Dumézil, prolífico lingüista y antropólogo, y decano de los estudios indoeuropeos. Gauchet recibió una doble influencia: por una parte Tocqueville, que elaboró un análisis lúcido y estereoscópico de la democracia, y por otra el antropólogo Pierre Clastres, que aportó a Gauchet su idiosincrásica explicación de la relación entre el Estado y la sociedad. El despliegue por parte de Todd de criterios demográficos para estudiar la ideología se inspiró en el científico social del siglo XIX Frédéric Le Play, autor de un estudio profundamente conservador sobre las relaciones de parentesco en Europa. El saqueo de Debray ofreció ricas reinterpretaciones de Auguste Comte y un antropólogo de la sociedad primitiva, André Leroi-Gourhan, produciendo una originalísima interpretación de la relación entre religión y tecnología en la modernidad¹⁰.

Otro rasgo metodológico característico de este movimiento fue el intento de sintetizar afirmaciones antropológicas invariables con las descripciones historicistas. El efecto fue el de conservar algunas apreciaciones ahistóricas del estructuralismo –afirmaciones sobre los componentes estáticos de la sociedad humana– sin abandonar un marco evolutivo o historicista. Cada pensador reconfiguró estas variables a su modo

⁸ Respecto a Hegel, véase Michael S. Roth, *Knowing and History. Appropriations of Hegel in Twentieth-Century France*, Ithaca, Nueva York, 1988; respecto a Heidegger, véase Ethan Kleinberg, *Generation Existential. Heidegger's Philosophy in France, 1927-1961*, Ithaca, 2005; y Stefanos Geroulanos, *An Atheism That Is Not Humanist Emerges in French Thought*, Stanford, 2010.

⁹ Daniel Lindenberg, en su conocida polémica, señaló que Claude Lefort, François Furet y Blandine Kriegel –todos liberales– fueron fundamentales para revitalizar la obra de Constant, Quinet y Tocqueville en la década de 1970. Véase *Le rappel à l'ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires*, París, 2002, p. 8.

¹⁰ Esto no quiere decir que la influencia alemana se disuelva por completo. Benoist está profundamente influido por Nietzsche y los filósofos de la «revolución conservadora» alemana; Gauchet, por Heidegger; Debray, por Feuerbach, Marx y Benjamin.

específico. Desde sus reflexiones más próximas sobre el 68, el artículo de 1969 titulado «Tiempo y política», hasta la actualidad, Debray ha reflexionado sobre el problema de la historicidad. Su enfoque recibió una articulación más plena en *Crítica de la razón política*: por un lado, las dinámicas de grupo estaban determinadas por restricciones formalistas estáticas y existentes fuera de la historia, mientras que por el otro, estas dinámicas estaban sometidas al cambio a medida que la fuerza acumulativa de la innovación tecnológica, motor de la historia, ejercía diferentes presiones sobre el grupo. En otras palabras, Debray no descartó la historia, sino que le dio nueva forma, al añadirle una constante antropológica.

En el otro extremo del espectro, Benoist basó su política restauracionista en una nueva concepción del tiempo, en la que el pasado profundo se acumulaba al presente: «La cuestión de saber si uno puede revivir o no el pasado se hace irrelevante: el pasado concebido como pasado vive siempre en el presente. Es una de las perspectivas que permiten al hombre elaborar sus proyectos y forjar su propio destino»¹¹. En el centro, Todd y Gauchet reperiodizaron la historia de la democracia, rastreando su evolución en la escala de los siglos. A Todd, como antes a Veblen, Schumpeter o Polanyi, le interesaron las disposiciones sociales premodernas que pasaron a la modernidad y siguieron inspirando actitudes políticas, sociales y religiosas. Fue la tendencia inversa la que le interesó a Gauchet, la eliminación y la sustitución de las relaciones antiguas en la modernidad. La domesticación del futuro otrora incognoscible se había convertido en el mundo contemporáneo en sustituto de la religión: «Nos permite creer, en el sentido pleno del término, y aprovechar las compensaciones del activismo moderno sin perder las de la devoción antigua»¹². Cada uno de estos pensadores concedía al pasado –a menudo un pasado muy antiguo– una cierta primacía como fuerza reestructuradora del presente: las antiguas relaciones se acumulaban y sedimentaban a lo largo del tiempo, con independencia de la fantasía de ruptura limpia asumida por la modernidad.

¹¹ A. de Benoist, *Les idées à l'endroit*, cit., p. 38.

¹² Marcel Gauchet, *L'avènement de la démocratie*, tomo 1: *La Révolution moderne*, París, 2007, p. 206. Véase también Marcel Gauchet, *The Disenchantment of the World: A Political History of Religion*, Princeton, 1999.

2. TEMAS

El giro antropológico representó una nueva forma de estudiar la sociedad política tardocapitalista, aunque usó y refinó viejos conceptos. Junto con las innovaciones metodológicas descritas arriba, se dieron varios temas recurrentes. Estos fueron, en primer lugar, un nuevo énfasis en la idea de lo «político»; segundo, la fijación en la importancia de la religión para modelar la cultura de finales del siglo xx; y tercero, una preocupación por el destino de la cultura europea a largo plazo, tendiendo a los mensajes de reafirmación. Lo «político» hacía referencia a la idea de que la política era una esfera de actividad con leyes y procedimientos propios, independiente de determinaciones económicas, religiosas o biológicas previas. La innovación podía atribuirse a Maquiavelo, el primer pensador que liberó el pensamiento político de cualquier atadura religiosa u orgánica. Con el ascenso de las teorías del derecho natural en el siglo xvii, sin embargo, lo político se deslizaría nuevamente a una posición subordinada; igual que para los modernos, en especial liberales y marxistas, para quienes las relaciones políticas eran en último término expresión de las económicas. Lo político efectuó un firme retorno al pensamiento occidental a comienzos del siglo xx, a modo de protesta contra los regímenes liberal-parlamentarios europeos, débilmente constituidos. La restauración de lo político en Francia se dio, por una parte, mediante la traducción del pensamiento de Carl Schmitt, emprendida a mediados de la década de 1960 por un pensador estrasburgués cercano a él, Julien Freund¹³. A comienzos de 1970, Freund trabó amistad con el joven Benoist, que estaba muy interesado por la obra de Schmitt y la incorporó a su propia filosofía, publicando además traducciones de su extensa obra y comentarios sobre la misma. Benoist fundió la «teología política» de Schmitt con las estructuras culturales de los pueblos indoeuropeos, para formular un nuevo tipo de teoría política. Esta síntesis tan atractiva de lo político y lo cultural podía, de acuerdo con Benoist, ayudar a salvar la sociedad europea de la doble amenaza del socialismo y el liberalismo.

Por otra parte, de lo político se apropió a finales de la década de 1960 un grupo de intelectuales de izquierda excomunistas, en el que destacaban el filósofo Claude Lefort y el antropólogo Pierre Clastres. De manera independiente y con puntos de referencia muy distintos, los dos llegaron a la misma conclusión, redactada aquí por Lefort: «Solo la inteligencia

¹³ El mayor texto de Freund, y el más schmittiano, es *L'essence du politique*, París, 1965.

de lo político [*du politique*] podría sacarnos de la rutina positivista en la que nos habían metido la teoría marxista y las ciencias sociales»¹⁴. Para ambos pensadores, la antropología política podía descubrir los rasgos universales e irreducibles de la estructura de la experiencia social. En su investigación sobre el caciquismo amerindio, Clastres situó lo político en los orígenes mismos de la sociedad humana. Sostenía, en contra de los cánones antropológicos existentes, que las sociedades primitivas no solo carecían de Estado, sino que estaban específicamente en contra del Estado, un rechazo del poder que revelaba una actitud política compleja entre las sociedades anteriores a la forma estatal¹⁵. Esta concepción dio ímpetu a las primeras obras de Gauchet: «Yo estaba convencido —escribió muchos años después— de que este enigma de la política primitiva —política en aparente ausencia de política— contenía las claves para entender nuestra condición política. A este juego aposté mi trayectoria intelectual. El resto surgió como una solución que desde mi punto de vista podía dar respuesta a este problema». Gauchet complementó el trabajo de Clastres centrándose en los orígenes religiosos de la razón política. En la estructura religiosa de las sociedades primitivas, basada en la separación entre lo visible y lo invisible, entre el aquí y el más allá, Gauchet detectó los orígenes del Estado: «En este nudo primordial, lo político y lo religioso se iluminan mutuamente»¹⁶.

Debray siguió una ruta más idiosincrásica hacia lo político. Contemplando el fracaso de la campaña guerrillera de Ernesto Che Guevara, mientras permanecía encarcelado en Bolivia, concluyó que la política de clase, en última instancia, no había logrado imponerse a los sentimientos nacionales más vivos del pueblo latinoamericano. De hecho, los apegos afectivos —a la nación, a Dios o a la comunidad— siempre triunfarían sobre cálculos basados en el interés. En consecuencia, una teoría política más penetrante debería descubrir las condiciones y las fluctuaciones de la creencia dentro de los grupos e intentar «capturar lo político en su estado embrionario»¹⁷. Aunque trabajando dentro de una tradición

¹⁴ Claude Lefort, «L'œuvre de Clastres», en Miguel Abensour (ed.), *L'esprit des lois sauvages: Pierre Clastres ou une nouvelle anthropologie politique*, París, 1987, p. 190.

¹⁵ Pierre Clastres, *La société contre l'état: Recherches d'anthropologie politique*, París, 1974. Véase en especial el capítulo I, «Copernic et les sauvages».

¹⁶ Marcel Gauchet, «Introduction», *La condition politique*, cit., p. 13.

¹⁷ Régis Debray, *Critique de la raison politique, ou l'inconscient religieux*, París, 1981, p. 25 [ed. cast.: *Crítica de la razón política*, Madrid, 1983]. Respecto a sus reflexiones sobre Bolivia, véase *Loués soient nos seigneurs: Une éducation politique*, París, 1996, pp. 248-258.

marxista muy distante de Gauchet, Debray llegó a la misma identidad oculta de lo religioso y lo político, presente ya en los orígenes de la sociedad humana. A diferencia de Gauchet, sin embargo, Debray encontró un remedio contra la vacuidad contemporánea de lo político, en forma de conceptos religiosos laicizados, sobre todo el de la hermandad, o *fraternité*, republicana¹⁸. En cuanto a Todd, es el único pensador para el que la política no era una esfera de actividad autónoma, puesto que emana de patrones de familia preexistentes. Aun así, la concepción subyacente de Todd era muy similar: la acción política estaba determinada antes de la reflexión, y respondía a un esquema irracional y arcaico.

Las nociones de lo sagrado

La religión ha sido otro punto de enfoque común entre los cuatro pensadores. Todos son ateos declarados, pero no obstante han seguido fijándose en la capacidad de la religión para modelar la cultura moderna. Para Todd, «la religión está en el centro de todas las interacciones lógicas e históricas». Proporcionó la base del desarrollo cultural que unió las relaciones de parentesco fundacionales con los patrones ideológicos modernos. Era inevitable que la cultura se laicizara a medida que aumentasen las tasas de alfabetización; pero la religión, sostenía Todd, nunca desapareció por completo, ya que «los hombres sustituyen de inmediato la imagen evanescente de la ciudad de Dios por la nueva imagen de la sociedad ideal»¹⁹. Todas las ideologías políticas tenían sus raíces en las tradiciones religiosas. Benoist fue el más implacablemente hostil a la religión, pero al serlo, reconocía de manera implícita la asombrosa longevidad de ésta. Como en el análisis de Todd, no fue la creencia religiosa la que sobrevivió, sino sus costumbres, hábitos y maneras. Esto era un problema para Benoist, en la medida en que los valores «judeocristianos» habían impregnado y corrompido el alma de la civilización europea, eclipsando sus orígenes auténticamente paganos. Como Debray y Gauchet, Benoist consideraba que lo sagrado era un componente integral de la política —o incluso su fuerza estructuradora— y proporcionaba de igual modo una antropología propia, con sus leyes de movimiento. Solo reapropiándose de lo sagrado con criterios paganos,

¹⁸ Véase Régis Debray, *Charles de Gaulle: Futurist of the Nation*, trad. John Howe, Londres y Nueva York, 1994, p. 5; y Régis Debray, *Le moment fraternité*, París, 2009.

¹⁹ Emmanuel Todd, *L'invention de l'Europe*, París, 1990, pp. 94, 193.

sostenía Benoist, podía Europa revertir la transvaloración de todos los principios, y deshacer su mezquino materialismo judeocristiano²⁰.

Debray y Gauchet ocupan el escenario central en este debate sobre la religión. Gauchet ha aportado una de las teorías más influyentes sobre la laicización en *Le désenchantement du monde*, mientras que el enfrentamiento frontal de Debray con la religión ha entrado en el debate público, especialmente durante la controversia del «velo» en Francia. Pero ambos han defendido posturas opuestas acerca de la función de la religión en el mundo moderno, y en cierto momento debatieron estos puntos de vista en las páginas de la revista de Gauchet, *Le Débat*²¹. Debray sostenía que, a medida que las fuerzas centrífugas de la modernidad tecnológica se aceleraban, también debía hacerlo la necesidad de mantener la cohesión grupal, provocando un aumento de la identificación religiosa. La religión –históricamente la mayor fuerza movilizadora que la humanidad ha conocido– actuaba ahora como mecanismo centrípeto de solidaridad grupal en todo el mundo. Al estar más atomizada, la modernidad tenía más necesidad de encantamientos para mantenerse unida. Gauchet, por el contrario, sostenía que el proceso de laicización había comenzado con la llegada del monoteísmo, en torno a 3000 a. c., y había penetrado más profundamente con los comienzos del Estado moderno, a finales de la Edad Media. Occidente llevaba siglos conviviendo con el desencantamiento; cualquier resurgencia del entusiasmo religioso –incluidas sus patologías políticas, el fascismo y el totalitarismo– debía interpretarse sencillamente como réplica sintomática de esta transformación subyacente. No obstante sus considerables diferencias, ambos pensadores trataban la religión como el inconsciente de la política, lo cual los obligaba a inspirarse en la antropología de los pueblos «primitivos». En cierto modo, los cuatro han tratado una cuestión planteada por Tocqueville casi siglo y medio antes, a saber, si la política moderna –es decir, la democracia– podría sobrevivir sin los «hábitos del corazón» vinculantes proporcionados por el cristianismo.

²⁰ Alain de Benoist, *Comment Peut-on être païen?*, París, 1981.

²¹ Régis Debray y Marcel Gauchet, «Du religieux, de sa permanence et de la possibilité d'en sortir», *Le Débat* 127, noviembre-diciembre de 2003. Este intercambio fue comentado por Michael Behrent, «Religion, Republicanism and Depoliticization: Two Intellectual Itineraries», en Julian Bourg (ed.), *After the Deluge. New Perspectives on the Intellectual and Cultural History of Postwar France*, Lanham, Maryland, 2007.

La cultura, para cada uno de los escritores aquí considerados, representaba algo más que una mera colección heterogénea de costumbres, hábitos y producciones artísticas. Se ha tomado en su sentido más antiguo, como defensa contra la naturaleza y los elementos. Sin este baluarte, las sociedades experimentarían una precipitada decadencia, y empezarían a perder su autonomía. Debray fue el más alarmado por esta evolución, temiendo, desde finales de la década de 1970, el inminente empobrecimiento cultural de Francia. Los acontecimientos del 68 habían desbloqueado el camino para los procesos de liberalización y mediatización; en una década, la integridad cultural francesa estaba sitiada. Los intelectuales se aliaron entonces con el orden establecido, una oleada de consumismo barrió siglos de cultura y el proletariado –agente clave en la identidad nacional francesa– estaba en vías de desaparición. Debray se vio obligado, a la luz de estos acontecimientos, a asumir la cosmovisión republicana que recalca la importancia del nacionalismo y de la educación republicana estricta para reconstruir la cultura francesa. Si adoptamos el pesimismo cultural en su sentido menos drástico –no como nihilismo cultural, sino como creencia implícita en la inminencia del declive– podemos decir que los otros también compartían esta tendencia. Gauchet marcó el año 1970 como el comienzo de una nueva coyuntura en la que las fuerzas de la desintegración se desataron sobre Francia con inquietante velocidad. En esta era de individualización chabacana y derechos humanos formalistas, la comunidad y la política se convirtieron en vacíos caparazones de lo que fueron. El de Benoist fue también, como hemos visto, un paradigma de constante decadencia, de forma tal que la cultura se alejaba cada vez con mayor rapidez del verdadero destino, el que tenía en la antigüedad pagana. Incluso la interpretación *whig* de Todd, que veía las patologías de la modernidad resueltas por la universalización del par alfabetización-democracia, estaba oscurecida por los nubarrones en el horizonte. Dos de las obras más recientes de Todd, *Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain* y *Après la démocratie*, conjuran un mundo al borde de la ruina, sumido en el vórtice del capital financiero y el imperio.

La desesperación nunca ha sido profunda, sin embargo. En todos los casos, el sentimiento de decadencia ha estado compensado por un optimismo subyacente, una confianza en la capacidad de las instituciones humanas para sacar a Francia de su mal. La imagen de un mundo de paz democrática, expuesta por Todd, nunca se ha oscurecido por completo, y al final se ha impuesto el mensaje tranquilizador. A este respecto, el giro

antropológico debe distinguirse de un movimiento hermano, el posmodernismo, que compartía con el primero el interés por las estructuras arcaicas, pero en último término rechazaba su enfoque histórico de los conceptos sociales y políticos. Es bien sabido que el posmodernismo afirmaba desentenderse de todas las «metanarrativas», encontrando solaz en estructuras analíticas difusas —«redes» del lenguaje, «códigos» semióticos— en lugar del campo de conflicto dualista, común a los sistemas «modernos» (ej., el marxismo)²². La desesperación por la inmovilidad (o la hipermovilidad banalizadora) de la historia iba acompañada, para los posmodernos, de un impulso utópico, una sumisión gozosa a las nuevas formas de realidad, ya fuesen la «hiperrealidad» de Baudrillard, o la «economía libidinal» de Lyotard. Este rasgo lúdico era anatema para nuestros pensadores, que todavía albergaban una fe subyacente en la capacidad de la historia, la política y la cultura para rescatar a la modernidad de su actual malestar. Excepto Benoist, excluido deliberadamente de la cultura pública por sus opiniones de extrema derecha, todos han sido voces destacadas en la formación de la opinión pública; y de hecho, sin excepción, han difundido activamente sus ideas en diferentes medios (revistas, institutos culturales, *think tanks*, etc.).

3. RAÍCES

¿Cuáles fueron las fuentes más profundas de esta configuración intelectual? En primer lugar, la antropología política practicada por estos pensadores no era nada nuevo en la tradición occidental. De hecho, podríamos muy bien afirmar que el pensamiento moderno empezó a modo de antropología política, que la ruptura con lo tardomedieval se correspondió con el «descubrimiento» de pueblos no europeos a partir del siglo XVI. América aportó un contundente telón de fondo a la teoría política de Moro, Hobbes y Locke; en Francia, la línea de pensamiento que empezó con Montaigne y se extendió hasta Rousseau y Diderot se formó en torno a encuentros (imaginarios) con los no europeos. No se trataba de un mero recurso para criticar la sociedad europea, como los historiadores de la Ilustración han resaltado. Era también una técnica ingeniosa para descubrir, sobre una base universal, la constitución

²² Fredric Jameson ha señalado la obsesión del posmodernismo por los códigos genéticos, por ejemplo, y por las espirales cibernéticas, estructuras entrelazadas, en bucle, sin trayectoria rectilínea. Véase *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Londres y Nueva York, 1991, p. 155.

de la conducta humana y las modalidades sociales que podían deducirse de ella. La antropología permitió, por consiguiente, interpretar la comunidad política desde un punto de observación distinto y atractivo.

En Francia, la tradición antropológica siempre había tenido que enfrentarse a un poderoso racionalismo cartesiano, nacido de la nueva filosofía del individuo en el siglo xvii. Ambas corrientes habían influido por separado en la filosofía de la Revolución y seguirían floreciendo hasta bien superada la Primera República, aprovechando el prestigio adquirido durante el *Siècle des Lumières*. Naturalmente, ambas cambiarían de complejidad a lo largo del siglo xix. La tradición antropológica dio pasos más grandes hacia la profesionalización: de la antropología –en términos generales, el estudio de la naturaleza humana– a la etnología, el estudio comparativo de grupos raciales o étnicos. Esto no estaba en sí tan relacionado con pensadores individuales como con exigencias institucionales: la universidad, obviamente, pero también el Estado. La burocracia colonial en Argelia, por ejemplo, patrocinó estudios etnográficos que captasen las poblaciones locales en su irreducible otredad. El universalismo ilustrado del imperio requería la investigación antropológica para desarrollar no solo una imagen precisa del ser humano, sino también un diagrama comparativo del progreso humano que inspirase sus modalidades de dominio.

Con Émile Durkheim, a finales de siglo, la etnología alcanzó el enorme prestigio que tiene en la tradición francesa. Él la dotó de mayor rigor y sistematicidad, amplió su alcance –combinando de hecho la sociología, la antropología y el estudio de la religión en una sola disciplina– pero también, quizá lo más importante, la puso al servicio de una política socialdemócrata de izquierdas. La influencia más cercana de Durkheim fue Auguste Comte, que a mediados de siglo había efectuado una fusión muy idiosincrásica de antropología y (lo que ahora denominamos) sociología. Más vitales aún para el pensamiento de Durkheim fueron Rousseau y Montesquieu, el primero apelando a su lado antropológico, con la historia teórica del hombre, el segundo a su lado sociológico, con la cuidadosa tipología de los sistemas políticos²³. El legado de Durkheim a las ciencias sociales francesas fue extenso, del orden de la influencia de Weber en el pensamiento alemán. Políticamente, su sociología se alineó con el proyecto republicano de finales del siglo xix, dando primacía a la

²³ Estas influencias se observan perfectamente en un texto póstumo: Émile Durkheim, *Montesquieu et Rousseau: Précurseurs de la sociologie*, París, 1966.

«ciencia» sobre la religión, al imperio de la ley sobre la autoridad arbitraria, y a la solidaridad de grupo sobre la libertad individual. Su rechazo a la tradición heroica del individualismo y a la adjunta filosofía económica liberal, sería interiorizado por el siguiente siglo de pensamiento social, al igual que su constante preocupación por lo social como unidad dominante, fusionada mediante lazos orgánicos.

Aunque no es posible acusarlo convincentemente de ahistoricismo en su sociología, Durkheim sí tendía a centrarse en los modos en que actuaba la religión para reforzar la estabilidad de las sociedades: «por qué principio se mantiene la vida de los componentes del clan, la vida de los animales o plantas de las especies totémicas»²⁴. Esta analítica tendía a resaltar los procesos estáticos frente a los dinámicos. En ambos aspectos —es decir, en la cuestión de los grupos y la del historicismo— Durkheim proporcionó una base sólida para el siguiente siglo, y ciertamente para los pensadores del giro antropológico, todos los cuales aprovecharon su tesoro intelectual. Por último, está el duradero legado de su última obra maestra, *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912), en la que Durkheim formuló la dicotomía sagrado/profano con referencia a las religiones totémicas de Australia. Este era el eje del pensamiento religioso para Durkheim, y dividía el mundo en dos géneros: «Las cosas sagradas son las protegidas y aisladas por prohibiciones; las cosas profanas son aquellas a las que se aplican las prohibiciones y que deben guardar distancia con lo sagrado»²⁵.

Es difícil exagerar el impacto que esta concepción tendría sobre las generaciones siguientes. El propio círculo de Durkheim, reunido en torno a su revista, *L'année sociologique*, adoptó enseguida la distinción como paradigma dominante de sus investigaciones sociológicas. Pero fue Marcel Mauss, sobrino y principal alumno de Durkheim, quien dio al marco original una forma que resultaría enormemente atractiva para el pensamiento social en el periodo de entreguerras. El texto más celebrado de Mauss, *Ensayo sobre el don* (1923), fue el primer estudio comparativo sistemático sobre el intercambio de dones en las sociedades primitivas. Presentaba este fenómeno social en su totalidad, un enfoque que, de acuerdo con Lévi-Strauss y otros, distingue a Mauss de su tío. Con el intercambio de dones arcaico, Mauss podía ver las inferencias morales, jurídicas, estéticas, religiosas, políticas y mitológicas de la «economía»

²⁴ Émile Durkheim, *The Elementary Forms of Religious Life*, Nueva York, 1995, p. 206.

²⁵ *Ibid.*, p. 38.

primitiva. El enfoque global era solo una de las razones del atractivo de *Ensayo sobre el don*. Otra era la idea de Mauss de tratar la economía en su forma arcaica, como cuestión de intercambio simbólico. Su texto era un registro de todo lo que se había perdido, en comunicación interpersonal, con el desarrollo de una economía racional centrada en el dinero. Por elegiaca que pareciese su conclusión, Mauss no era un primitivista y sostenía, como Durkheim, una imagen de progreso humano. La modernidad podía convertir al *homo œconomicus* en una «máquina calculadora», pero también lo transformaría en «el hombre moral, el hombre guiado por el deber, el hombre científico, el hombre razonable»²⁶.

Por último, la figura que por sí sola elevó la reputación de la antropología en el periodo de posguerra fue Claude Lévi-Strauss, quien se situó en el linaje de Durkheim, que «encarnaba la esencia de la contribución francesa a la antropología social», y de Mauss, que la «liberó» de sus provincianismos y la aplicó al estudio de la sociedad como un todo. La propia obra de Lévi-Strauss asumió la unidad de las perspectivas antropológica y etnológica. La primera, afirmaba él, podía proporcionar un «inventario» de la naturaleza humana, «una conversación del hombre con el hombre», sin entrar en conflicto con la misión de la segunda, la de «reconstruir el pasado de las sociedades primitivas». Renacía así con Lévi-Strauss el proyecto de Rousseau y los *philosophes*: estudiar, a escala universal, qué compartimos en cuanto seres humanos, y en qué nos diferenciamos, a escala particular, por ser miembros de una unidad cultural²⁷. El codicilo de Lévi-Strauss era que deberían suspenderse los juicios morales sobre estas diferencias, siendo preferible el relativismo cultural a las viejas descripciones evolucionistas que justificaban el colonialismo europeo. Si Lévi-Strauss aumentó enormemente el alcance y el prestigio de la antropología al purgarla de sus asociaciones coloniales y renovar sus imperativos morales, también lo hizo infundiéndole una metodología estructuralista, tomada de la lingüística. El atractivo de este modelo, que afirmaba descubrir las propiedades universales de la mente humana, fue muy extenso y afectó prácticamente a todas las disciplinas académicas francesas durante el auge del estructuralismo.

²⁶ Marcel Mauss, *The Gift. Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, trad. Ian Cunnison, Nueva York, 1967, p. 74.

²⁷ Claude Lévi-Strauss, *Structural Anthropology*, vol. II, trad. Monique Layton, Chicago [1983], pp. 4, 9, 11, 12, 24.

Ese atractivo había empezado a deteriorarse a finales de la década de 1960, cuando uno de los propios discípulos de Lévi-Strauss, Pierre Clastres, señaló que «este discurso elegante, a menudo muy rico, no habla de la sociedad». La respuesta de Clastres fue categórica: «¡Queremos hablar de la sociedad, hablemos de la sociedad!»²⁸. Los cuatro pensadores del giro antropológico (y muchos de sus contemporáneos) lamentaron también las tendencias herméticas del estructuralismo, su incapacidad para plantear cuestiones que concernieran al mundo. Había nuevos estancamientos y crisis que considerar después del 68, y los análisis estructurales eran inadecuados para abordar estos retos. Por ejemplo, después de 1968 empezó a cuestionarse la función del Estado, provocando que el pensamiento antropológico adoptase un ángulo de visión más político. Una forma de abordar esta cuestión fue el estudio de sociedades sin Estado, que podía arrojar nueva luz sobre la naturaleza y la función del nada transparente Estado occidental, y ayudar a sentar nuevas bases para interpretar la política. Los antropólogos estadounidenses y británicos se fijaban por primera vez en Europa, confirmando en cierto sentido lo que el giro antropológico ya sabía: que Europa no podía seguir mirando al resto del mundo con sentimiento de superioridad, como lo había hecho en el siglo XVIII. La descolonización, así como el inicio de la recesión de la década de 1970, socavaron el satisfecho triunfalismo europeo. La obra de Lévi-Strauss percibía esta transformación, y su sombría perspectiva sobre la historia europea atrajo mucha simpatía en Francia.

Este sentimiento de malestar, de desaparición de los horizontes de crecimiento dentro de Europa, llevó a los pensadores del giro antropológico a crear una nueva filosofía del sujeto que no era estructuralista ni neohumanista, pero compartía aspectos de ambas. Los neohumanistas, en reacción a la proclamación de la «muerte del hombre» y la creencia en la absoluta contingencia del sujeto por parte de los estructuralistas, propusieron en la década de 1980 restaurar el actor humano autónomo, un individuo lúcido y transparente, plenamente responsable de sus acciones. El giro antropológico adoptó una senda intermedia, revelando un sujeto racional y consciente de sí mismo, cuya constitución estaba, no obstante, determinada por modos que escapaban a la percepción de dicho sujeto. Debray y Gauchet consideraban la heteronomía una condición fundamental de la existencia humana en sociedad, y a veces la consideraban una virtud, condición para hacer realidad un nuevo sentimiento de

²⁸ Pierre Clastres, *Archeology of Violence*, Los Ángeles, 2010, p. 224.

comunidad. También Todd y Benoist se inclinaban por ver las restricciones arcaicas a nuestra autonomía como significantes positivos: los apegos familiares y culturales seguían estructurando la conducta grupal, haciendo de freno a las fuerzas centrífugas de la modernidad. Esta concepción del sujeto inmunizó al giro antropológico contra la retórica de los derechos humanos y evitó cualquier acercamiento simplista a dichos paradigmas jurídicos. La tendencia a caracterizar el periodo posterior a 1968 simplemente como el «retorno del actor» parecería por lo tanto prematura, al dejar de lado esta importante corriente de pensamiento colectivista.

4. CALLEJONES SIN SALIDA

Observando más de cerca la Francia de la década de 1970, comprendemos que el pensamiento no solo reaccionó a la recesión en las economías industriales avanzadas, sino también a una serie de estancamientos sociales y culturales adjuntos. La turbulencia en el régimen de producción y acumulación podría generar modos de pensamiento turbulentos, como David Harvey sostenía respecto al posmodernismo. Pero puede de hecho producir la tendencia opuesta, llevando a los pensadores a buscar un terreno más firme en el ámbito de la teoría política: hacia una constante antropológica. El prestigio de la tradición antropológica en Francia no garantizaba que sus intelectuales efectuasen este giro, pero ciertamente aumentaba la probabilidad. Con la crisis multiforme de la década, una convincente tradición intelectual y cultural fue desbloqueada y reelaborada.

Los cuatro escritores percibieron un giro sísmico en la estructura social subyacente en Francia, a saber, la desaparición del proletariado como actor histórico significativo. El desplazamiento de la fábrica en el esquema más amplio de producción capitalista y la naturaleza cambiante del trabajo—hacia una mayor especialización—debilitaron la fuerza colectiva del proletariado, que supuestamente debía haberse fortalecido a medida que empeorasen las crisis del capitalismo²⁹. A este respecto, se produjo una interesante coincidencia en el pensamiento de los cuatro a finales de la década de 1970. *Le fou et le prolétaire* (1979) de Todd

²⁹ La bibliografía en francés sobre este tema es rica y extensa. Véase André Gorz, *Métamorphose de travail. Critique de la raison économique* [1988], París, 2004; Robert Castel, *Les métamorphoses de la question sociale*, París, 1995; Stéphane Beaud y Michel Pialoux, *Retour sur la condition ouvrière: Enquête aux usines Peugeot de Sochaux-Montbéliard*, París, 1999.

predecía la inminente disolución del Partido Comunista a medida que el proletariado se integrase plenamente en el capitalismo. La revolución sexual de la década de 1960, de acuerdo con Todd, había estabilizado la clase trabajadora, liquidando las patologías que la habían mantenido en los márgenes de la sociedad durante casi un siglo. Que después de que la crisis golpease, en 1973, no se hubiesen producido manifestaciones en la calle, que el PCF no hubiese aumentando su número de votantes en las elecciones de 1974, a pesar de un repunte del desempleo, era la prueba de que Francia empezaba a hacer realidad sus verdaderos orígenes pequeñoburgueses. Esta normalización solo sería derrotada si el Partido Socialista decidía explotar un momento psicológicamente arduo para el proletariado³⁰. La interpretación de Debray era casi idéntica a la de Todd, pero con la valoración invertida: la individualidad, el consumismo y la muerte del proletariado, en lugar de salvar a Francia de la ruina inminente, debilitarían su integridad cultural y política. Debray predecía que este giro sociológico haría peligrar la supervivencia del PCF, y lo llevaría a adoptar una serie de tácticas peligrosas, incluida la de sabotear la Unión de la Izquierda. En *Lettre aux communistes français* (1978), anunciaba públicamente su ruptura con el Partido, y explicaba por qué, en su opinión, cualquier programa inteligente de la izquierda tendría que abandonar la *doxa* de la «dictadura del proletariado», y reagruparse terminantemente bajo el estandarte de los socialistas.

A la banda derecha del espectro político no le preocupaba tanto el impacto de la desaparición del proletariado a mediados de la década de 1970. Benoist, reflexionando sobre Mayo del 68 diez años más tarde, pensaba que dicho movimiento no tendría consecuencias. Las facciones más inteligentes de la izquierda percibían algo que estaba ya en perspectiva, que «los “proletarios” solo quieren convertirse en “burgueses”». Habiendo perdido sus principales fuentes de legitimidad política e intelectual –la solidaridad de la clase obrera y la descolonización– la izquierda había entrado en crisis, «el militantisismo no tiene donde aferrarse, las escisiones se multiplican hasta el infinito, los resultados electorales son cada vez más escasos»³¹. El espacio abierto por la izquierda en decadencia podía llenarlo una derecha en ascenso. Era hora de «pensar sin» Marx ni Freud, y volver a Nietzsche. La posición de Gauchet a finales de la década de 1970 era más sutil. En «Tocqueville, l'Amérique et nous» (1980),

³⁰ Emmanuel Todd, *Le fou et le prolétaire*, París, 1979, pp. 258, 18, 265.

³¹ Alain de Benoist, «Postface: Mai 68», *Les idées à l'endroit*, cit., pp. 292-293.

rendía homenaje al proletariado, al que consideraba una de las mayores fuerzas igualitarias de la historia, preguntando retóricamente, «¿Acaso no ha cumplido, en general, su *verdadera* misión histórica, muy a pesar de su misión ideológica de emancipación total: la de incluir como aliados sociales en el proceso colectivo a aquellos antes reducidos al silencio y apartados de la toma de decisiones sociales?». El destino histórico del proletariado no era la revolución, sino la inclusión en un orden parlamentario. Una vez alcanzado esto, su existencia sobraría: «El problema específico planteado por la existencia de un proletariado fuera de la vida civil está en parte resuelto»³². Un proletariado plenamente ajustado al capitalismo ya no era un proletariado, sino un grupo normalizado que funcionaba dentro del sistema democrático.

El suceso discursivo con creces más influyente a mediados de la década de 1970 fue lo que el historiador Michael Scott Christofferson ha denominado «el momento antitotalitario», el asalto organizado por liberales e izquierdistas de centro, tanto exsocialistas como no socialistas, contra la alianza electoral de socialistas y comunistas, la «Unión de la Izquierda». Como con gran pormenor muestra Christofferson, no fueron las revelaciones del *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn las que alarmaron a la izquierda moderada –porque mucho de esto ya se sabía– sino el tremendo ataque del PCF contra dicho libro, lo que suscitó el miedo a que el PCF estuviese listo para asumir el control de la unión con el PS para forjar una nueva hegemonía intelectual. En la estrategia retórica diseñada para impedir esta posibilidad, importantes pensadores de la izquierda liberal anticomunista invocaron el concepto del «totalitarismo», la idea de que el PCF, si se le daba el control del gobierno, impondría un régimen de socialismo represivo similar al de la URSS. A finales de la década de 1970, como muy bien señala Christofferson, emergió un consenso en torno a este concepto, de forma tal que Foucault, Domenach, así como los *nuevos filósofos* y François Furet, «asumieron o toleraron la conclusión de que el comunismo, el marxismo y la revolución eran totalitarios»³³. Aunque Mitterrand obtuvo una ajustada victoria en las elecciones de 1981 –imponiéndose por un margen de tres puntos en la segunda ronda, después de que Giscard ganase en la primera– la legitimidad intelectual de su programa había sido debilitada por la eficaz contrarrevolución antitotalitaria librada por la izquierda moderada y el centro.

³² M. Gauchet, *La condition politique*, cit., p. 378.

³³ Michael Scott Christofferson, *French Intellectuals against the Left. The Antitotalitarian Moment of the 1970s*, Nueva York, 2004, p. 20.

5. LOS ESPECTROS DEL TOTALITARISMO

Christofferson analiza la genealogía del «totalitarismo» como recurso retórico en un duro enfrentamiento político, pero las consecuencias intelectuales de este despliegue fueron mucho mayores de lo que él imaginaba. Porque no solo la izquierda liberal anticomunista asimiló y transmitió este discurso, sino también sectores de la derecha y de la izquierda marxista. Todos los miembros del cuarteto aquí estudiado se sintieron obligados a enmarcar su *opera magna* a finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980 en torno al concepto del totalitarismo (o al menos de examinarlo críticamente). De los cuatro, solo Debray era consciente de su efecto alarmista, al escribir, «En el arsenal de nuestras ciencias políticas, el *totalitarismo* cumple la misma función que el *fanatismo* en las de la Ilustración o el *totemismo* en la etnología: es tanto una excusa para la ignorancia como un rito para conjurar al diablo»³⁴. La presencia del discurso «totalitario» fue tal que recibió respuesta teórica de casi todos, incluso aquellos que lo tachaban de espejismo y humo ideológicos.

Los otros tres eran, al menos a finales de la década de 1970, celosamente antitotalitarios. Christofferson afirma acertadamente que los liberales fueron quienes con más entusiasmo blandieron este arma. *Le fou et le prolétaire* (1979) de Todd, por ejemplo, ilustraba a la perfección la tesis de Christofferson: identificaba al PCF como amenaza totalitaria al modo de vida francés, y sugería que una victoria de la Unión de la Izquierda en 1981 convertiría a Francia en un Estado similar a la Unión Soviética. Centrarse exclusivamente en este «momento» localizado, sin embargo, es olvidar que el antitotalitarismo constituyó un hito en la posterior obra de Todd. *La troisième planète* (1983) era una ambiciosa representación de las ideologías mundiales y sus correspondientes raíces en ciertas estructuras familiares. Y sin embargo este texto, que ayudó a establecer la fama de Todd como estudioso serio, estaba intelectualmente en deuda con el concepto «totalitario». Todd volvía constantemente a la afirmación de que los sistemas familiares nucleares, como los que se encuentran en el mundo anglosajón y en partes de Francia, son «incapaces de engendrar formas políticas e ideológicas de totalitarismo»³⁵. De igual modo, el objetivo implícito de los estudios antropológicos de Todd sobre el parentesco

³⁴ Régis Debray, *Critique de la raison politique*, París, 1981, p. 22.

³⁵ Emmanuel Todd, *La troisième planète. Structures familiales et systèmes idéologiques*, París, 1983, p. 119.

era el de ofrecer una explicación alternativa al apego mundial al comunismo, una explicación que demoliese el mito marxista de la lucha de clases. El «totalitarismo» desapareció finalmente de su obra tras la caída de la Unión Soviética, pero su función formativa en la teoría política de Todd es indiscutible.

Nuestro otro liberal, Gauchet, ocupó el lugar de honor como el antitotalitario más comprometido de Francia. Christofferson le concedió este honor a François Furet, que de hecho escribió uno de los textos más influyentes del antitotalitarismo, *Penser la Révolution française*. Pero fue Gauchet quien le dio mayor peso filosófico e histórico, convirtiéndolo en un concepto central en el metarrelato de la democracia occidental. Su obra más reciente, *À l'épreuve des totalitarismes, 1914-1974* (2010), es sin duda el más omnicomprendivo, aunque ampuloso monumento a la teoría totalitarismo en Francia hasta la fecha. En cierto sentido, Gauchet estaba idealmente situado para la tarea: joven pensador formado en Caen con Claude Lefort –uno de los principales teóricos del concepto– pero también cercano a Furet en la École des Hautes Études en Sciences Sociales³⁶. Su apego al «totalitarismo» estaba en función de una antropología política específica, que sostenía que la comunidad política, en su forma más pura, estaba constituida de forma tal que repudiaba reflexivamente el poder. Las sociedades sin Estado eran entidades estables, autogobernadas, solo nominalmente regidas por un líder. Solo con el desarrollo del Estado, el primitivo sueño de la «autogestión» se vio amenazado y finalmente consumido por esta amenaza externa. El totalitarismo era, por consiguiente, una trayectoria natural del Estado concebido como tal. Aunque Gauchet adoptó el «totalitarismo» en el contexto de los debates políticos entre facciones a mediados de la década de 1970, esta idea tiene una resonancia intelectual mucho más profunda en su obra, fácil de rastrear cuando articula su antropología política.

Benoist, en la extrema derecha, respaldó plenamente la idea «totalitaria» en los escritos publicados desde mediados de esa misma década. En ellos, asumía una función polémica indistinguible del proyecto intelectual de Benoist y de la Nueva Derecha: estigmatizar muchas de las adhesiones filosóficas de Occidente, calificándolas de corruptas y peligrosas, y

³⁶ Respecto a los escritos de Lefort sobre el concepto, véase *Les formes de l'histoire: Essais d'anthropologie politique*, París, 1978, y *Essais sur le politique: XIXE-XXE siècles*, París, 1986.

empezar a aliarse en torno a un conjunto de ideas distinto. El «totalitarismo» era perfectamente adecuado para esta tarea, siempre que se entendiese como una lógica que impregnaba ciertos sistemas ideológicos, y no simplemente como matriz de lo político. En «Totalitarisme égalitaire» (1977), escribió: «El totalitarismo no es el fruto natural del ejercicio del poder. No debe nada a la esencia del poder. Y tampoco es un avatar permanente de las pasiones humanas. El totalitarismo es *el producto del espíritu igualitario*, y, singularmente, *del espíritu económico* que es el corolario obligado». Parecería que tenemos entre manos un antitotalitarismo revisionista, que traslada la responsabilidad del campo de la acción política, cuya dignidad Benoist desearía conservar, al de las relaciones económicas. No hay nada inherentemente erróneo en lo político, afirmaba Benoist. En el mundo pagano, las sociedades se regían por ideas y costumbres «que les eran *naturales*: una cierta concepción del mundo era vivida de modo coextensivo a toda la actividad social»³⁷. Fue la modernidad la que interrumpió este esquema, introduciendo ideologías universalistas –monoteísmo, economicismo, democracia– que finalmente sometieron a las organizaciones políticas locales. La paradoja era que Benoist estaba usando la retórica antitotalitaria contra los antitotalitarios (y no exclusivamente contra la izquierda comunista, como suponía Christofferson). El blanco principal eran los *nuevos filósofos*, que, de acuerdo con Benoist, confundían fundamentalmente el fenómeno totalitario al insistir en que se debe preferir Jerusalén a Atenas, es decir, fusionar la política con la moral. La ortodoxia de estos pensadores daba una nueva legitimidad a la insustancial política de los derechos humanos: señal segura, para Benoist, de la decadencia occidental.

6. SÍNTOMAS

Las señales de una crisis intelectual profundamente asentada estaban por todas partes. A muchos pensadores de la década de 1970 les parecía que una fase concreta de la historia estaba llegando a su fin, y que el futuro aportaría algo completamente nuevo. Las mismas condiciones de pensamiento ahora asociadas con la coyuntura global posterior a 1989 –sensación de agotamiento de la historia, de haber superado la política «ideológica»– fueron contempladas en Francia una década antes, pero con más urgencia, porque sucedían, en cierto sentido, dentro. Las

³⁷ A. Benoist, *Les idées à l'endroit*, cit., pp. 160, 159.

reacciones fueron variadas: los posmodernos profetizaron el fin de la historia, o al menos fantasearon con él; muchos liberales lo vieron como el final del excepcionalismo francés y una invitación a adoptar las líneas filosóficas anglo estadounidenses (otra variante, de hecho, del fin de la historia); y por último, el giro antropológico aprovechó la ocasión para reformular la gramática del pensamiento político hasta entonces conocida en Francia.

Otro síntoma de esta crisis fue un intento sistémico de replantearse el Estado, o incluso la soberanía *tout court*. El mensaje que muchos izquierdistas habían recibido del 68 era que el Estado era invariablemente un cuerpo reaccionario, y que el poder debía ser ejercido a escala local por organizaciones obreras dirigidas autónomamente. El mito antitotalitario, por supuesto, alimentó directamente este rasgo distintivo. Foucault y otros escribieron acerca de una cierta «estadofobia» a finales de la década de 1970³⁸. Pronto surgiría, sin embargo, una reacción, a medida que algunos percibían que la reducción de las competencias del Estado podría tener consecuencias indeseables, permitiendo una mayor privatización y el debilitamiento de la posición de Francia en la política internacional. Al frente de esta ráfaga de escritos sobre el Estado se situaban Foucault, Nicos Poulantzas y Blandine Kriegel, cada uno desde posturas radicalmente distintas. Que pudiesen hacerlo y lo hiciesen era un símbolo de la ambigua función del Estado en este periodo, una incertidumbre que resonaba en el pensamiento del giro antropológico. A esta incertidumbre programática se sumaba una molesta ansiedad por la posición de Francia en el mundo en general. Nuestro pensadores estaban atentos a las cambiantes arenas de las solidaridades geopolíticas —la inminente decadencia de la Unión Soviética, el fin de la descolonización en 1975 con la derrota de Estados Unidos en Vietnam— y cómo afectaría esto al lugar ocupado en ellas por Francia. ¿Debía el país avanzar hacia una mayor integración en la matriz europea, deslizarse bajo el paraguas estadounidense, o intentar avanzar solo?

Estas preocupaciones aumentaron durante los gobiernos de Mitterrand y Chirac. Ambos, pero especialmente el primero, afrontaron difíciles cuestiones acerca de los compromisos geopolíticos de Francia: las decisiones de unirse al sistema monetario europeo y a la OTAN, la reunificación

³⁸ Véase Michel Foucault, *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France, 1978-1979*, París, 2004, p. 78.

alemana, Maastricht y la adopción de una moneda única. Sobre estas cuestiones, todos los pensadores del cuarteto adoptaron en las décadas de 1980 y 1990 una actitud resuelta que en la mayoría de los casos podía retrotraerse a la plantilla político-antropológica que todos habían esbozado durante la década de 1970 asolada por la crisis. El resuelto republicanismo de Debray, apartado de la integración europea y de la Alianza Atlántica, emergía directamente de su antropología política del colectivo humano: ninguna unidad política podía funcionar como apéndice de otra. Por consiguiente, el Estado –una entidad ambigua para Debray– debe elaborar un decisivo programa de autonomía nacional y mantener un firme control sobre su arsenal nuclear, el medio para su autonomía. Todd efectuó la mayor *volte-face* del grupo, empezando como cruzado antisoviético, que escribía con entusiasmo sobre la asimilación de Francia en la Unión Europea. Al comienzo del milenio, era un nacional-republicano convencido, que despreciaba tanto las políticas de libre mercado como el imperialismo estadounidense, al tiempo que desplegaba una apasionada *apología* del proteccionismo estatal³⁹. Los pilares subyacentes de este pensamiento, sin embargo, se mantuvieron fijos: la antropología de la familia seguía siendo la *grille de lecture* de las formaciones ideológicas.

Además de la afinidad con el republicanismo, Todd y Debray compartían también la crítica al imperio estadounidense. Para ambos, el dominio de Estados Unidos sobre el mercado mundial amenazaba la autonomía cultural y económica de Francia (y de otras naciones). Esta posición era más sorprendente en Todd, que difícilmente podía calificarse de antiestadounidense fanático (aunque con frecuencia lo acusan de eso). *Après l'empire*, éxito de ventas en toda Europa, retrataba a Estados Unidos como una superpotencia enloquecida, que usaba su poder militar y financiero asimétrico para extraer «tributos» al resto del mundo y así compensar el declive de su ventaja manufacturera. Estados Unidos, un coloso, pronto se enemistaría con los aliados que le quedaban, perdería su ventaja competitiva en el mercado mundial y dejaría sitio a una zona euro rápidamente emergente. Debray, por el contrario, era antiimperialista por convicción. Sus credenciales hablaban por sí mismas: desde la lucha contra el poder *yanqui* en Cuba y Bolivia en la década de 1960, hasta su brillante sátira de la Alianza Atlántica, *L'Édit de Caracalla* (2002), había mantenido una

³⁹ Aunque escéptico respecto al euro, Todd defendía políticamente la idea de la integración europea, señalando que el continente aún poseía «la mayor concentración de estudiosos, ingenieros, técnicos y trabajadores cualificados del mundo», véase E. Todd, *Après la démocratie*, París, 2008, p. 251.

posición inquebrantable⁴⁰. Por lo general, la crítica es algo sencillamente asumido en sus textos, y rara vez Debray ha efectuado un análisis sostenido de la sociedad o la política estadounidenses. Una excepción ha sido la de *Les empires contre l'Europe*, un apasionado tratado gaullista, escrito bajo los auspicios del antigauillista Mitterrand. En él, Debray esbozaba un arte de gobernar capaz de burlar a las superpotencias rivales y conservar la autonomía nacional de Francia (y esto significaba, algo controvertido en aquel momento, una adhesión firme del país a su programa nuclear). Este análisis incluía una lúcida comparación del imperio soviético y el estadounidense, el primero candidato a la caída, y el segundo, al ascenso.

Benoist estaba a favor de una mayor integración europea, pero estrictamente cultural. «Si Europa no se convierte en una potencia unida, autónoma, decisiva y soberana, sus habitantes dejarán de hacer la historia; otros la harán por ellos», escribía en 1979. «La cultura europea, como todas las culturas, es autosuficiente»⁴¹. Este programa solo era pensable por virtud de la preexistente unidad interna de las culturas indoeuropeas, un esquema que dio a Benoist y a la Nueva Derecha una base duradera para oponerse al dominio de potencias extranjeras como Estados Unidos, pero también para denunciar la impronta cultural de las comunidades inmigrantes en Francia. Como crítico de Estados Unidos, Benoist ha sido quizá el más implacable y sarcástico de los cuatro, y no solo ha atacado verbalmente al imperio, sino también al *American way of life*: sus orígenes puritanos, su nocivo igualitarismo. En su forma imperial, de acuerdo con Benoist, Estados Unidos era un monstruo consumista que imponía valores liberal-materialistas en todo el mundo, pisoteando las formaciones culturales nativas allí donde ponía el pie. Extrañamente para alguien de la sensibilidad política de Benoist, Europa se encontraba en este caso aliada con el Tercer Mundo, porque ambos estaban atrapados entre las grandes superpotencias, luchando por la autonomía cultural. En *Europe, Tiers monde, même combat*, Benoist sostenía que si «Europa quiere ser ella misma, debe establecer un diálogo Norte-Sur, y romper con la dialéctica Este-Oeste»⁴². La inspiración teórica para la contrageometría de la política mundial de Benoist era Régis Debray, importante pensador

⁴⁰ El autor ofrece reflexiones más personales sobre su relación con Estados Unidos en «Un "anti-américain" à New York», *Contretemps. Éloges des idéaux perdus*, París, 1992, pp. 82-118.

⁴¹ A. de Benoist, «L'Europe retrouvée», en Jean Amado Maiastro, *Renaissance de l'Occident?*, París, 1979, pp. 313-315.

⁴² A. de Benoist, *Europe, Tiers monde, même combat*, París, 1986, p. 223.

de la cooperación Norte-Sur. Por supuesto, una política completamente distinta subyacía a esta convergencia de pensamiento.

Gauchet fue el único de los cuatro que apoyó la reaproximación de Francia a Estados Unidos. En cierto sentido, siempre había asumido la idea de que Occidente, Europa y Estados Unidos compartían un destino histórico común, inscrito en su «programa genético»⁴³. No obstante, puede considerarse que Gauchet siguió trabajando de acuerdo con los términos del giro antropológico, es decir, defendiendo un argumento a favor de la autonomía de una unidad político-cultural. Si el «giro» ha sido un intento de replantear los colectivos políticos autónomos en torno a un eje antropológico, la crítica al imperio estadounidense constituía una posición sensata, dado que a menudo Estados Unidos era contemplado como una amenaza a dicha autonomía. Esto era igualmente aplicable a Todd y Debray, que operaban, aproximadamente, dentro del contexto del Estado-nación. Para Gauchet, por el contrario, la unidad político-cultural pertinente era mucho más amplia, e incluía a todo el bloque occidental. El conflicto no se daba entre barrios, naciones o regiones, sino entre civilizaciones; la intrusión se producía en forma de interferencia de otras religiones y otros modos de vida. Esto quiere decir que la actitud proestadounidense de Gauchet no contrastaba completamente con los *topoi* del giro antropológico, sino que constituía una interesante variación sobre uno de sus resultados clave.

Por último, los efectos de la crisis económica de la década de 1970 no fueron inmediatamente percibidos por los pensadores aquí considerados, ninguno de los cuales, excepto Todd en ciertos momentos, mostró mucha afinidad por la economía política. No obstante, sus escritos intuían un cambio de paradigma socioeconómico. Acerca de la década de 1980, Gauchet escribiría que «el mercado recupera su legitimidad, el monetarismo impone sus fórmulas y el sector financiero despega. En medio de la zozobra se desarrolla una inmensa transformación del aparato industrial y empresarial, ayudando a emerger a un nuevo régimen técnico centrado en los ordenadores y en la información». Entretanto, insistía, «el equilibrio previamente establecido entre política, derecho e historia se ha roto, todo habrá de ser reconstituido»⁴⁴. Debray percibió también los cambios posindustriales en el régimen de producción. Una vez el capitalismo había logrado pacificar a la clase obrera y agotar la utilidad del Estado-nación, las

⁴³ M. Gauchet, *La condition politique*, cit., p. 402.

⁴⁴ M. Gauchet, *La démocratie contre elle-même*, París, 2002, p. VII; *La révolution moderne*, cit., p. II.

revueltas del 68 ayudaron a facilitar su transición a la era de la información, donde se volvió internacional, financiero y cultural. «¿De qué vale el culto al trabajo», se preguntaba, «cuando la principal fuente de plusvalor ya no está en la cantidad de trabajo aportada, sino en su calidad tecnológica, es decir, en la materia gris empleada?»⁴⁵. En su fase «mediática», el capitalismo estaba deshaciendo la relación del presente con el pasado y esquivando los mecanismos institucionales que garantizaban la cohesión grupal y proporcionaban cierta apariencia de sentido a la vida. La obra posterior de Debray oscilaba entre dos registros. Uno científico, que desnudaba la maquinaria del capitalismo mediático, y el otro público, que daba voz a una política republicana defendida con pasión. En esta última condición, Debray recreaba una mitología republicano-socialista, ilustrando con brillantez cómo se puede usar la tradición con fines radicales.

7. ¿ÉTICIZACIÓN?

Las descripciones del periodo posterior a 1968 han estado dominadas por diferentes versiones de un liberalismo triunfante. Una tendencia, reflejada tanto en los estudiosos anglo-estadounidenses como en los franceses, es la de contemplar la década de 1970 como un periodo de recesión de la hegemonía marxista en la filosofía y en la teoría política. Para esta línea de pensamiento, ahora asociada con su portavoz más destacado, Tony Judt, el pensamiento francés situado bajo la tutela de Sartre y compañía en las décadas de 1940 y 1950 era moralmente degenerado, culpable de las peores rupturas con el pensamiento aceptable, al negarse a renunciar a sus lazos con el comunismo. Lo mismo era aplicable a las décadas de 1960 y 1970, no menos intoxicadas por la seductora bazofia de la filosofía marxista, la revolución del Tercer Mundo y la insurgencia anticolonial. Los franceses nunca carecieron de sagaces y sensatas figuras intelectuales –Blum, Camus, Aron– pero su complejidad moral, argumenta, nunca estuvo de moda, e hizo que languidciesen en los márgenes de la vida intelectual. Con el proceso de desmarxificación, a finales de la década de 1970, todo empezaría a mejorar⁴⁶. Este veredicto fue reforzado por

⁴⁵ Régis Debray, «Modeste contribution aux discours et ceremonies officielles du dixième anniversaire» (1978), en *Mai 68, une contre-révolution réussie*, París, 2008, pp. 27-28.

⁴⁶ Véase Tony Judt, *Past Imperfect. French Intellectuals, 1944-1956*, Berkeley, 1992. La pesada disertación de Judt contra el marxismo francés era, él mismo lo admitía, una psichistoria, que trataba más sobre «los hombres y las mujeres» que adoptaron la filosofía comunista que «sobre sus palabras y hechos», p. 2.

la publicación de una serie, dirigida por el historiador Mark Lilla, sobre el nuevo pensamiento francés («New French Thought») en Princeton University Press, que presentó –encomiablemente– a los lectores de habla inglesa unos pensadores liberales relativamente desconocidos y a menudo muy originales. Era, no obstante, una apología apenas disimulada de la liberalización del pensamiento francés. Lilla escribía en su introducción a la serie: «Con independencia de las diferencias que las separan, todas estas escuelas de pensamiento [es decir, el racionalismo hegeliano-marxista y el estructuralismo] coincidían en que el liberalismo era ilegítimo, al igual que cualquier estudio “ingenuo”, no historicista, del mismo. Abordar la filosofía política en Francia en la actualidad y reflexionar sobre la perspectiva liberal requiere, por lo tanto, una defensa previa de la empresa en sí misma, en un entorno en el que su posibilidad ha sido negada durante mucho tiempo»⁴⁷. Buena parte de la tradición intelectual francesa de posguerra le parecería un lamentable desvío a Lilla.

Una cohorte más joven de historiadores estadounidenses ha asumido la revisión de este análisis, planteando la idea del «giro ético» como marco para evaluar los cambios acontecidos en la filosofía francesa. Estos autores utilizan una periodización en general uniforme, mostrando el nuevo paradigma del lenguaje ético y basado en los derechos que emergió con la crisis del marxismo, a finales de la década de 1970. Para Samuel Moyn y Paige Arthur, que escribieron respectivamente monografías sobre Emmanuel Levinas y Jean-Paul Sartre, el giro ético fue el momento esencial de los itinerarios intelectuales de ambos filósofos, el punto en el que unas reflexiones imperfectas e incompletas maduraron para convertirse en una doctrina plenamente articulada⁴⁸. La obvia disparidad cronológica –Sartre y Levinas escribieron una generación antes del supuesto giro– se presentaba como evidencia de la asombrosa presciencia de ambos. La historia de Julian Bourg sobre las revueltas de 1968 tenía un diseño más

⁴⁷ Mark Lilla, «The Legitimacy of the Liberal Age», Mark Lilla (ed.), *New French Thought: Political Philosophy*, Princeton, 1994, p. 17.

⁴⁸ Para Moyn, «El pensamiento de Levinas, tanto su ética general como sus ideas judías, maduró en el momento en el que se unió a una cohorte de pensadores –existencialistas antiutópicos, antipolíticos de hecho– que resaltó como grupo la importancia de recuperar las normas morales». Samuel Moyn, *Origins of the Other. Emmanuel Levinas between Revelation and Ethics*, Ithaca, 2005, p. 219. Para Arthur, el momento decisivo fue la década de 1960, como demostró el hecho de que Sartre defendiese a Lumumba, presidiese el Tribunal Russell, e intentase analizar los problemas éticos en la conferencia pronunciada en Roma en 1964. Paige Arthur, *Unfinished Projects. Decolonization and the Philosophy of Jean-Paul Sartre*, Londres y Nueva York, 2010, pp. 139-155.

ambicioso, evaluando las vicisitudes de los *événements* a través de una mirada atenta no solo a las ideas que estos alimentaron, sino también a las instituciones que los siguieron. Su tesis fundamental es conocida a estas alturas: el 68 marcó el momento de transición de una época en la que la «revolución» era el discurso hegemónico a otra en la que se impuso la «ética»: la senda desde el maoísmo a «la reaparición de la filosofía política, Tocqueville y el liberalismo» pasando necesariamente por el Mayo. En el caso de Bourg, el giro ético experimentado en la década de 1970 fue precisamente lo que dio significado retrospectivo a los sucesos del 68⁴⁹. Tenemos así una teleología sencilla y cómoda: la filosofía francesa de posguerra conducía a la recuperación de la ética en la década de 1980, y se alejaba del paradigma presumiblemente «inmoral», «irresponsable» y «revolucionario» propio de la Guerra Fría. En estas historias, los juicios están más matizados y mejor investigados, pero la estructura sigue en pie.

El análisis marxista ha estado más acertado, al marcar los primeros años de la década de 1980 como el comienzo de una «contrarrevolución» neoliberal no menos lamentable, paradójicamente supervisada por el gobierno socialista de Mitterrand. Con frecuencia, sin embargo, esta explicación de la evolución intelectual ha sido descuidada, tendiendo a confirmar la interpretación liberal, aunque invirtiendo, por supuesto, su importancia positiva: excomunistas agotados, participantes en el 68 convertidos en *yuppies*, intelectuales liberales de segunda fila unidos a los medios de comunicación y paradigmas éticos ofrecían un sustituto blando y consensuado de un análisis social y político agudo. Es necesario observar más de cerca estos acontecimientos, matizarlos y complementarlos.

El giro antropológico ofrece una visión distinta de los acontecimientos intelectuales de estas décadas, reformulando los límites, a menudo burdamente trazados, entre izquierda y derecha. La coyuntura posterior a 1968 no aportó una unidad de pensamiento uniforme en Francia, pero sí descubrió un conjunto de temas y sesgos compartidos que podían ser reconfigurados en una filosofía profundamente crítica. Sin duda, cada pensador del giro antropológico se imaginó a sí mismo como un crítico independiente del *establishment* político, pero como hemos visto, esta percepción era en gran medida falsa. Formaban parte de una corriente

⁴⁹ Julian Bourg, *From Revolution to Ethics. May 1968 and Contemporary French Thought*, Montreal, 2007, p. 38.

intelectual más amplia que se retrotraía a la Ilustración. La distancia cada vez menor entre derecha e izquierda en esta época había estado en función de una singular trayectoria francesa: los socialistas subieron al poder en 1981, cuando el prestigio cultural de la izquierda se encontraba en su nadir de posguerra. La derecha y el centro lanzaron un ataque planeado contra Mitterrand, al igual que buena parte de la izquierda, en especial la cercana al Partido Comunista. Partidarios iniciales de la presidencia socialista se mostraron dispuestos después de 1983 a revocar su fidelidad, cuando Mitterrand hizo su famoso *tour-nant* y asumió una serie de reformas neoliberales. Pudo darse, como resultado, algún avance hacia un fondo de crítica común entre todos los segmentos del espectro político.

Cuestión distinta es en qué medida fue crítico el pensamiento del giro antropológico. Un comentarista amistoso podría elogiar su firme atención a los sistemas de creencias y valores que impregnan el mundo del pensamiento a comienzos del siglo XXI, y elogiar su negativa a ceder al pesimismo o el apoliticismo. Un comentarista más escéptico podría recordar lo que los escritores Marx y Engels en una ocasión describieron como la «Sagrada Familia», cuyo pensamiento idealista especulativo se disfrazaba de «crítica crítica». Al activar la latente tradición antropológica francesa, estos pensadores han ocultado y ofuscado las bases materialistas de las relaciones sociales y políticas. Su atención a las construcciones idealistas —el Estado-nación (Debray), las relaciones de parentesco imaginarias (Todd), la autonomía «socio-histórica» (Gauchet) y la unidad cultural ancestral (Benoist)— no puede sino oscurecer el carácter de las relaciones de producción, y fomentar una concepción idealista de la comunidad política. Lo que emerge es una propensión común al «arte de transformar cadenas reales, objetivas y exteriores a mi persona en cadenas puramente ideales, subjetivas e interiores, y de mudar todas las luchas exteriores y sensibles en puras luchas ideales»⁵⁰.

⁵⁰ Karl Marx y Friedrich Engels, *La Sagrada Familia o Crítica de la crítica crítica*, Buenos Aires, 1971, p. 100.

BRASIL:INTRODUCCIÓN

Las naciones asumen su pasado o –más a menudo– fracasan al hacerlo de diferentes maneras. Pocos países ofrecen un ejemplo más significativo que Brasil. Famoso por su propia versión de lo que en Italia se conocería como trasformismo –la fluida mutación de personas e instituciones en lo contrario de lo que una vez representaron– Brasil se caracteriza por haber ampliado el modelo para incluir también acontecimientos y memorias. En los textos que vienen a continuación, Patrick Wilcken y Mario Sergio Conti analizan dos ejemplos llamativos, ambos con una fuerte reverberación contemporánea. A finales de la década de 1970 y principios de la siguiente, la dictadura militar que gobernaba el país desató una draconiana represión contra los intentos de oponer resistencia, reducidos en términos relativos: la tortura y las «desapariciones» se convirtieron en prácticas habituales. Desde la llegada de la democracia –y a diferencia de cualquiera de sus vecinos– en Brasil no se ha realizado un informe veraz sobre estas prácticas ni ningún enjuiciamiento de sus autores. Wilcken expone las maneras en que el establishment político del país, desde Cardoso a Lula, se confabuló con un ejército que no mostraba ningún arrepentimiento para barrer los crímenes del pasado bajo la alfombra de las garantías que, antes de renunciar al poder, los torturadores se concedieron a sí mismos. Si finalmente se ha creado una Comisión Nacional de la Verdad, sus conclusiones todavía están por ver y la inmunidad de los militares todavía tiene que ser revocada. Conti relata cómo las primeras elecciones directas llevaron al poder a un político, Fernando Collor, cuya victoria fue facilitada por los medios de comunicación como una barrera contra la izquierda, para después ser derrocado por la desbocada corrupción que rodeó su conquista y ocupación de la presidencia. Conti, en aquel momento editor de Veja, la principal revista de información del país que tuvo un papel fundamental en la caída de Collor, elaboró en Notícias do Planalto (1999) un extraordinario panorama de las relaciones entre la prensa y el poder en el drama del ascenso

y caída de Collor, con un alcance, profundidad y detalle sin parangón en la bibliografía contemporánea sobre los medios de comunicación. En 2012 añadió un epílogo que reflejaba los cambios que sobrevinieron desde entonces: en las trayectorias personales de los periodistas que entonces fueron héroes de la investigación —ahora principalmente agentes o asesores de políticos en su mayoría sórdidos— y en la suerte general del periodismo en medio del progreso de las tecnologías de la comunicación y de la vigilancia electrónica. Sin noticias de los desaparecidos, los torturadores por la calle, un presidente expulsado de su cargo que se convierte en aliado en el Senado del obrero al que haciendo trampas había quitado la presidencia, periodistas estrella, tanta crítica mercenaria... Brasil no es solamente eso. Pero el arte del país para «refinar» el pasado, como señala acertadamente Wilcken, no se ha perdido.

EL AJUSTE DE CUENTAS

Investigar la tortura en Brasil

EN 2011, EL investigador Vladimir Sacchetta encontró una sorprendente fotografía mientras trabajaba en los archivos públicos de São Paulo. Tomada en noviembre de 1970, mostraba a la actual presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, Dilma, como se la conoce en Brasil, quien a los veintidós años comparecía ante un tribunal militar que la interrogaba sobre su papel en la lucha armada contra la dictadura militar brasileña como miembro del grupo guerrillero de izquierdas VAR Palmares. Dilma tiene el pelo corto; su postura es relajada pero su expresión es de ira, de desafío con un atisbo de aburrimiento, sin doblegarse después de semanas de tortura y más de un año en prisión. Completando el sentido de la imagen están las figuras al fondo: dos oficiales del ejército no identificados recostados en sus sillones, tapándose las caras de los flashes de la cámara. «¿Sabes por qué me gusta la foto?», diría Dilma después, «porque es la verdad. Es lo que sucedió». Quizá le gustó menos la utilización hecha de una imagen que parecía retratar una diferente clase de verdad: una fotografía policial tomada tras su detención por la policía militar después de haber sido acusada de subversión y terrorismo. Con gafas y camisa a cuadros, Dilma mira fijamente a la cámara con el número de su ficha entre las manos. La foto fue ampliamente difundida por la oposición en el periodo previo a las elecciones presidenciales de 2010 en una campaña de desprestigio que no consiguió muchos resultados.

Cuatro décadas después de la fase más violenta de la dictadura, Brasil todavía está lejos de determinar su importancia. Uno por uno, los países vecinos –Argentina, Chile, Perú, Uruguay e incluso Paraguay– han recusado las leyes de amnistía, creado comisiones de investigación y llevado

adelante procesos penales, mientras que Brasil se aferra a su récord absoluto: ni un solo antiguo oficial del ejército ha sido declarado culpable en una causa penal, a pesar de los miles de casos de tortura, asesinato y desapariciones que se produjeron entre 1964 y 1985. En todo caso, ha sido al revés: los abogados del gobierno defendiendo en el Tribunal Supremo la interpretación más amplia posible de la Ley de Amnistía de 1979, y el ministro de Defensa representando a Brasil cuando fue denunciado ante el Tribunal Interamericano de Derechos Humanos por la desaparición de más de 60 guerrilleros de izquierda a principios de la década de 1970. Lo que hace que la posición de Brasil sea tan excepcional es que el Partido dos Trabalhadores (PT) –un partido que se formó en oposición a la dictadura y que vio cómo muchos de sus miembros eran encarcelados y torturados durante la era militar– ha estado en el poder durante una década; sus militantes están ahora en la sesentena y son personajes poderosos. Por el contrario, sus anteriores verdugos –los torturadores conocidos– son mayormente oscuros funcionarios del ejército jubilados, ya de avanzada edad.

Este mes de mayo de 2012 señaló un potencial punto de inflexión cuando la presidenta Dilma, a sus 66 años, puso en marcha la primera Comisión Nacional de la Verdad. En una emotiva ceremonia en el Palacio do Planalto de Brasília, en presencia de los anteriores presidentes José Sarney, Fernando Collor, Fernando Henrique Cardoso y Luiz Inácio Lula da Silva, sin pelo debido a su reciente tratamiento contra el cáncer de garganta, Dilma contuvo las lágrimas cuando habló de las familias de las víctimas: «Por encima de todo, aquellos que perdieron amigos y parientes y que continúan sufriendo como si murieran de nuevo cada día, una y otra vez, merecen la verdad de los hechos». Incluso llegar a este escenario había supuesto superar la atrincherada oposición de los militares, que consiguieron obtener concesiones moderando aspectos del decreto que creaba a la Comisión. Siete comisionados elegidos por Dilma –abogados (incluyendo a Rosa María Cardoso da Costa, que representó a Dilma en los años de la dictadura), fiscales e investigadores, dirigidos inicialmente por el juez Gilson Dipp– llevan empleados seis meses, de los dos años que se les han concedido, en la tarea de oír el testimonio de torturados y torturadores y revisar los más de 150 casos de desapariciones y los de más de 300 muertes que se produjeron durante la dictadura. A medida que los comisionados examinan la evidencia, ¿podría ser finalmente este el momento del ajuste de cuentas?

Los años de plomo

En 1964, los militares brasileños derrocaron al presidente democráticamente elegido, João Goulart, y se convirtieron en los pioneros de la Guerra Fría en la región. Chile seguiría sus pasos en 1973, y tres años después empezaría la guerra sucia en Argentina. En lo que fue la original «guerra contra el terror», los militares se aprovecharon de los temores a un golpe comunista que convertiría a Brasil, dado su tamaño y población, no ya en otra Cuba sino en otra China, como diría Nixon. La estrategia que adoptaron, incluyendo la estrecha colaboración con los servicios de seguridad estadounidenses, los métodos de lucha contra la subversión e incluso específicas técnicas de tortura, se convirtió en un modelo para los regímenes militares de América del Sur que llegaron al poder en la década de 1970. Sin embargo, cuando en 1975 esta estrategia quedaba institucionalmente plasmada mediante el violento consorcio de los servicios de seguridad –la Operación Cóndor– los generales brasileños ya estaban buscando una salida a la situación.

El periodista e historiador Elio Gaspari, cuyos cuatro volúmenes de historia de la dictadura siguen siendo una fuente clave¹, ha dividido al régimen brasileño en periodos: desde 1964 a 1967, el presidente Castelo Branco estuvo al frente de una «dictadura provisional», un acuerdo temporal dirigido a fortalecer el país frente a la percibida amenaza comunista; desde 1967 a 1968, el mariscal Artur da Costa e Silva coqueteó con una cierta clase de «dictadura constitucional» antes de que Brasil descendiera a lo que Gaspari llama la «flagrante dictadura» de 1968-1974 con el general Garrastazu Médici, que tomó posesión en 1969. Desde 1974, el presidente Geisel condujo al régimen en un largo y metódico viaje fuera del atolladero. Aunque el periodo de tiempo sobre el que trabaja la Comisión –marcado por dos Constituciones, 1946 y 1988– es amplio y abarca en teoría más de cuatro décadas, la atención principal ha estado focalizada en los años de la «flagrante dictadura» de Gaspari, cuando la tortura era rutinaria y la gente empezó a desaparecer en grandes cantidades.

1 Elio Gaspari, *A Ditadura Envergonhada*, vol. 1, São Paulo, 2002; *A Ditadura escancarada*, vol. 2, São Paulo, 2002; *A Ditadura derrotada*, vol. 3, São Paulo, 2003; *A Ditadura encurralada*, vol. 4, São Paulo, 2004. Respectivamente: *La dictadura avergonzada-d Descarada-derrotada-atrapada*. Nótese que estas divisiones no se corresponden con las cuatro fases fundamentales del régimen militar como las periodiza Gaspari anteriormente.

Después de los primeros años de gobierno autoritario, el régimen quedó en evidencia en el transcurso de 1968. En São Paulo, una oleada de huelgas coordinadas amenazó con paralizar el centro industrial de Brasil; al mismo tiempo una serie de atentados con bombas y de atracos a bancos anunciaron la aparición de una resistencia armada. En Río de Janeiro, las calles se llenaron con una masiva manifestación de protesta por el asesinato de un estudiante, conocida como la *Passeata dos 100 mil* (la manifestación de los 100.000, de hecho probablemente más cerca de los 50.000). Entre los manifestantes que marcharon a la plaza de Cinelândia estaban las futuras estrellas de la música popular brasileña Chico Buarque, Caetano Veloso y Gilberto Gil, todos entre veinte y treinta años, junto al poeta y compositor Vinicius de Moraes y la escritora modernista Clarice Lispector. Los manifestantes desafiaron abiertamente al régimen, enarbolando pancartas de «*Abaixo a Ditadura. O Povo no poder*», «Abajo la dictadura. El poder para el pueblo».

En diciembre el régimen respondió con un decreto draconiano, el Acta Institucional 5 (AI-5). El presidente Costa e Silva disolvió indefinidamente el Congreso y los Parlamentos de los Estados, prohibió las manifestaciones e implantó una férrea censura sobre la prensa, la música, el teatro y la literatura. Fundamental para los acontecimientos de los cinco años siguientes, el decreto también suspendía el derecho de *habeas corpus* «en casos de delitos políticos contra la seguridad nacional y el orden económico y social», una categoría lo suficientemente amplia como para abarcar cualquier forma de disidencia. El AI-5 fue un «golpe dentro del golpe» y las divisiones en el seno de los militares fueron acalladas cuando la línea dura se apropió del espíritu de la «revolución» de 1964. En la purga que vino a continuación, políticos, funcionarios públicos, sindicalistas y profesores de universidad con inclinaciones hacia la izquierda fueron sumariamente despedidos. Miles de ellos huyeron al exilio, muchos de ellos a Chile, México, Francia y Gran Bretaña.

En la izquierda hubo quienes consideraron que la reacción del régimen era una señal de debilidad o de pánico. Pero estaban equivocados. Tomados por sorpresa cuando surgió la oposición armada, los militares habían empezado a organizarse. Un elemento clave de su éxito estuvo en la red de centros de interrogatorios contra la insurgencia, conocido como los DOI (Destacamento de Operações de Informações), organizados por regiones bajo el CODI (Centro de Operações de Defesa Interna). Gaspari se pregunta, ¿era una coincidencia que el acrónimo DOI fuera

la tercera persona del verbo *doer*, «dañar»? Lo que sucedió en estos centros –denominados con la abreviatura DOI-CODI– y en los anteriores DOPS (Departamento de Ordem Política e Social) dirigidos por la policía, es lo que está proporcionando gran parte de la materia prima para la Comisión de la Verdad.

La izquierda radical era pequeña, estaba fragmentada y aislada, resultado del fraccionamiento del otrora influyente Partido Comunista de Brasil. Cuando el martillo del régimen golpeó, se había multiplicado hasta convertirse en una monty-pythonesca colección de minúsculos grupos sutilmente distintos. Muchos de sus militantes eran veinteañeros de clase media, reclutados en los campus universitarios. Fuertes en retórica marxista, tenían una aversión visceral por la dictadura pero ninguna raíz en la sociedad en general, mucho menos en las clases trabajadoras. Lanzaron una serie de ataques espectaculares pero mayormente simbólicos, incluyendo el secuestro de una serie de diplomáticos extranjeros –el más famoso, el embajador de Estados Unidos, Charles Elbrick (un episodio descrito en la película de 1997 *Cuatro días de septiembre*, de Bruno Barreto)– que fueron liberados a cambio de la puesta en libertad de prisioneros políticos y la difusión en los medios de comunicación de manifiestos izquierdistas. En otra acción, en la que Dilma pudo haber estado tangencialmente implicada, militantes de VAR Palmares robaron 2,6 millones de dólares, 15 millones en la actualidad, de una caja fuerte en la casa de Ana Benchimol Capriglione, en el distrito de Santa Teresa en una colina de Río. Capriglione era la amante de un notoriamente corrupto antiguo gobernador del Estado de São Paulo, Adhemar de Barros, que fue un pionero del eslogan «Rouba mas faz», «Roba pero haz el trabajo». La enorme cantidad de dinero en poder de Capriglione se supone que era lo atesorado de los sobornos que había recibido Barros durante su mandato.

La estrategia de los insurgentes estaba basada en un manual escrito por el referente de la lucha armada, el antiguo miembro del Partido Comunista y dirigente de Ação Libertadora Nacional (ALN), Carlos Marighella. Al contrario que el modelo rural del *foco* cubano, el influyente y traducido *Mini-manual do guerrilheiro urbano* de Marighella, estaba construido alrededor de la idea de que las ciudades eran el terreno ideal desde el que lanzar una lucha guerrillera. Pero en el contexto brasileño, supuso que los militantes fueran rápidamente acorralados en sus bases urbanas, principalmente en São Paulo y Río de Janeiro. Allí, el régimen los aisló

sistemáticamente, siguiendo sus huellas, infiltrándose, torturando y asesinando, para acabar desmantelando sus organizaciones. A principios de la década de 1970 solo quedaban individuos aislados, en una huida permanente. Los audaces atracos a bancos habían degenerado hasta convertirse en robos en farmacias y restaurantes y los procedimientos utilizados, para nada más ambicioso que la supervivencia día a día.

A aquellos que llevaron la lucha al campo no les fue mucho mejor. El ejército limpió sin esfuerzo un puñado de pequeñas bases en Paraná, en el interior de São Paulo, Goiás y Maranhão. La desaparición de la guerrilla del Araguaia, creada por una escisión del Partido Comunista ortodoxo y compuesta por un pequeño grupo de estudiantes universitarios, en su mayoría poco preparados, que intentaron fomentar un levantamiento al estilo maoísta desde su base amazónica en el sur del Estado de Pará, forma actualmente la Prueba Documental A para la Comisión de la Verdad. En una de las acciones más polémicas de los *anos de chumbo* brasileños, entre 1972 y 1974, el ejército capturó, torturó y asesinó a más de sesenta insurrectos. La ofensiva final fue la mayor operación realizada por los militares brasileños desde su despliegue en Italia en la Segunda Guerra Mundial, pero fue silenciada en su momento y los detalles no se divulgaron hasta más de una década después. A pesar de repetidas búsquedas de restos en la zona, hasta ahora solo se han recuperado dos cuerpos.

Las cifras de torturados, asesinados y desaparecidos durante la dictadura brasileña quedan eclipsadas por lo que sucedió en Argentina y Chile, un detalle incesantemente repetido como factor atenuante por la derecha y que dio origen, en un editorial publicado en 2009 por *Folha de São Paulo*, a la desafortunada y muy criticada palabra *dita-branda* (dictablanda), un neologismo del español. Pero considerando el contexto de la situación de Brasil, resulta difícil ser generoso con los militares. Puede que nunca hubiera más de mil personas entre hombres y mujeres totalmente dedicadas a la lucha armada, y de acuerdo con algunas estimaciones solo eran quinientos. Más de cien de ellos desaparecieron, por lo menos el doble fueron ejecutados y la mayoría de los restantes encarcelados y brutalmente torturados. La izquierda, a su vez, solo realizó aproximadamente una docena de ejecuciones planeadas, aunque los ataques con bombas provocaron muertes entre la población civil. La amenaza existencial que los militares utilizaron

para justificar una intervención tan abrumadora fue una invención. Con la excepción de los primeros disturbios de 1968, el régimen nunca afrontó una oposición seria.

Una transición gestionada

Había algo de surrealista en el Brasil de principios de la década de 1970. Por un lado, estaba el primitivo espectáculo de hombres en uniforme colgando a estudiantes de las infames *pau de arara* o percha del loro, ahogándolos con agua y aplicándoles descargas eléctricas con teléfonos de manivela, que se hacía girar más o menos rápido para variar el voltaje. Recetas de cocina y estrofas del poeta épico portugués Luís de Camões en *Os Lusíadas* aparecían en las portadas de dos periódicos nacionales, en un intento de última hora por rellenar los espacios censurados. Por el otro, estaban las insinuaciones de una modernidad largamente esperada. Cuando los canosos generales recorrían la moderna y recién construida capital de Brasilia –concebida como una utopía socialista por el arquitecto y viejo militante comunista Oscar Niemeyer, para entonces trabajando en el exilio en París– el crecimiento económico llegaba al 10 por 100 anual. Los *grand projets* del régimen –los 5.000 kilómetros de la autopista transamazónica, la enorme presa hidroeléctrica de Itapú, los reactores nucleares de Angra dos Reis y los trece kilómetros del puente Río-Niterói, cruzando la bahía de Guanabara– estaban llegando a buen término. Sobre parpadeantes televisores en blanco y negro diseminados por todo Brasil, la nación vio como uno de los más grandes equipos de fútbol de todos los tiempos, con Pelé, Jairzinho y Tostão, endosaba cuatro goles a Italia para conseguir la Copa del Mundo de 1970 en México mostrando su propio estilo. La única amenaza para el éxito de Brasil era el enemigo interior. La propaganda militar de la época era contundente: «Brasil, ámallo o déjalo», *ame-o ou deixe-o*.

A mediados de la década de 1970, con el presidente Geisel, el ejército estaba buscando una salida, no mediante una abrupta renuncia al poder sino más bien a través de una gradual *distensão* o relajación, que condujera a una posible apertura. En 1974, unas elecciones controladas –los partidos de izquierda estaban prohibidos– pusieron el Congreso en manos del Movimiento Democrático Brasileiro (MDB), una «oposición» creada por los propios militares; la censura se relajó, la tortura regresó a sus niveles anteriores a 1968. A medida que los militares aflojaban su control, la verdadera disidencia regresó y fue tolerada. Cuando el responsable del servicio

secreto brasileño, João Baptista de Figueiredo, alcanzó la presidencia en marzo de 1979 la redemocratización estaba en el ambiente y había llamamientos a favor de una amnistía para los miles de disidentes políticos que languidecían en prisión o en el exilio, o que simplemente estaban en paro después de haber sido despedidos de sus trabajos. Aunque esta amnistía había sido concebida por la izquierda, los militares elaboraron un borrador para una ley de amnistía que les favoreciera. Cuando en agosto de 1979 la ley entró en vigor, después de una ajustada votación en un Congreso manipulado desde hacía mucho tiempo por los militares, el texto había sufrido cambios significativos. Acabó siendo interpretado como una amnistía general para ambos bandos, aunque no incluyera a todos. En el artículo 2, claramente dirigido a la oposición armada, se hacía una excepción para «aquellos que habían sido condenados por terrorismo, robo, secuestro y asalto». Ya que era un paso atrás hacia la completa democracia, los militares habían conseguido cubrir su rastro.

Incluso en aquel momento la Ley de Amnistía fue protestada. Un año antes de su aprobación, el presidente del comité de redacción, Eny Raimundo Moreira, formuló una pregunta evidente: ¿cómo se podía amnistiar a agentes del Estado cuando sus crímenes nunca habían sido formalmente investigados y castigados previamente? Más importante, ¿cómo se podía describir el golpear a alguien hasta dejarlo inconsciente, el mantener la cabeza de un detenido debajo del agua o aplicarle descargas eléctricas, como «crímenes políticos» equiparables a distribuir panfletos de izquierda u organizar una huelga? A pesar de estas aparentes inconsistencias, pasarían tres décadas antes de que la ley fuera seriamente recusada en tribunales regionales y nacionales.

En el ínterin, empezaron a acumularse evidencias de abusos sistemáticos de los militares brasileños. El año en que se aprobó la Ley de Amnistía, los abogados que trabajaban a favor de aquellos que habían sido perseguidos durante el régimen empezaron a ocuparse de expedientes de procesos que habían sido apelados en el tribunal militar superior, muchos de ellos conteniendo alegaciones de tortura. Aunque estas alegaciones casi nunca se habían tenido en cuenta durante los juicios, no obstante, siguiendo los protocolos de los tribunales, los jueces las habían registrado diligentemente. Gracias a una burocracia un tanto relajada, dada la naturaleza explosiva de los expedientes, los abogados fueron autorizados a extraer documentos para consultarlos durante un periodo de 24 horas. Utilizando este limbo jurídico, los hicieron llegar,

a un grupo de activistas, encabezados por el cardenal católico Paulo Evaristo Arns y el sacerdote presbiteriano Jaime Wright, que empezaron a examinar sistemáticamente los archivos. El grupo alquiló una oficina pegada al tribunal militar y tres fotocopadoras y empezó el largo y laborioso proceso de duplicar cientos de expedientes judiciales. La documentación fue enviada a São Paulo —en autobús, por avión o en coche— atada en anónimos paquetes. Durante seis años el proceso de fotocopiado continuó sin que fuera detectado. A mediados de la década de 1980, cuando Brasil celebró sus primeras elecciones directas en dos décadas, el duplicado archivo contenía más de un millón de páginas, con más de quinientos rollos de microfilm de transcripciones textuales de los tribunales. Cuatro meses después de la vuelta de la democracia, el proyecto culminó con la publicación de una síntesis del trabajo, *Brasil: Nunca Mais*, en la que se detallaban 1.843 casos de tortura y se citaba a más de cuatrocientos torturadores militares y policías, una gran punta de un iceberg aún mayor, como señalaban los propios autores. El libro, uno de los documentos fundadores de la nueva democracia brasileña, se convirtió en un instantáneo éxito de ventas, y en 2009 estaba en su trigésimo séptima edición.

Excavaciones

En cualquier otro contexto, un libro como *Brasil: Nunca Mais* hubiera creado un efecto dominó, los nombres y los métodos se presentaban sin tapujos, no como vagas alegaciones posiblemente politizadas, sino en el blanco y negro de los expedientes de los tribunales. Pero en el Brasil posterior a la dictadura, ninguno de los 444 torturadores mencionados sufrió ninguna sanción, al margen del ocasional hostigamiento por parte de grupos como Amnistía Internacional. Un gran número de ellos continuaron trabajando en centros policiales de interrogatorio por todo el país, algunos llegando de hecho a ser blanco de nuevas denuncias de tortura; la mayoría ha acabado jubilándose con una generosa pensión del Estado. Hay un sólido argumento de que la persistencia de la tortura por todo el sistema de justicia criminal brasileño es un legado de estructuras y técnicas de la era de la dictadura. Todo lo que ha cambiado son los objetivos: en lugar de los activistas de izquierda con educación universitaria, que desde hace mucho se han unido a la elite, ahora son los *marginais*, los marginados, mayoritariamente jóvenes negros detenidos en las favelas acusados de tráfico de drogas al por menor.

No fue hasta 1995 –una década después de la redemocratización y más de dos décadas después de que se produjeran los hechos– cuando el gobierno brasileño, entonces encabezado por Fernando Henrique Cardoso, empezó a reconocer oficialmente los errores del pasado. Se trataba de un reconocimiento basado en dinero en efectivo: por medio de una recién creada Comisión de Amnistía se distribuyeron grandes sumas en indemnizaciones a las víctimas y, en el caso de los muertos o desaparecidos, a sus parientes. Este proceso continúa hasta la fecha y los casos, que van desde la muerte al despido injusto, ahora suman más de 60.000. (En mayo, la presidenta Dilma recibió 20.000 *reais*, alrededor de 10.000 dólares, del gobierno del Estado de Río en compensación por su detención y tortura; en el momento prometió entregar el dinero a la ONG Grupo Tortura Nunca Mais).

La segunda iniciativa fue un ejercicio de recopilación de datos, que duró 11 años, emprendido por la Comisión Especial para las Muertes y Desapariciones Políticas y que culminó en 2007 con el libro, *Direito à memória e à verdade* (El derecho a la memoria y a la verdad). El libro examinaba 339 casos de muertes y desapariciones entre 1961 y la Constitución de 1988, pero incluso aunque la Comisión es una entidad legalmente constituida que funciona dentro de la Secretaría de Derechos Humanos, se vio obstaculizada por falta de acceso a archivos secretos. Aunque convincentes, algunos de los registros están débilmente documentados, y en ocasiones se basan en poco más que recortes de prensa de la época. Un año después de la publicación del libro, empezaron a aparecer las primeras grietas en la posición del gobierno sobre la persecución de los crímenes del pasado. En un acto público, el entonces ministro de Justicia de Lula, Tarso Genro, rompió décadas de silencio oficial con una simple declaración: «Desde el momento en que un agente del Estado detiene a una persona y la tortura en un sótano, se pone fuera de la ley, incluso de la del régimen militar, y se convierte en un criminal común. Eso no es un acto político. Es tortura. Y se convierte en un torturador, como cualquier otro torturador reconocido por la humanidad». Una muestra de lo conservador que ha sido Brasil en este tema ha sido que la declaración de Genro se propagó instantáneamente por todos los medios de comunicación nacionales, como si hubiera dicho algo extravagante y controvertido. Le apoyó el entonces secretario de Derechos Humanos, Paulo Vannuchi, otro político del PT que fue detenido y torturado por el régimen antes de pasar a trabajar en el proyecto *Brasil: Nunca Mais*. En cuanto las primeras señales de disidencia dentro del gobierno empezaron a airearse,

el ministro de Defensa Nelson Jobim, el juez del Tribunal Supremo, Gilmar Mendes y más decisivamente, la oficina del Fiscal general, se lanzaron al contraataque defendiendo enérgicamente la interpretación más amplia posible de la Ley de Amnistía².

En 2010, el Colegio Nacional de Abogados impugnó la Ley de Amnistía en el Tribunal Supremo brasileño, sosteniendo que estaba siendo malinterpretada para encubrir la tortura y otros crímenes contra la humanidad y que contradecía las obligaciones de Brasil con la ley internacional. En una sentencia ampliamente recogida por los medios de comunicación nacionales, la impugnación fue derrotada por una clara mayoría de siete votos contra dos. En una paradoja final, el ponente (juez principal) no era otro que Eros Grau, que había sido encarcelado y torturado durante la dictadura militar. La impugnación del Colegio de Abogados estaba mal programada. Solo seis meses antes, Brasil se enfrentó a una resolución más sólida en la Corte Interamericana de Derechos Humanos sobre la desaparición del grupo guerrillero del Araguaia. La denuncia había sido presentada originalmente por varias ONG a mediados de la década de 1990, fue aprobada por la Comisión y llegó al tribunal en 2009. Para consternación de las ONG y de los familiares de las víctimas, el gobierno estuvo representado por el ministro de Defensa, en lo que era una clara y agresiva señal.

Cuando en diciembre de 2010 finalmente se dictó la sentencia fue condenatoria. El Tribunal Interamericano declaró a Brasil culpable de la desaparición de 62 personas entre 1972 y 1974. Concluía que se había fracasado por completo a la hora de investigar apropiadamente lo que había sucedido y de llevar a los responsables ante la justicia. Las autoridades habían mantenido deliberadamente a los familiares en la ignorancia y se habían retenido archivos militares clave. Trabajando sobre la consolidación de la jurisprudencia en la región –ya había impugnado la legitimidad de las leyes de amnistía en Perú, Chile, El Salvador, Surinam y Guatemala– el Tribunal Interamericano rechazó rotundamente las apelaciones del gobierno brasileño a la Ley de Amnistía de 1979, que en opinión del Tribunal era nula y sin efecto en el caso de graves abusos de los derechos humanos. La legislación que creó la Comisión Nacional

2 Un devastador retrato de Jobim que lo condujo a su salida del gobierno de Dilma se encuentra en *Piauí*, 59, agosto de 2011. Sobre Mendes, un señalado hombre de Cardoso, véase *Piauí* 47 y 48, agosto y septiembre de 2010.

de la Verdad se precipitó en parte como respuesta a esta sentencia. Pero por lo que se refiere al gobierno brasileño, la recomendación central del Tribunal relativa a la Ley de Amnistía había nacido muerta. Amparándose en las sentencias del Tribunal Supremo, los funcionarios han afirmado repetidamente que el tema ya ha sido resuelto a escala nacional.

Mientras se debatía el principio básico de la amnistía, un grupo de fiscales estaba adoptando otra línea de ataque. A los familiares de los desaparecidos, que durante años han estado infructuosamente organizando campañas para saber qué había sucedido con sus seres queridos, se les ha negado hasta ahora una verdadera sensación de punto final. Esta naturaleza cruel, irresuelta e inacabada de sus experiencias fue precisamente lo que aprovecharon los fiscales mientras trataban, igual que habían hecho sus colegas en Chile, de eludir la Ley de Amnistía. Su argumento tenía una lógica simple pero convincente: ya que en el caso de los desaparecidos no se había recuperado ningún cuerpo, era imposible decir que el crimen original se había producido. En esencia, el Estado había secuestrado a oponentes políticos. ¿Quién podía decir que no estaban todavía retenidos, o que lo habían estado antes de la fecha límite de 1979? La acusación de los fiscales se fortaleció con el hecho de que, siguiendo la jurisprudencia regional, el propio Tribunal Supremo había utilizado precisamente esta interpretación para apoyar la extradición a Argentina de un oficial uruguayo, Manuel Juan Cordero Piacentini, por la desaparición de un ciudadano argentino durante la Operación Cóndor en la década de 1970.

Hasta ahora se han emprendido causas penales contra tres hombres, dos de ellos figuras centrales de los años militares: el coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra y el mayor Sebastião «Curió» Rodrigues de Moura (el tercero es el jefe de policía Dirceu Gravina). Un personaje reservado y metódico, Ustra, presidió el famoso centro de interrogación del DOI-CODI en São Paulo, el caballo de batalla de la era militar que procesó a miles de militantes. Curió, por otro lado, dirigió la operación final contra el grupo guerrillero del Araguaia, y había admitido públicamente que el ejército ejecutó a 25 militantes que estaban atados antes de recibir los disparos. Ambos casos fueron rechazados en primera instancia por jueces federales pero ahora están siendo apelados. (Ustra acaba de ser declarado culpable de tortura en un caso civil separado que escapó al radar de la Ley de Amnistía). Con muchos más casos en preparación y el Colegio de Abogados impugnando la decisión del Tribunal Supremo

—empleando esta vez el argumento de que la desaparición es un «crimen continuo»— las escaramuzas en los tribunales van camino de continuar.

Imágenes rebatidas

Quizá más importante que la disputa legal ha sido el resurgir del tema en los medios de comunicación. Nuevas revelaciones están reavivando el interés a medida que finalmente el miedo a los descubrimientos empieza a relajarse y se debilita un pacto de silencio que ha durado cuarenta años. En las recientemente publicadas *Memorias de una guerra sucia*, el oficial de policía retirado Cláudio Guerra ha afirmado que se le pidió que se deshiciera de por lo menos diez cuerpos de militantes que habían sido ejecutados³. Recuerda haberlos llevado a una plantación de caña de azúcar al norte del Estado de Río de Janeiro, donde fueron incinerados en el horno de una destilería. Han aparecido nuevos datos sobre una de las imágenes icónicas de la era: el cuerpo del director de informativos del canal Cultura de la televisión en São Paulo, Vladimir Herzog, de 38 años, colgado de una soga de los barrotes de la celda de interrogatorio del DOI-CODI. Su «suicidio» ha sido siempre discutido, pero la aparición de otra fotografía, no recortada, que muestra la soga colgada de los barrotes más bajos de la ventana, y a Herzog prácticamente arrodillado en el suelo de la celda, confirma un montaje. En febrero de este año, el periódico nacional *Folha de São Paulo* contactó en Los Ángeles con el autor de la fotografía original, Silvaldo Leung Vieira. «Todo estuvo manipulado», manifestó al periódico, «y desafortunadamente yo tomé parte en esa manipulación».

En otra imagen icónica, el cuerpo de Marighella se encuentra en el asiento trasero de un vw Escarabajo, mientras de sus fosas nasales caen hilos de sangre. En la versión oficial, murió durante un tiroteo con la policía, al mando del notoriamente corrupto y violento Sérgio Fleury. El fotógrafo Sérgio Jorge manifestó recientemente a los periodistas lo que sucedió realmente en el escenario. Fleury dio voces a la prensa para que no tomaran fotografías y se mantuvieran de cara a la pared, mientras el cuerpo era depositado en el pavimento y los oficiales desvalijaban sus bolsillos. Entonces, después de tirar de él y empujarlo con pocos miramientos, el cadáver fue metido en la parte trasera del coche y preparado para los

3 Cláudio Guerra, con Marcelo Netto y Rogério Medeiros, *Memórias de uma guerra suja*, Río de Janeiro, 2012.

fotógrafos. «Fue una completa farsa» manifestó Jorge a la revista *IstoÉ*. Preguntado por qué había hablado más de cuarenta años después de los hechos, Jorge dio una elocuente respuesta: «Vi que había llegado el momento de contar la historia. Brasil ha cambiado».

Durante los últimos meses ha surgido un nuevo grupo de estudiantes, *Levante Popular da Juventude* (Levantamiento Popular de la Juventud). Desplegando una táctica ampliamente utilizada en Argentina y Chile, el avergonzamiento público, *esculacho* en portugués, y utilizando medios de comunicación sociales para organizarse rápidamente por todo el país, el grupo ha realizado una serie de exitosas acciones públicas. En mayo tomaron como objetivo a Maurício Lopes Lima, el supuesto torturador de Dilma, haciendo una pintada en rojo en la acera del edificio donde vivía que decía, «El torturador de Dilma vive aquí». En otra acción, el grupo proyectó la imagen del cuerpo de Herzog sobre la sede del ultraconservador Club Militar de Río de Janeiro en el aniversario del *coup d'état* de 1964. La disidencia no se limita a marginales organizaciones estudiantiles. En marzo de 2012, el documental de una hora de duración de Miriam Leitão, *La historia inacabada: el caso de Rubens Paiva*, se emitió en el canal Globo de la televisión. Paiva, un acaudalado ingeniero, hombre de familia de mediana edad y ex diputado federal, acababa de regresar de un paseo por la playa de Leblon cuando fue arrestado en su piso junto a su mujer e hija a primera hora de la tarde del 20 de enero de 1971. Después de ser trasladado al DOI-CODI en la calle Barão de Mesquita de Río, nunca se le volvió a ver. Un médico que fue enviado a su celda a media noche manifestó más tarde que había visto a Paiva tirado desnudo en el suelo, su cuerpo cubierto de hematomas, el estómago tenso sugiriendo una masiva hemorragia interna. Debido al elevado perfil social de Paiva, su muerte fue con toda probabilidad un error; la sesión de tortura se había descontrolado. En un intento ridículamente torpe para encubrir lo sucedido, los militares afirmaron posteriormente que Paiva había sido secuestrado a primeras horas de la mañana por un grupo terrorista, una historia que nunca ha sido corroborada de ninguna manera.

La presencia de Miriam Leitão —una experimentada periodista económica que también fue encarcelada y torturada bajo el régimen militar— interrogando a un impenitente general del ejército retirado, mientras que compasivamente entrevistaba a miembros supervivientes de familias y a un fiscal militar que reúne evidencias, fue un hito. El hecho de que este documental fuera emitido en la normalmente conservadora cadena

de televisión Globo –en su momento una acérrima aliada de los generales– es una muestra de los profundos cambios acontecidos en Brasil. El que estos cambios penetren lo suficiente como para cambiar la opinión dominante y desafiar la arraigada oposición de partes del gobierno y de los militares, es algo que está por ver.

Afrontando el pasado

Históricamente, Brasil se las ha arreglado para burlar a las crisis una y otra vez. Desde la independencia, pasando por la tardía abolición de la esclavitud a finales del siglo XIX, hasta el ascenso del gobierno totalitario en la década de 1930, todas fueron de algún modo olvidadas sin grandes conflictos, aunque dejando sin resolver tensiones subyacentes. A la Comisión Nacional de la Verdad le va a costar trabajo invertir esta tendencia. Una gran parte de las razones de la moderna reluctancia brasileña a afrontar el pasado está en la manera en que los militares gestionaron la última transición de la dictadura a la democracia en la década de 1980. A diferencia de Argentina, donde los militares abandonaron el poder desacreditados después de la derrota en la guerra de las Malvinas, la salida de los generales brasileños fue lenta y estuvo estrechamente orquestada, casi dignificada. Detrás dejaron más una sensación de alivio que de ira. No hubo ninguna purga de la derecha; aquellos que habían apoyado incondicionalmente a los militares, incluyendo el imperio de comunicaciones de Globo, así como las elites rurales y empresariales, planearon incólumes en la década de 1990. Quizá la coyuntura crítica para conseguir alguna forma de ajuste de cuentas por los crímenes del pasado, fue la derrota de Lula en 1994, en su segundo intento por obtener la presidencia, frente a Fernando Henrique Cardoso. A pesar de ser antiguo investigador marxista y autor de textos sobre la teoría de la dependencia, Cardoso llegó al poder gracias a una alianza con algunas de las fuerzas más reaccionarias y prodictadura de la política brasileña, las oligarquías familiares de los Estados más pobres del norte y noreste.

En la década de 1990, el PT era un auténtico partido radical con un declarado programa de izquierda. En el momento en que Lula finalmente obtuvo la presidencia a su cuarto intento en 2002, los fuegos se habían atenuado algo. Convertidos en políticos modernos, desesperados por dar una imagen de centro, muchos en el partido encontraban incómodo recordar sus días como militantes de izquierda. El anterior jefe del PT, José Genoino, es un caso ejemplar. Uno de los pocos miembros de la

guerrilla del Araguaia que sobrevivió, Curió, ha declarado que salvó la piel colaborando con el ejército. (Aunque pueda parecer extraordinario, este ex guerrillero marxista, que recientemente fue declarado culpable de estar implicado en un gran escándalo de corrupción, ha acabado siendo consejero en el Ministerio de Defensa). La izquierda también ha sido sensible –quizá demasiado sensible– a la constante afirmación de la derecha de que simplemente están buscando la justicia del vencedor, de manera que la Comisión de la Verdad no supone nada más que un acto de venganza tardía.

Ahora que la Comisión Nacional de la Verdad se ha puesto en marcha, con comisionados recorriendo Brasil de arriba abajo para celebrar reuniones públicas y reunir testimonios, su significado está tornándose más claro. Al principio, desde los tortuosos procesos para aprobar la legislación que se requería, a los ruidos iniciales que llegaban de la propia Comisión, parecía como si los militares hubieran neutralizado una vez más a la oposición. Inicialmente, el juez Gilson Dipp pareció apoyar el fatigado estribillo militar de que había dos lados del conflicto y que la izquierda también debía afrontar una investigación. En las primeras declaraciones de la Comisión se hablaba mucho de reconciliación, como si Brasil tuviera que tender la mano a los torturadores en vez de investigarles para posibles enjuiciamientos futuros.

Pero más recientemente el tono conciliador ha desaparecido y las declaraciones públicas se han endurecido. Los comisionados han dejado claro que se centrarán solamente en violaciones cometidas por agentes del Estado. Un grupo de trabajo examinará las actividades de la Operación Cóndor y la Comisión ha prometido investigar el papel de las compañías y de los empresarios que financiaron el régimen. Una de las primeras intervenciones de la Comisión fue en el caso de Vladimir Herzog; por votación unánime, apoyó la petición de la viuda de Herzog para que se cambiara en su certificado de defunción la «asfixia mecánica» por «heridas sufridas durante el interrogatorio». En octubre, los comisionados visitaron Araguaia, entrevistando no solo a protagonistas sino a campesinos y grupos indígenas que quedaron atrapados en la ofensiva del ejército. Y en una visita anterior al Estado de Pará, miembros de la Comisión vincularon explícitamente pasadas estructuras represivas con el contemporáneo aparato de seguridad brasileño; lo que sucedió en los centros DOI-CODI con lo que todavía sucede en detenciones policiales y en prisiones por todo el país.

La investigación cuenta con la ayuda de un nuevo decreto sobre libertad de información, –convertido en ley el año pasado, el mismo día en que se legislaba la creación de la Comisión Nacional de la Verdad– que puede señalar los principios de una era de mayor apertura y transparencia en un país que tiene una larga historia de secretismo oficial. Las dudas siguen existiendo, habida cuenta del hecho de que la Comisión ha manifestado que mantendrá algunas de las sesiones más sensibles a puerta cerrada, y de que los militares continúan afirmando que muchos de los decisivos archivos que describen algunos de los acontecimientos más traumáticos de la época han sido destruidos. Pero la misma existencia de la Comisión Nacional de la Verdad está indudablemente cambiando a Brasil. Incluso antes de que los procedimientos oficiales hubieran despegado, surgieron una serie de comisiones paralelas para ayudar a procesar el cúmulo de evidencias de la época. Cinco Estados –Alagoas, Espírito Santo, Pernambuco, Rio Grande do Sul y São Paulo– han establecido sus propias comisiones de la verdad, con ocho más en proceso de hacerlo. Algunos municipios, el Colegio de Abogados de Río de Janeiro y varias universidades también se han movilizado. Por su parte, la Comisión Nacional de la Verdad ha urgido a otros Estados a que hagan lo mismo, manifestando que trabajará en colaboración con las nuevas comisiones.

«Tenía 19 años, pasé tres años en prisión y fui salvajemente torturada», manifestó Dilma durante una comparecencia en el Senado en 2008, dos años antes de que asumiera la presidencia. Según su relato, fue colgada del *pau de arara* y golpeada, antes de ser atada a la «silla del dragón» donde recibió descargas eléctricas en sus pezones, manos, pies, muslos y cabeza. «El dolor es insoportable, no se puede imaginar lo insoportable que es», continuaba, «y por eso estoy orgullosa de haber mentido, porque salvé a mis camaradas de la misma tortura y de la muerte». «No hay espacio para la verdad bajo una dictadura», afirmaba. «Algunas verdades, incluso las más banales, pueden conducir a la muerte».

Mientras la Comisión continúa reuniendo testimonios, ¿qué nuevas verdades aguardan al público brasileño? ¿Añadirá la Comisión significado a la ya voluminosa evidencia de las violaciones de los derechos humanos durante la dictadura? ¿Qué aprenderemos sobre el papel de la actual elite política brasileña durante esos años? ¿Estas verdades solamente se cubrirán de polvo junto a *Brasil: Nunca Mais*, y el *Direito à memória e à verdade* o finalmente se impartirá alguna clase de justicia? La prueba de

fuego para una culminación con éxito será lo que suceda después de que el informe final sea entregado: si Brasil seguirá por fin los pasos de sus vecinos, revocará la Ley de Amnistía y empezará un proceso muy retrasado de ajuste de cuentas judicial; y si esto a su vez servirá como catalizador de una reforma necesaria con urgencia de las fuerzas policiales de Brasil y de su sistema carcelario. A medida que los acontecimientos que han dejado cicatrices en una generación se alejan en el tiempo, ésta podría ser la última oportunidad para que Brasil saliera del búnker histórico en el que él mismo se ha atrincherado.

EL ASCENSO DE LOS CREADORES DE IMÁGENES

Cambios en el paisaje mediático brasileño

LOS JÓVENES PERIODISTAS que desenmascararon al gobierno de Fernando Collor de Melo a comienzos de la década de 1990 ya no cubren las noticias desde el Planalto, el palacio presidencial brasileño. Cada cual tiene sus razones. El deseo de hacer algo distinto, la esperanza de ganar más, el hacerse mayores, las presiones familiares; la competencia y los problemas de la profesión; el estancamiento profesional, las desilusiones y también las ilusiones; las convicciones políticas o la falta de ellas; los cambios en el poder y en el país: todo eso ha contado y cuenta. Pero el denominador común entre quienes han dejado el periodismo ha sido que han empezado a trabajar para empresas –propias o ajenas– dedicadas a atender a políticos profesionales, hombres de negocios e instituciones. Ahora son asesores de comunicación, expertos en relaciones públicas o publicitarios. Dirigen cursos de formación en medios de comunicación. Redactan discursos. Pulen la imagen pública de sus clientes y elogian sus logros. Gestionan gabinetes de crisis para personas de fortuna y posición denunciadas en la prensa para la que ellos trabajaban antes. Quienes ayer denunciaban las disonancias entre el marketing y la realidad se han convertido en especialistas en marketing.

El trasfondo de esta migración de los periodistas que trabajaron en el asunto Collor al sector de las relaciones públicas ha sido la apertura de un nuevo ciclo en la disputa en torno a las noticias. Han surgido docenas de empresas, algunas diminutas, otras con más periodistas que las redacciones de los grandes medios, que venden sus servicios a quien quiera aparecer en los periódicos, las revistas, la radio o la televisión. Se sigue ejerciendo presión sobre profesionales y propietarios por las partes

interesadas y los anunciantes, que hacen todo lo posible por asegurarse de que ciertas noticias se publiquen de cierta manera, en la mayoría de los casos brevemente y apoyando la versión dada por la persona objeto de ataque. Pero ahora mismo se han extendido también las agencias cuyo objetivo es controlar los datos periodísticos desde el comienzo, o que responden a las noticias para remodelarlas.

Con el nuevo ciclo se abrió un mercado para los periodistas que habían investigado a Collor. Eran expertos en hablar con el poder y comunicarse con la ciudadanía. Tenían conocimientos prácticos sobre cómo redactar artículos políticos con impacto. Conocían el funcionamiento interno de los grandes medios de comunicación. También mantenían contactos con aquellos que continuaban en el periodismo: reporteros, columnistas, editores y directores de redacción, con quienes podían hablar para convencerlos de la integridad de sus clientes. Gracias a sus currículos, empezaron a trabajar codo con codo con encuestadores de la opinión pública, abogados, sociólogos, analistas de mercado, foniatras, figurinistas, peluqueros, maquilladores y demás. Rico y poderoso, el mercado no para de crecer. Gobiernos, Ministerios, Secretarías, empresas y partidos de todo porte e ideario tienen fondos para repartir a quienes les ayudan a manejar las noticias. En torno a ellos orbita una nebulosa de empresas y asesores que ofrecen sus servicios, disputándose cuentas y contratos jugosos.

Luís Costa Pinto, que efectuó la entrevista en la que Pedro Collor acusó a Paulo César Farias de ser testaferro de su hermano, se ha hecho consultor¹. Ha trabajado para el diputado João Paulo Cunha, condenado por el Tribunal Supremo por su participación en el escándalo *mensalão*, y para Agnelo Queiroz, el gobernador de Brasilia cuya administración fue acusada de tratos ilícitos con el delincuente Carlos Cachoeira².

¹ P. C. Farias: recaudador de Collor en Alagoas, cuya acumulación de dinero ilegal reunido por y para Collor fue determinante en la caída de éste; encarcelado por corrupción; más tarde asesinado por una amante, que a su vez se suicidó [Notas: NLR]

² El escándalo *mensalão*: revelación en 2005 de pagos de más de 50 millones de dólares a diputados, líderes de partido, banqueros y publicistas a cambio de que apoyasen al gobierno de Lula. Los líderes del PT José Dirceu, José Genoino y Delúbio Soares fueron condenados por el Tribunal Supremo en noviembre de 2012 a penas de prisión de seis a diez años. João Paulo Cunha: miembro del PT y presidente de la Cámara de Diputados en 2003-2005, condenado en octubre de 2012 por malversación, corrupción pasiva y blanqueo de dinero. Agnelo Queiroz, miembro del PT y gobernador de Brasilia: cargos por corrupción pendientes. Carlos Cachoeira: cabeza de una organización de juego ilegal con extensas conexiones políticas, sentenciado a cinco años de cárcel en noviembre de 2012.

Mino Pedrosa descubrió al chofer Eriberto França, quien confirmó la conexión económica entre Paulo César Farias y el presidente. Más tarde, Pedrosa trabajó en la primera campaña de Fernando Henrique Cardoso, creó un blog y fue asesor de Roseana Sarney y Joaquim Roriz, ex ministro del gobierno de Collor que dimitió del Senado tras ser acusado de corrupción³. Su agencia de comunicaciones ha prestado servicios a Carlos Cachoeira. Mario Rosa, que reveló los problemas de la Legião Brasileira de Assistência presidida por Rosane Collor, se ha convertido en gestor de crisis⁴. Ha participado en diversas campañas electorales, fue asesor de Ricardo Teixeira cuando éste era presidente de la Confederación de Fútbol Brasileña, y de Daniel Dantas, propietario de Banco Opportunity⁵. Como Luís Costa Pinto, fue contratado por Fernando Cavendish, propietario de Delta Contractors, implicado en la malversación de Cachoeira⁶. Expedito Filho, que describió las cabriolas del entorno de Collor y registró las acusaciones de Renan Calheiros contra el presidente⁷, se ha pasado a las relaciones públicas. Gustavo Krieger, que destapó los gastos del portavoz de Collor, Cláudio Humberto Rosa e Silva, en una tarjeta de crédito, fue contratado para dirigir la campaña publicitaria de Gabriel Chalita, del PMDB, como candidato a la alcaldía de São Paulo.

³ Roseana Sarney: hija de José Sarney, presidente de Brasil en 1985-1990, candidata a su vez a la presidencia en 2002, hasta que en la empresa de su marido se descubrieron más de un millón de reales (500.000 dólares) en efectivo; en la actualidad gobernadora de Maranhão. Joaquim Roriz, originalmente del PT y más tarde del PMDB; durante mucho tiempo gobernador de Brasilia: dimitió del Senado a los seis meses de ser elegido, en 2007, para evitar ser destituido de la política por su participación en los escándalos que envolvieron al Banco de Brasilia.

⁴ Rosane Collor: segunda esposa de Fernando Collor, implicada en la corrupción del régimen de su marido.

⁵ Ricardo Teixeira: yerno de João Havelange, presidente de la FIFA, cuando fue nombrado presidente de la Confederación Brasileña de Fútbol, y receptor documentado, junto con él, de 45 millones de francos suizos en sobornos por derechos de publicidad. Havelange dimitió del Comité Olímpico Internacional en diciembre de 2011 para evitar ser expulsado, y Teixeira fue obligado a dejar la Confederación Brasileña de Fútbol en marzo de 2012. Daniel Dantas: gestor de fondos, acusado de múltiples ilegalidades, detenido brevemente en 2008.

⁶ Fernando Cavendish: constructor acusado de fraude y corrupción de funcionarios públicos.

⁷ Renan Calheiros: líder parlamentario de Collor en 1990; se volvió contra éste debido a una disputa por las prebendas en su estado natal de Alagoas; ministro de Justicia con Cardoso; presidente del Senado con Lula, finalmente dimitió en medio de múltiples acusaciones de corrupción, denominadas Renangate en los medios.

El arte de vender política

Primer candidato presidencial en usar sistemáticamente el marketing, Fernando Collor fue precursor de esta nueva constelación. Posaba para fotógrafos y cámaras de televisión en aviones privados y coches deportivos importados, haciendo ejercicio y con libros debajo del brazo. Llevaba uniformes de kárate y militares, y camisetas estampadas con mensajes de autoayuda. Adoptó modales cosmopolitas y una pose de galán cuidadosamente estudiada. En lugar de reproducir el atraso de los séquedales de Alagoas, Collor aplicó las técnicas de manipulación de imagen utilizadas en el mundo capitalista avanzado. En su caída, poco contaron sus recursos de ilusionista, y prácticamente de nada le sirvieron la proximidad con los propietarios de la prensa escrita, la radio y la televisión, ni el apoyo de estos medios. Al final, lo que se impuso fueron las manifestaciones populares contra el presidente, espoleadas por las noticias que mostraban el abismo entre la realidad de Planalto y la imagen depurada que Collor proyectaba.

Una de las moralejas que políticos, empresarios y periodistas sacaron de la elección y el derrocamiento del presidente, por lo tanto, fue la necesidad de fortalecer su influencia en todo aquello que pudiera encontrar eco en la prensa y en la opinión pública. Al final, aun siendo un precursor, Collor no dejó de ser un aficionado que tomaba de aquí y allá los fragmentos de las estrategias publicitarias que le parecían adecuados. Esto explica el crecimiento y el fortalecimiento de algo que él nunca tuvo: profesionales a tiempo completo y sólidas empresas de comunicación política, en las que la ideología se subordina a la técnica. Más perceptible en las campañas electorales, éste es un fenómeno internacional del que Brasil forma parte. Con frecuencia llegan allí empresas de publicidad estadounidenses, contratadas para intervenir en la propaganda de los partidos. De igual modo, los expertos en marketing brasileños trabajan para candidatos de América Latina y África.

La trayectoria de João Santana Filho es arquetípica tanto del abandono del periodismo como de la nueva configuración político-publicitaria. En su juventud, estuvo ligado a la música de vanguardia y al pop, llegando a ser compositor en Bahia, donde nació. Estudió periodismo, trabajó en revistas y periódicos, estudió política y relaciones internacionales en Estados Unidos, y dirigió la delegación de la revista *IstoÉ* en Brasilia durante el gobierno de Collor. Allí fue fundamental en las noticias sobre el chofer Eriberto França. Además de ser uno de los autores de la

investigación que definió el destino del presidente, era afable, organizado, creativo y buen escritor. Tenía cualidades para convertirse en líder en el mundo periodístico, pero lo dejó para dedicarse a la propaganda política. Santana se unió a Duda Mendonça, director de la victoriosa campaña publicitaria de Luiz Inácio Lula da Silva para la presidencia en 2002, aunque más tarde se apartó de él. Mendonça admitió algún tiempo después en una comisión parlamentaria de investigación que por los servicios prestados al PT había recibido casi 5 millones de dólares en cuentas en el extranjero, y que nunca los había declarado al fisco. En la campaña para la reelección, Lula lo sustituyó por Santana. El equipo de comunicaciones con el que trabajaba el experiodista estaba compuesto por 150 profesionales. Tenía a su disposición encuestas de opinión diarias, basadas en entrevistas efectuadas a setecientos ciudadanos de todo Brasil, y complementadas con ocho grupos de discusión, cada uno con doce miembros, que también se reunían a diario. En dos meses y medio, el instituto Vox Populi –que también había sondeado la opinión pública para Collor– efectuó más de 60.000 entrevistas para que Santana modulase la propaganda de Lula, y crease los lemas «Lula de nuevo, con la fuerza del pueblo» y «No cambies lo seguro por lo dudoso». Santana le contó a Fernando Rodrigues, de *Folha de São Paulo*, que había recibido 7 millones de dólares por la campaña de reelección de Lula en 2006.

En la misma entrevista, Santana hizo una distinción: el marketing «adapta el producto al gusto del consumidor. La publicidad es propiamente el instrumento que vende el producto». Y también rebatió a sus críticos:

La percepción de que ésta ha sido una campaña electoral vacía, sin debate e inocua, es errónea. Dentro de diez o veinte años, cuando la comparen con campañas anteriores, concluirán que ha sido una de las más politizadas que ha tenido el país. No ha supuesto una rendición al marketing. El mensaje central ha sido el crecimiento con distribución de la renta, la disminución de las desigualdades entre regiones y entre personas, la inserción soberana de Brasil en el mundo, y otros temas. ¿Podía haber un debate más político que ese? Decir que ha sido una campaña pobre porque se ha reducido a lemas demuestra una vez más lo poco que se sabe acerca de qué son la propaganda y el marketing políticos.

Santana se convirtió en asesor de imagen de Lula. Creó las marcas PAC (Programa de Aceleración del Crecimiento) y *Minha Casa, Minha Vida* [Mi casa, mi vida]. Dirigió la campaña de propaganda de Dilma Rousseff, que contó con 200 profesionales en el área de comunicación y costó oficialmente 19 millones de dólares. En este equipo trabajaron expertos de

la campaña de Barack Obama, que aportaron herramientas para el uso de Internet. Expertos rusos se ofrecieron a enseñarles cómo había hecho Vladimir Putin para recoger votos para su sucesor, pero fueron rechazados. Santana escribió los discursos y dirigió las principales apariciones de Lula en televisión, y después le prestó los mismos servicios a Dilma Rousseff. Entre los clientes de sus servicios de asesoría había candidatos de diferentes tendencias políticas de Argentina, Angola, República Dominicana, Perú, Venezuela y El Salvador, donde ayudó al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional a conseguir que su candidato, Mauricio Funes, también periodista, fuese elegido presidente. Solo en 2012, Santana colaboró en las campañas victoriosas de los presidentes Hugo Chávez en Venezuela y José Eduardo dos Santos en Angola, así como en la candidatura victoriosa de Fernando Haddad, del PT, para la alcaldía de São Paulo.

El poder económico

Collor fue pionero también en otro frente, el de la financiación ilegal de campañas electorales. En las anteriores elecciones presidenciales, casi treinta años antes, la televisión en Brasil era rudimentaria y de alcance regional, como la radio. No había espacios electorales gratuitos, apenas existían encuestas de opinión, y los aviones privados aún no surcaban los cielos llevando a los candidatos con sus séquitos por todo el país. Las campañas se efectuaban por medio de canciones en la radio y mítines, y eran seguidas por periodistas cuyos artículos tardaban días en llegar a unos periódicos sin distribución nacional. Usando técnicas de marketing sencillamente burdas e intuitivas –la escoba que barrería la corrupción, la caspa en el hombro o el lenguaje abstruso– Jânio Cuadros logró en 1960 derrotar al mariscal Lott sin necesitar una gran estructura de comunicación⁸. Dado que la propaganda era modesta, la capacidad económica pesaba menos a la hora de definir los votos. Posteriormente, con programas electorales en radio y televisión, mítines con músicos pagados e incesantes viajes y desfiles, los gastos se hicieron astronómicos. La importancia de los grandes donantes para las campañas –la burguesía que hace negocios con el Estado– creció en igual medida. Y los métodos delictivos de obtención de dinero empezaron a utilizarse todavía más extensamente. La «caja b» adquirió aceleración propia, involucrando a todos los partidos: servía y todavía sirve tanto para financiar

⁸ Jânio Cuadros: vencedor independiente de las elecciones presidenciales de 1960, que erráticamente dimitió siete meses más tarde. Enrique Teixeira Lott: su torpe oponente convencional.

a los candidatos, como para mantenerlos en el poder, y preparar futuras campañas electorales. Esto, recuérdese, es lo que el propio Collor dijo cuando Paulo César Farias le preguntó qué debía hacer con los 60 millones de dólares que sobraron de los 160 recaudados para la campaña:

Ve administrando el dinero. Usa el que sea necesario en el periodo de transición, hasta la toma de posesión del cargo. Paga los sueldos, los viajes y el alojamiento de nuestro equipo. Guarda el resto para gastarlo en la campaña electoral del año que viene.

En un almuerzo organizado en 1992, Paulo César Farias soltó una carcajada cuando, en referencia a los gastos electorales, le mencioné la observación hecha por Trotsky sobre la casta estalinista, nacida en los primeros años del régimen soviético, en un marco de penuria en el que los bolcheviques se vieron obligados a repartir recursos escasos: «El que tiene algo para repartir nunca se olvida de sí mismo».

Así como los 60 millones de dólares de Collor y Farias sirvieron inadvertdamente de carburante para el futuro derribo del presidente y el encarcelamiento de su tesorero, otros fondos sobrantes de campañas electorales fueron la fuente de muchos escándalos políticos que han estallado desde entonces. Otros países tienen medidas destinadas a restringir el poder económico y reducir los gastos en las campañas electorales. Ni el ejecutivo ni el Congreso han mostrado interés alguno por adoptar medidas similares en Brasil, y tampoco ha habido interés —o fuerza suficiente— para imponerlas desde el exterior. Quienes se benefician de un sistema no ven razones para reformarlo.

Atrás ha quedado la campaña de Lula en el año en el que el pueblo alemán derribó el Muro de Berlín. Hizo un uso creativo del lenguaje agitador y brechtiano de la izquierda, estuvo dirigida por sus militantes y simpatizantes, subvirtió el patrón de calidad de Globo⁹, atrajo a actores y actrices de televisión que actuaron gratis, costó menos de 1 millón de dólares y consiguió que su candidato pasase a la segunda vuelta. Pero fue el modelo propagandístico de Collor el que triunfó: dispendioso y profesional, financiado en gran parte con fondos ilegales y haciendo uso de la tecnología más actual, frecuentes encuestas de opinión y los métodos publicitarios normalmente utilizados para vender mercancías.

⁹ El mayor imperio mediático brasileño, que comprende canales de televisión, periódicos, revistas, editoriales, emisoras de radio, empresas de cine y música, propiedad de la familia Marinho.

Junto con la forma, que asemejó las campañas de Lula y Dilma a las de sus adversarios, la política del Partido dos Trabalhadores también ha cambiado. Ha sido alterada por factores externos –desencadenados por el desmoronamiento del mundo nacido con la Revolución Rusa– e internos; y también por el designio de sus formuladores. «Había muchas dudas respecto a si el PT era un partido de izquierda, y el gobierno de Lula acabó siendo extremadamente conservador», declaraba el banquero Olavo Setúbal en 2006, pocos meses antes de las elecciones presidenciales¹⁰. «Desde el punto de vista de su modelo económico, no hay diferencia. Pienso que la elección de Lula o de Alckmin da igual¹¹. Los dos son conservadores. Cada presidente tiene sus prioridades, pero dentro de la misma franja de premisas económicas». El empresario Emílio Odebrecht, que organizó un almuerzo en su casa para Farias y esposa, y cuya empresa había hecho donaciones a Collor, retomó el tema a comienzos de 2008:

Hemos roto un enorme tabú, que era la llegada de un presidente de izquierda y, más que eso, un líder de los trabajadores. Ese tabú ya no existe. Los inversores extranjeros siempre han preguntado cómo se comportaría Brasil con un presidente con esa ideología, y mira qué ha pasado. Es lo mejor que le ha podido pasar a nuestro país, sin duda. Los inversores extranjeros han visto que se respetan los contratos, que la línea ideológica es todavía más rígida en ciertos aspectos que la de gobiernos anteriores. Brasil tiene más consistencia, e inspira otro nivel de confianza al inversor. La ruptura de ese tabú ha tranquilizado la inversión, y lo que hemos visto es que este gobierno no tiene nada de izquierdista. El presidente Lula no tiene nada de izquierdista; nunca ha sido de izquierdas¹².

La alteración del paisaje

La concentración de capitales, la innovación tecnológica y la entrada en escena de nuevos participantes han cambiado el panorama de la prensa desde el derrocamiento de Fernando Collor. Se ha producido un movimiento general hacia la fragmentación de la divulgación de noticias, la reorganización de los medios de comunicación y el debilitamiento de los órganos tradicionales de periodismo impreso. En televisión, han surgido

¹⁰ Olavo Setúbal: arquitecto del ascenso del Banco Itaú, el segundo más grande de Brasil; nombrado alcalde de São Paulo durante la dictadura militar; después fue por breve tiempo ministro de Asuntos Exteriores.

¹¹ Geraldo Alckmin: candidato a la presidencia en 2006 por el PSDB, el partido de Cardoso.

¹² Odebrecht: uno de los mayores conglomerados de Brasil, que abarca empresas de ingeniería, constructoras, empresas petroquímicas y mucho más; en la actualidad factura en la región 34.000 millones de dólares.

canales evangélicos, de teletienda, católicos y pornográficos, así como los relacionados con instituciones estatales. La audiencia de la televisión en abierto ha caído de manera constante. Una parte significativa de esta audiencia ha pasado a los canales de pago, cuyo sostén principal son las películas importadas. En este sector fuertemente segmentado y en el que predomina el entretenimiento, hay espacio para cadenas de noticias nacionales y extranjeras como la BBC o CNN. En radio, hemos observado el establecimiento de las emisoras Band News, de Bandeirantes, y Central Brasileira de Notícias, de Globo.

La circulación de periódicos y revistas de interés general aumentó al principio, pero luego cayó y finalmente se ha estancado. La competencia de rivales más poderosos, añadida a desmanes administrativos, hizo que dejaran de circular *Jornal do Brasil* y *Gazeta Mercantil*. Su pérdida es atribuible al continuo ascenso de Globo. En Rio, además de desbancar a *Jornal B*, Globo ha lanzado dos periódicos sensacionalistas, consolidando una posición casi hegemónica. *Valor*, el periódico económico que ocupó el lugar de *Gazeta Mercantil*, es fruto de su asociación con el grupo Folha. Globo ha lanzado también *Epoca*, un semanario informativo que se ha convertido en la segunda revista más popular después de *IstoÉ*. Pero Globo experimentó un revés en São Paulo: compró *Diário Popular*, le cambió el nombre a *Diário de São Paulo*, pero no consiguió atraer a los lectores de *Estado y Folha*, y más tarde lo vendió.

Globo también se asoció con Condé Nast, una empresa estadounidense propietaria de decenas de revistas en todo el mundo, y publica sus títulos de moda y celebridades en Brasil, aunque no *The New Yorker* y *Vanity Fair*, prestigiosas en Estados Unidos. Estas publicaciones de Globo se benefician de la publicidad en los canales televisivos del grupo, los más vistos de Brasil –publicidad que ninguna de sus competidoras podría permitirse debido a su coste– y de la divulgación que unas hacen de otras. La posición dominante de Globo no ha impedido, sin embargo, las iniciativas de creación de revistas mensuales por parte de periodistas y empresarios. En 1998 surgió *Cult*, dedicada a la cultura. El comienzo del nuevo siglo contempló el nacimiento de *Le Monde diplomatique*, vinculada a su publicación matriz en Francia; *Rolling Stone*, subsidiaria de la revista estadounidense dedicada a la música pop; *Brasileiros*, que registra de manera elogiosa el momento nacional; y *Piauí*, que incluye noticias, ensayos y humor. Pero aunque la gama de publicaciones ha aumentado, ninguna es de circulación masiva.

Revistas y periódicos, emisoras de radio y canales de televisión, empresas de periodismo, grandes y pequeñas, nuevas y viejas, todos se han visto sacudidos por la llegada de Internet, con sus sitios, motores de búsqueda, blogs, twitters y redes sociales. Medio de producción colosal, Internet combina material escrito, visual, sonoro y telefónico con la función del correo instantáneo; con ella llegaron, por supuesto, los ordenadores personales, los portátiles, las tabletas y los teléfonos móviles, todos los cuales requieren un enorme desembolso de capital para su producción. A quienes tienen con qué, Internet les permite comprar de todo. Facilita la circulación de mucho material intelectual, como ensayos, libros y películas. Da acceso a todo tipo de archivos, de bibliotecas a universidades, y, en tiempo real, a la prensa de diferentes partes del mundo. En Internet encontramos juntos el comercialismo grosero y muchos de los saberes humanos. Internet es reciente, y no parece que la situación que genera vaya a acomodarse enseguida, lo que hace que los diagnósticos acerca de su impacto en la vida social sean temerarios. Pero es posible señalar algunos lazos entre Internet y la prensa.

La red pone en cuestión tanto la periodicidad como la identidad, pilares de manifestación del periodismo, haciéndolo menos fiable. Dado que la prensa está ahora en Internet, que opera las 24 horas, se da una tendencia a que diferentes medios luchen en todo momento por ser los primeros en dar las noticias. Esto hace que a veces se dejen llevar por algo meramente ruidoso, o incluso por cosas francamente estrafalarias. Con frecuencia creciente rompen su ciclo diario, semanal o mensual para poner material que no han editado adecuadamente, incumpliendo las normas de sus versiones periódicas, porque ahora los periodistas luchan por hacerse con medios con los que no están necesariamente familiarizados, como las imágenes en movimiento o los podcasts. Ceden ante el continuo flujo de noticias y se comportan como agencias de noticias, que antes atendían a los medios, no al público directamente. Como la alimentación de las páginas de Internet es rápida e incesante, los criterios de edición se relajan: casi todo se cuelga, clasificado en una jerarquía confundida por la ausencia del espacio y el tiempo que delimitan las publicaciones tradicionales. Una página de noticias nunca tiene un producto final, como sí lo tienen la edición de un periódico o una revista o un noticiero televisivo. Constantemente se actualizan o añaden noticias, de modo que nunca es una versión definitiva, que exprese lo que al director le parecía importante. Las páginas de noticias en Internet se parecen mucho más unas a otras que a los periódicos que las originan. En ellas, todo es siempre ahora.

La lectura del periódico, que para Hegel era «una especie de oración matutina realista», ha cedido el lugar a una actividad apresurada que se efectúa a cualquier hora, en cualquier parte, en la que encontramos un mundo que no para y remite al lector a otros universos.

Estos medios de Internet han abierto secciones de opinión para sus lectores. Pero algo que inicialmente era positivo, que cada vez más gente pudiera decir lo que piensa, pronto degeneró en la transmisión de comentarios anónimos, insultantes e incluso delictivos. Mientras que en la sección de cartas de un periódico se pide a los remitentes que se identifiquen, no ocurre lo mismo generalmente en Internet. El resultado es un intercambio de insultos lleno de mala fe, provocado por blogueros decididos a linchar a otros, o a sueldo de facciones políticas o empresariales. Se ha vuelto arcaica la figura del ciudadano que lee el periódico una hora, piensa al respecto, redacta una carta meditada, y va a la oficina de correos para enviarla a la redacción expresando el punto de vista que considera oportuno. En Internet, lo que sucede habitualmente es una respuesta acalorada a todos los asuntos, poco meditada y mal escrita, a menudo ofensiva, y sin embargo publicada de inmediato. Internet es el futuro, pero a este respecto es obvia la regresión al periodismo amarillista. Y la responsabilidad es toda de los periodistas, que no editan los comentarios.

Opinión e identidad

En la caída de Collor, la airada reacción de los lectores jugó un papel. Se derramó en manifestaciones que exigían al Congreso medidas contra el presidente. Es cuestión de debate si la ira virtual sirve para anestesiar o para provocar una verdadera movilización. Durante la Primavera Árabe, el intercambio de información en las redes sociales ayudó a llenar de manifestantes la plaza Tahrir. Pero dos años antes, en las protestas contra la elección fraudulenta del presidente Mahmoud Ahmadineyad, la policía confiscó teléfonos móviles en Teherán y reprimió a quienes los utilizaban para organizar manifestaciones.

En la época de la campaña contra Collor había menos columnas periodísticas, lo cual hacía que sobresaliesen los editoriales publicados en *Estadão* y *Folha* para defender la expulsión del presidente, reforzando la identidad de los periódicos y su posición institucional. La opinión de los columnistas pesaba menos que los reportajes, aunque un comentarista,

Ricardo Noblat, de *Jornal do Brasil*, fue despedido por criticar a Collor durante la campaña electoral. Desde entonces, el cometario se ha extendido mucho más. De acuerdo con un estudio reciente, *Folha* dispone de 113 columnistas. A pesar de que los comentarios debilitan la voz distintiva de una publicación, y finalmente prevalecen sobre los artículos de noticias, el columnismo es una tradición brasileña que aporta mayor diversidad a la prensa y que de ese modo puede reforzar un diario. Pero conviene no olvidar que las columnas cuestan menos que los artículos de información. Para estos últimos, hay que rastrear fuentes, efectuar entrevistas, viajar, investigar, comprobar y editar lo que se ha recopilado. Para escribir columnas basta un ordenador. Y el recurso a decenas de comentaristas no es práctica dominante en la prensa internacional. *The New York Times* tiene doce columnistas; *Le Monde*, ninguno. Ambos periódicos también afrontan pérdidas. En un momento especialmente difícil, el periódico estadounidense solicitó un préstamo de 250 millones de dólares al multimillonario mexicano Carlos Slim, que se convirtió en uno de sus mayores accionistas. *Le Monde* ha recortado reportajes, páginas y circulación, mientras que los periodistas han perdido poder en la empresa que compró el periódico cuando se profundizó su crisis.

Muchos articulistas de opinión brasileños publican sus columnas en diversos periódicos, que las reproducen en sus páginas de Internet. Esta falta de exclusividad debilita la identidad del periódico. Y no solo eso. Los conglomerados mediáticos intentan coordinar los enfoques adoptados por sus publicaciones. Globo, por ejemplo, organiza reuniones semanales de sus directores de redacción para definir el enfoque que darán a ciertas noticias e iniciativas de la empresa, algo que de ninguna manera se realiza en contra de los deseos de sus propietarios. Ahora hay incluso un término traducido al portugués para esta práctica: sinergia. Por el contrario, el grupo encabezado por *Le Monde* sigue conservando la identidad de las diferentes publicaciones situadas bajo su paraguas, como *La Vie*, un semanario cristiano publicado desde hace décadas, y *Le Monde diplomatique*, que ofrece una perspectiva de izquierda sobre la globalización. En Estados Unidos, Condé Nast conserva la distancia entre *The New Yorker* y *Vanity Fair*, y esto ayuda a entender por qué el director de la primera expresó en la revista su respaldo a la invasión estadounidense de Iraq, algo que no ocurrió en *Vanity Fair*, cuyo director criticó duramente la guerra.

En Brasil, la situación de la prensa se volvió más compleja tras el enjuiciamiento de Collor. Han surgido cuestiones difíciles, que exigen estudio e imaginación. De nada vale buscar refugio en procedimientos del pasado, y afirmar que «antes existía el gran periodismo». Eso no es cierto, porque había muchísimos artículos malos y demasiado largos, y la pertinencia de un artículo no depende de su longitud. El conformismo ante los *faits accomplis* hace un flaco servicio a la prensa. Por el momento, lo que tenemos son intentos más o menos improvisados de afrontar los nuevos problemas, no la verdad revelada.

Espectáculo y escándalo

Fernando Collor ha rehecho su vida privada. Se separó de Rosane y se ha casado con la arquitecta alagoana Caroline Medeiros. Se ha tatuado el nombre de ella en la muñeca izquierda, y tienen dos gemelas: Celine y Cecille. Tiene otros tres hijos: Arnon Afonso y Joaquim Pedro, con la conocida Liliane Monteiro Carballo, cuya familia es copropietaria de Volkswagen en Brasil; y Fernando James, nacido de la unión con su amante Jucineide Braz da Silva, trabajadora pobre de Alagoas, al que reconoció legalmente cuando dejó la presidencia. Collor ya no puede permitirse los servicios de una figura extravagante como Paulo César Farias. Todas las investigaciones sobre el asesinato del gerente de sus fondos ilegales han llegado a la misma conclusión: se trató de un crimen pasional, cometido por la amante a la que él pretendía abandonar la noche de su muerte. Ninguna investigación periodística o policial ha encontrado testimonios o pruebas de que Farias fuese víctima de una conspiración.

Condenado por el Congreso por «delitos de responsabilidad», Collor fue privado de la capacidad para ejercer cargo público durante ocho años, pero el Tribunal Supremo brasileño lo absolvió de la acusación de corrupción. Aunque aún tenía varias causas judiciales pendientes, ha retomado su carrera política. Ha sido dos veces candidato a gobernador de Alagoas, pero sin éxito. En 2007, fue elegido senador por una formación menor, el Partido Renovador Trabalhista Brasileiro, una reagrupación que da su nombre a candidatos secundarios. El mismo día que asumió el cargo, se cambió al Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), un pilar del gobierno. El camino de Swann se ha encontrado finalmente con el de Guermantes: Lula y su adversario de 1989 empezaron a apoyarse mutuamente, y a Dilma Rousseff. Han acabado en la misma plataforma, sonriendo y abrazándose en público.

Senador discreto y aplicado, Collor prefiere la actividad de los comités a pronunciar discursos en sesiones plenarias. Habla poco del pasado, y casi nunca con la prensa. Pero sí ha hablado de *Veja*. Como miembro de la comisión parlamentaria creada para investigar a Carlos Cachoeira, defendió que se citase al periodista Policarpo Junior, para que el redactor jefe de la revista explicase sus relaciones «de casi una década» con el delincuente. Retó al propietario de *Veja*, Roberto Civita –a quien se refirió, utilizando un término de la mafia italiana, como «*capo* de una banda de diez»– a comparecer ante la Comisión para discutir las estrechas relaciones «que, bajo su control, la revista de su propiedad y algunos de sus periodistas mantienen con la delincuencia organizada». Si la posición de Civita fuese tan clara y nítida, continuaba Collor, «si su defensa de la libertad es tan consistente, este *capodecina* no debería tener miedo a aparecer personalmente»¹³. Collor recordó entonces la función que la prensa había tenido en su caída, y acabó su discurso con una exclamación:

Me he declarado sistemáticamente contrario a cualquier control de los medios de comunicación. Siempre he defendido la libertad de prensa, la argumentación, la diversidad, el debate y la transparencia de los hechos. Incluso he presentado siempre la información a la Comisión Parlamentaria de Investigación de la que yo fui objeto. Nunca he restringido el trabajo de los medios, y aunque hayan utilizado métodos delictivos, poco honrados y fraudulentos. Por esta razón, nadie tiene autoridad para afirmar que no defiende la libertad de prensa. ¡Nadie!

Como senador, Collor nunca ha sido objeto de denuncias, excepto en una ocasión, cuando fue acusado de uso no autorizado de un coche del Senado durante unas vacaciones parlamentarias. Collor explicó que el coche era utilizado por sus asistentes, y el caso no tuvo consecuencias. Fue un episodio de poca monta en comparación con los escándalos que se han repetido una y otra vez en los pasados veinte años: los «enanos del presupuesto»¹⁴, la privatización de las empresas telefónicas, la compra en el extranjero del sistema de control para el espacio aéreo de la Amazonia, la compra de votos para apoyar enmiendas que permitiesen la reelección de Cardoso, las informaciones privilegiadas sobre la devaluación del real, el *mensalão*, la dimisión de seis ministros sospechosos de corrupción en el primer año de gobierno de Dilma Rousseff,

¹³ Roberto Civita, propietario del Grupo Abril, un conglomerado de medios que publica *Veja*, principal semanario informativo de Brasil.

¹⁴ Diputados expulsados del Congreso en 1993 por corrupción: casualmente todos eran bajos.

la conspiración entre el senador Demóstenes Torres y Cachoeira y sus consecuencias, etc.¹⁵. Los escándalos adquirieron gradualmente sonido e imagen, para convertirse en los Escándalos de la República 1.2.

De nuevo, gran parte de todo ello se debía a las innovaciones tecnológicas. Minicámaras, micrófonos direccionales, sistemas capaces de registrar simultáneamente docenas de llamadas telefónicas, circuitos de vigilancia y teléfonos móviles capaces de grabar cenas mal iluminadas, aportaron pruebas de las malversaciones. Las imágenes de un gobernador descubierto en su despacho metiendo fajos de billetes en un maletín, u otro bebiendo vino y hablando a gritos con un contratista que llevaba una servilleta en la cabeza son más elocuentes que las fotocopias manchadas que mostraban los fraudes en una remota aldea del interior de Alagoas. Alguien entra en un edificio para recibir un soborno y unos días después sale en Internet y en la televisión. Se ha vuelto más fácil convertirlo todo en un espectáculo. Y más peligroso. El uso de grabaciones por parte de la prensa hace que los periodistas se acerquen mucho más a la policía y a los delincuentes. Algunos graban protegidos por la ley (agentes que forman parte de llamativas operaciones de la Policía Federal); y otros ilegalmente (bandas que viven de los atracos y de vender mercancías robadas). Ambos tienen sus propios intereses al pasar las grabaciones y los videos a los periodistas. Esto crea un vínculo en el que la promiscuidad y la manipulación siempre acechan: te doy una cinta, pero quiero un reportaje; dame la grabación y te protegeré. Es una vía de doble sentido.

Cuando no es una cinta o una grabación, la moneda de cambio puede ser un documento. Existe un asombroso paralelismo entre la historia del chofer Eriberto França en el caso de Collor y la del mayordomo Francenildo dos Santos Costa. Este último testificó que había visto al ministro de Hacienda, Antônio Palocci, del PT, en una mansión en Brasilia usada a menudo por sus ayudantes, prostitutas y cabilderos. En busca de pruebas de que Francenildo Costa hubiera sido sobornado por la oposición, el presidente de Caixa Econômica Federal, un banco público, solicitó su extracto bancario. Pensó que había demasiado dinero para un simple mayordomo, y se lo entregó a Palocci. El extracto pasó del ministro a los periodistas de *Época*. La revista no esperó a la siguiente

¹⁵ Demóstenes Torres: líder parlamentario del DEM, el partido conservador en la oposición, ponente de una propuesta de ley para prohibir a los candidatos con imputaciones de delitos presentarse a cargos públicos, fue declarado cómplice de Cachoeira en una corrupción extensa y expulsado del Senado en junio de 2012.

edición. Con increíble velocidad, creó un blog cuyo primer post era ino-cuo, pero que en el segundo no respetaba el derecho del mayordomo al secreto bancario. El post del blog, publicado sin control, y basado en una filtración claramente interesada de una autoridad, no era ilegal, pero beneficiaba al ministro y hacía insinuaciones sobre Francenildo Costa. Éste fue detenido por la Policía Federal, pero pudo demostrar a las pocas horas que la cantidad mostrada en la cuenta había sido depositada por su padre. Amenazado por las repercusiones del asunto, investigado por los tribunales, Palocci fue cesado. Pero el Tribunal Supremo de Brasil sentenció que no había pruebas suficientes para imputarlo. Cuando Dilma Rousseff llegó al poder, volvió al gobierno como jefe de gabinete de la presidenta. Esta vez una serie de artículos publicada en *Folha de São Paulo* demostró, sin ayuda de cintas, grabaciones ni Internet, que había recibido millones de dólares en su asesoría, al mismo tiempo que trabajaba en la campaña de Dilma. Y fue despedido por segunda vez.

Francenildo Costa demandó a Caixa Econômica y a *Epoca* por romper el secreto bancario. La demanda avanzó a paso de tortuga, hasta que finalmente Caixa Econômica fue obligada a indemnizarlo con 221.000 dólares. El banco apeló a una instancia superior, en la que la demanda ha quedado indefinidamente paralizada. La acción contra la revista nunca llegó a nada. Es un destino similar al de Eriberto França. Ambos contaron verazmente lo que sabían sobre el poder. Sin ellos, el destino de Collor y de Palocci habría sido distinto. Sus propias vidas se vieron negativamente afectadas por noticias de prensa infundadas. Fueron atacados por el Planalto y santificados por la oposición. Una vez apagados los reflectores, ninguno de los dos ha conseguido trabajo y tienen que vivir precariamente.

¿Aprender del pasado?

En *The Age of Anxiety*, publicada a finales de la década de 1940, W. H. Auden escribía:

¿Aprendemos del pasado? La policía,
Los estilistas de moda, todos los que
Manejan los espejos dicen: No.

Escrito a finales de la década de 1990, *Notícias do Planalto* fue un intento de dar respuesta positiva a la pregunta del poeta. El libro fue investigado y escrito en casi dos años de dedicación exclusiva durante un periodo sabático, y se benefició de todo lo que yo había

aprendido cubriendo la campaña, la presidencia y el enjuiciamiento de Collor. Mi objetivo era descubrir noticias nuevas y recopilar en un relato sistemático lo que periodistas y gobernantes hicieron en aquel momento, para evitar que la experiencia se olvidase, y para que la sociedad aprendiese de ella. Dado que la prensa de aquel tiempo no tenía nada digitalizado, el trabajo empezó con un estudio de la bibliografía y de 50 kilos de recortes de prensa, así como de grabaciones de programas electorales y noticieros televisivos. Constaté que, para entender el periodismo de la época, tendría que retroceder varias décadas y examinar cómo se habían formado esos medios de comunicación, e investigar la vida de los hombres que los habían creado. Hice una lista de los casos, los problemas y las noticias que debía mirar, y de la gente a la que tenía que ver. Les presenté a todos ellos preguntas escritas y anoté sus respuestas. A Collor le hice 150. Algunas de las entrevistas fueron tan largas que tuve que dividir las en dos o tres reuniones. Las efectué en São Paulo, Rio, Brasilia y Maceió, capital estatal de Alagoas. Preguntas y respuestas fueron trasladadas de inmediato a un ordenador. Todas las transcripciones están guardadas, pero no se han hecho públicas, porque prometí a los 141 entrevistados no revelar qué me había contado cada uno.

La investigación y las entrevistas proporcionaron una materia prima inmensamente rica. Pero la longitud y la complejidad del libro no explican la narrativa que yo decidí adoptar. Me pareció más productivo exponer la mayor parte del material posible sin expresar mis propias opiniones. Creo que en el libro se pone de manifiesto el punto de vista sobre lo que descubrí. Podría haber efectuado un análisis del proceso, o al menos sobre las cuestiones más espinosas presentadas en el libro. Pero la intención —y nadie debería creer exclusivamente en las intenciones del autor, lo que cuenta es lo escrito— era que el propio lector analizase y sacase sus propias conclusiones. Empezando por los lectores de prensa y los periodistas que buscan y publican las noticias.

Fuera quedaron las consideraciones sobre la relación entre los propietarios de medios y los periodistas, un tema muy debatido en el momento en el que se publicó mi libro. Algunos acusaron a *Notícias do Planalto* de ser demasiado deferente con los jefes, incluso de protegerlos, por describir sus características personales y mostrar qué los había llevado a adoptar las actitudes que asumieron. Otros pensaban lo contrario, que los protegidos eran los periodistas, o algunos de ellos. Estas opiniones encontradas derivaban quizá del hecho de que el libro hace referencia a

la prensa dominante. Algunos son propietarios, otros son empleados, pero cada programa o edición que lanzan es el producto intelectual de ambas partes, y depende de un acuerdo establecido previamente entre ellas. Este esfuerzo común es fácil en tiempos de calma política, pero tiende a crispase cuando hay una crisis. Las posiciones políticas se polarizan, y surgen divergencias entre los empresarios y quienes están dentro de las redacciones. La elección de Collor y las revelaciones que lo obligaron a dejar Planalto fueron crisis que provocaron tomas de posición por ambos lados y, dentro de cada parte, un reexamen de los acuerdos establecidos.

Pero nadie perdió el trabajo por algo que escribiese acerca de *Notícias do Planalto*, excepto el autor del libro. Trabajé quince años en *Veja*, y en los casi siete años que fui su director de redacción, la circulación de la revista pasó de 900.000 a 1,25 millones de ejemplares a la semana. Cuando salió el libro, yo estaba preparando para el Grupo Abril, propietario de *Veja*, una revista mensual de reportajes y artículos para un público más minoritario, lo que significó que después de mi despido el proyecto fue cancelado. Unos años después, participé en la creación de *Piauí*, una revista similar a la que yo había concebido. ¿Aprendemos del pasado? Quizá. Como escribió otro poeta, T. S. Eliot:

El tiempo presente y el tiempo pasado
Están quizá presentes en el tiempo futuro,
Y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.

Editado por primera vez como epílogo a la nueva edición de Mario Sergio Conti, *Notícias do Planalto: A imprensa e o poder nos anos Collor*, São Paulo, Companhia Das Letras, 2012.

TRABAJAR CARA AL PÚBLICO

LOS TRABAJADORES DEL sector servicios componen ahora casi el 80 por 100 de la población activa británica, con una proporción aun mayor en Estados Unidos, y el sector constituye un campo en rápido crecimiento en la sociología del trabajo. Investigaciones recientes se han centrado en la relación hasta ahora olvidada entre los trabajadores del sector servicios que trabajan cara al público y sus clientes: ¿qué efecto tiene esto en la «experiencia vital» de su trabajo?¹. En este artículo planteo algunas ideas acerca de la concepción de las interacciones entre trabajadores y clientes, modeladas en parte por la reflexión crítica sobre mi propia experiencia en una larga serie de trabajos del sector servicios y de la venta al por menor. Por esa misma razón, tal vez sea necesario a este respecto un breve comentario epistemológico. La consideración «reflexiva» de la implicación de los investigadores en su contexto de investigación se ha convertido en un rasgo habitual en las investigaciones en ciencias sociales, junto con una cautela acerca de la reivindicación de objetividad; diversos planteamientos más experimentales sobre la observación participante han celebrado la expresión subjetiva –por ejemplo, la autoetnografía– como virtud metodológica. Las investigaciones que «miran» algo, con todo lo que eso implica acerca de la cognición aparentemente autocontenida del observador, están siendo objeto de ataque; se contraponen a una sociología

¹ Véase, por ejemplo, Marek Korczynski, «The Mystery Customer: Continuing Absences in the Sociology of Service Work», *Sociology*, vol. 43, núm. 5, 2009, pp. 955-956. Me gustaría agradecer a Matt Dawson y Bridget Fowler sus útiles comentarios sobre una versión anterior de este artículo.

decidida a formar parte del «hablar de» las cosas, a compartir el intento continuo y cotidiano de considerar la experiencia social².

En cierta medida coincido con esto, y considero que vale la pena considerar el argumento aquí planteado, porque no solo está inspirado por mis propias reflexiones, sino también por las de otros con los que he trabajado en supermercados, tiendas, bares, charcuterías y establecimientos de comida rápida, que dedicaron tiempo a meditar sobre el trabajo y las relaciones que éste comporta. Pero por esa misma razón, soy reacio a rechazar por completo la metáfora visual de «mirar» algo, desde el exterior, como medio para conocerlo mejor. La cuestión es, por el contrario, *quién* pretende conocer las cosas de este modo, y por qué. Al hablar sobre su trabajo, muchos que han sido mis compañeros pretendían precisamente convertirlo en algo que debía «ser mirado», como forma de afirmar un control conceptual clarificador sobre el trabajo y sus contradicciones.

Por ejemplo, poco después de empezar a trabajar en un supermercado, pregunté a un compañero más veterano, durante un descanso, por la naturaleza del puesto. Empezó diciendo: «Este sitio, es como [...]». En la pausa que siguió, esperé que escogiese una analogía adecuada. Pero sin embargo, dijo: «Es como si te piden que hagas una cosa y después, bang, bang, bang, te pidan que hagas esta o aquella mierda, de modo que nunca puedes hacer lo que te han pedido al principio. Así que nunca se hace, y después te echan la bronca por no hacerlo». Así era exactamente, por supuesto, «como» era el trabajo. Pero al enmarcar su resumen de la experiencia en un «como» distinto del trabajo en sí —como un símil del trabajo en sí, por así decirlo— mi compañero también lo estaba convirtiendo en algo que debía ser mirado, de una forma que nos ayudaba, a él y a mí, a darle sentido. Similarmente, puede haber un proceso de convertir el trabajo en algo que debe «ser mirado» cuando los trabajadores de las tiendas se relacionan en sus ratos libres, entre charlas y cotilleos, y el rescate de una especie de comedia a partir de la experiencia de pequeños menosprecios.

Este tipo de mirada colectiva no puede negar las necesidades de determinar la experiencia laboral; el comienzo del siguiente turno siempre

² Véase Charles Lemert, «Poetry and Public Life», *Cultural Studies—Critical Methodologies*, vol. 2, núm. 3, 2002, pp. 378-379.

proyecta su larga sombra sobre dichas conversaciones. Pero lo que se afirma, de todas formas, es el hecho de que sacarle sentido a esa experiencia es una capacidad que los trabajadores pueden afirmar como propia. El «metamétodo» puede ser importante precisamente porque ayuda a formar lo que de otro modo constituye una mera experiencia dada sobre algo significativo, mediante la investigación crítica efectuada por los más involucrados en la cosa en sí. Sería presuntuoso afirmar que este artículo es directamente una expresión de ese tipo de sociología vernácula. Un problema del giro reflexivo dado por las ciencias sociales es que corre el riesgo de caer en una falsa modestia interesada, que no tenga en cuenta el privilegio relativo que es la condición de su posibilidad. Quiero ser sincero respecto al hecho de que lo que presento aquí es una reflexión a posteriori, y que he podido desarrollar y organizar mi argumento gracias a las verdaderas ventajas de un puesto universitario. Dicho eso, espero que el argumento que sigue sea al menos contiguo con las reflexiones de mis compañeros de trabajo al «mirar» nuestros puestos; se ha reunido en solidaridad con ellos.

Proteger los límites

Hay varias razones por las que la relación con el jefe o el propietario podría no ser definitoria en un trabajo del sector servicios. En muchos casos, las complicadas cadenas de propiedad subcontratada hacen que la relación del dependiente con su empleador final resulte «ilegible», como ha explicado Richard Sennett³. A menudo, el logotipo altamente visible bajo el que un vendedor de comida rápida trabaja no es sino un imaginario vendido en franquicia, de modo que «la empresa» invocada en los ejercicios de formación del personal o en las sesiones introductorias es otra entidad completamente distinta de aquella cuya presencia decora el propio establecimiento. De hecho, a menudo «la empresa» parece poco más que un cómodo vacío en torno al cual se ponen en movimiento múltiples mensajes ideológicos sobre lealtad, esfuerzo, compromiso y «trabajo en equipo». Todo esto significa que la relación entre los trabajadores y el capital, en dichos contextos, puede ser profundamente difícil de determinar.

³ Richard Sennett, *The Corrosion of Character*, Nueva York, 1998, capítulo 4.

Siempre está, por supuesto, el supervisor, que representa una figura de autoridad inmediata en el establecimiento de trabajo. En todos los sitios en los que he trabajado, aprender a tratar a los supervisores formaba parte del conjunto de «metadestrezas» que los trabajadores desarrollaban entre sí para negociar de la manera más ventajosa para ellos las relaciones jerárquicas en el lugar de trabajo. Por ejemplo, quienes llevaban más tiempo en la «unidad» enseñaban a los nuevos a llevar botellas de líquido limpiador y un paño, o una pistola de precios, sujetos en el cinturón del uniforme, para poder parecer ocupados al instante si un jefe de turno aparecía inesperadamente, en una continua vigilancia similar al juego del gato y el ratón. Estas destrezas requerían también prestar considerable atención a la relación particular y una afinada capacidad para distinguir el estado de ánimo del individuo en concreto, para saber cuándo había estado bebiendo en el despacho, cuándo estaba enrabietado o cuándo uno se podía tomar libertades.

Pero la relación con estos superiores inmediatos raramente era del tipo que más obviamente les importaba a mis compañeros; era la relación con los clientes la que en gran medida definía el carácter particular del trabajo que desempeñaban. No hablo aquí del conocimiento que podría trabarse con compradores concretos, en toda su particularidad social. En su mayoría, los encuentros entre los dependientes y los distintos clientes son efímeros, pero podían adquirir un carácter más duradero –cercanía próxima a la amistad o animosidad próxima al odio– en el caso de los clientes «habituales» que llegaban a ser más conocidos por el personal, durante un periodo de tiempo más prolongado. En mi experiencia, la textura de estos encuentros con los clientes en cuanto seres humanos específicos, con carácter reconocible, constituía uno de los placeres del trabajo de vendedor. A quienes venían con frecuencia no solo se les ponían apodos –«Elvis», «La desgracia católica», «Kaiser Söze», «Ese bastardo»– sino intrincados historiales, más elaborados con cada visita sucesiva. Los establecimientos son, después de todo, espacios claramente «escénicos», con sus entradas y salidas designadas, y una respuesta común a la experiencia del trabajo en la tienda entre los empleados es un juego que le da imaginativamente la vuelta al mostrador, de forma que se convierte en una especie de prosenio tras el cual se sitúa la escena, pisada por una infinita serie de personajes que esperan su turno. Uno de los consuelos de este juego es que convierte el trabajo en la tienda, nuevamente, en algo digno de ser mirado, como desde

el punto de vista de un público desde las gradas; como si el establecimiento en sí estuviese dispuesto solo para entretenimiento de los dependientes.

La relación que define la experiencia del trabajo en un establecimiento de venta al público, sin embargo, es la del trabajador con el cliente *en cuanto* cliente; es decir, en cuanto persona dotada, en el contexto de esa relación, de una forma de autoridad muy específica⁴. El contexto de esto es el movimiento de dinero a mercancía a dinero; es decir, desde el punto de vista del cliente, un contexto en el que se intercambia dinero por una mercancía; o, para el propietario del negocio, una mercancía se intercambia por dinero. En ese proceso voraz y potencialmente infinito, que Marx denotó con la fórmula D-M-D, los dependientes des-empañan la labor del guión ortográfico. No ellos solos, por supuesto, pero ahí es donde se sitúa el dependiente; es esta posición de separación de límites la que define el carácter del trabajo. La labor del guion tiene, a este respecto, dos características, una positiva y otra negativa. Es, en primer lugar, una labor de conexión, que facilita la transformación de mercancías en dinero para el dueño del establecimiento; o, para el cliente, la transformación del valor de cambio representado por su dinero en el potencial valor de uso de una mercancía. Es lo necesario para posibilitar el traslado de valor de una forma a otra.

Al mismo tiempo, por supuesto, el guion marca también una potencial desconexión; es el abismo que aquellos sin recursos suficientes no pueden cruzar. Durante dos veranos trabajé en un establecimiento de comida para llevar en un parque de autocaravanas costero, a 15 kilómetros de la población más cercana. Gracias a este aislamiento de la competencia, la empresa propietaria del establecimiento podía cobrar precios solo comparables a los de las franquicias aeroportuarias de Londres. Al final de la estación veraniega había dos semanas, temidas por quienes ya habían trabajado antes allí, en las que el parque de caravanas bajaba los precios de arrendamiento para atraer a familias más pobres de las ciudades desindustrializadas situadas al norte y al sur. En el transcurso de esa quincena, los cajeros pasaban buena parte del tiempo registrando las respuestas de quienes no podían pagar lo

⁴ Véase, por ejemplo, Marek Korczynski y Ursula Ott, «When Production and Consumption Meet: Cultural Contradictions and the Enchanting Myth of Customer Sovereignty», *Journal of Management Studies*, vol. 4, núm. 4, 2004; Sharon Bolton y Maeve Houlihan, «The (Mis)representation of Customer Service», *Work, Employment and Society*, vol. 19, núm. 4, 2005.

que se ofrecía, sobre todo padres que no podían alimentar a sus hijos a aquellos precios. Las respuestas variaban de una resignación desesperada –irse, con las manos vacías, del mostrador– a diversas manifestaciones de indignación oral que rayaban, en ocasiones, en las físicas; como resultado, se exigía al personal de los mostradores que llevase corbatas sujetas con broches, que se soltaban cuando alguien las asía.

Aunque, racionalmente, sin duda estos *no* clientes reconocían que los dependientes no tenían autoridad sobre los precios, estaba claro que les parecía que los que estaban delante de ellos eran directamente responsables de negarles la comida y la bebida. En cierto nivel, por supuesto, tenían razón. Ésta es la parte negativa de trabajar cara al público en un establecimiento comercial. No es que el dependiente esté obligado a convertirse en *adjudicador* de quién puede permitirse cualquier cosa; como señalaba Benjamin, la aparición del dependiente como figura histórica reconocible coincidió con la aparición de los precios fijos y la decadencia del trueque como forma de regir el intercambio económico⁵. Como mucho (aunque muy horrible), al dependiente actual podría exigírsele que le dijese a alguien lo que ya sabe: que no tiene suficiente dinero para adquirir lo que quiere. No obstante, la presencia del dependiente refuerza de hecho la lógica de un sistema que dice que tener dinero suficiente es el único modo que los seres humanos tienen de obtener las cosas que necesitan. Con independencia de lo que piensen sobre esta situación –y de aquellas situaciones en las que no todo es «hacer sonar» la caja registradora– son los dependientes quienes protegen el guión entre el dinero y la mercancía.

Autoridades invisibles

Una expresión de esta situación es el reconocimiento por parte de Adorno y Horkheimer de que «solo la relación de salarios y precios expresa lo que se detrae de los trabajadores». Es una «ilusión socialmente necesaria» que la esfera de circulación sea responsable de una explotación cuya ocasión real radica en otra parte, en las relaciones de producción. Así, sostienen, «el comerciante es el alguacil de todo el sistema, asumiendo sobre sí el odio debido a otros»⁶. Su explicación hacía referencia a un mundo de propietarios de pequeños negocios, que controlaban la distribución local de mercancías, y a la asociación específica de los judíos

⁵ Walter Benjamin, *The Arcades Project*, Cambridge, Massachusetts, 1999, p. 60.

⁶ Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialectic of Enlightenment: Philosophical Fragments*, Stanford, 2002, p. 143.

con la tradición de los pequeños negocios mercantiles. Al extenderse las organizaciones de venta al por menor con enormes redes de distribución y significativas concentraciones de capital, la figura del pequeño comerciante se ha convertido en algo nostálgico. Eso no significa que la ilusión que ellos describen haya perdido algo de su necesidad social, pero en general son los dependientes asalariados los que llegan, en pequeños ejemplos repetidos como los que acabo de describir, a asumir parte de esa función odiosa.

El que lo hagan crea una profunda sensación de ambigüedad en ambas partes de la relación. En cierto sentido, precisamente porque el vendedor de tienda o el camarero no es obviamente el propietario, y no es posible considerarlo beneficiario de las desigualdades que su presencia llega a representar. O al menos, no más que en el sentido más tenue: en ocasiones, enfrentado a estos precios inasequibles, el cliente resentido acusa a quienes están al otro lado del mostrador de regodearse y disfrutar de su poder. Pero esas ocasiones también dejan claro que, adherido al dependiente, en ese momento de denegación, hay un tipo de odio distinto: el adjunto al traidor o al *apparatchik*, aunque uno que colabora con un poder difícil de nombrar. Los dependientes hacen guardia sobre el paso de D a M, pero en nombre de un interés con forma y localización a menudo opacas, tanto para ellos como para los rechazados.

De acuerdo con mi experiencia, los implicados sentían profundamente la contradicción de esta posición, y muchos de mis compañeros estaban claramente desconcertados por este aspecto de su trabajo. En cierto sentido porque suponía una labor emocional problemática: tener que absorber y gestionar esas expresiones de descontento que no procedían de quienes eran clientes, sino de quienes no podían serlo. Más en general, sin embargo, lo que preocupaba a mis compañeros parecía ser la incómoda sensación de que se les exigía convertirse en funcionarios de un poder que ni siquiera conocían. Era esta opacidad la que hacía que la situación tendiese al tipo de malentendido que Adorno y Horkheimer pretendían ilustrar. Desde el punto de vista del no cliente frustrado, tenía razonable sentido culpar de esta situación al dependiente. Era éste, después de todo, el único agente que tenía a mano. Aunque no se tratase de su propio «no», eran de hecho los dependientes quienes lo decían.

Estas ambigüedades se agudizaban especialmente en el encuentro con quien posiblemente tenga la intención de efectuar un hurto. El tipo de vida que podría llevar a un individuo a cometer hurtos en tiendas está a menudo marcado en sus ropas, en su cuerpo y en su actitud. En consecuencia, y especialmente en cualquier contexto minorista en el que la mercancía era relativamente cara y la mayoría de los clientes de clase media –tiendas de delicatessen, por ejemplo, o librerías– los gerentes enseñaban a los trabajadores a suponer que ciertas formas de apariencia corporal eran, por su absoluta discrepancia con esos contextos, signos reveladores de que alguien pretende cometer un hurto. Ante esto, la ambigüedad implicada en esta situación es la implicada en cualquier posible respuesta a la siguiente cuestión: «¿Cómo se aborda a un posible ladronzuelo?». Después de todo, mirar no es delito, como tampoco lo es el llevar artículos de un lado a otro en una tienda. Por lo tanto, muy a menudo, la respuesta esperada a un posible hurto es preventiva, e implica literalmente hacer guardia, la práctica, a veces subrepticia pero a menudo descarada, de caminar por la tienda al lado de una persona sospechosa hasta que esta acusación tácita provoca un enfrentamiento, o la persona se va. Esto supone otra forma de trabajo emocional en negativo, no solo porque el resultado ocasional pero predecible de estas acciones son los enfrentamientos molestos, sino también porque al dependiente no se le exige que represente una relación social por sí mismo/a, sino en nombre de algo que no es su propio yo.

¿En nombre de qué o de quién? Bajo la ambigüedad superficial de esta situación ingrata, acecha una cuestión más problemática: no «cómo» afrontar a quien posiblemente va a cometer un hurto, sino «por qué». En los establecimientos en los que «la empresa» era más fácil de concebir, porque era más pequeña o más local, y en los que los trabajadores podían al menos reconocer al dueño del negocio en persona, podía formularse alguna respuesta provisional a esta pregunta, capaz de agudizar o suavizar el resentimiento engendrado, dependiendo de la naturaleza de la relación con estos jefes reconocibles. En una tienda en la que yo trabajé, los propietarios atendían también junto al personal; el trabajo negativo de este tipo era más fácil de realizar porque podía elaborarse éticamente: no evitar los hurtos significaría ser cómplice de un robo cometido contra alguien con quien uno tenía una relación personal. En otro contexto, en el que el propietario del negocio pasaba solo ocasionalmente y era visto como persona autocrática y manipuladora, era más difícil encontrar justificación ética a este aspecto del trabajo. En ambos casos, una autoridad

conocida y nombrable servía en cierto sentido para resolver este sentimiento de ambigüedad. Con independencia de que esto hiciese sentirse mejor o peor al personal, parecía como si se tratase, después de todo, de algo hecho por orden de otro. En las formas de empresa de venta al por menor más grandes y más impersonales es mucho más difícil encontrar una concepción convincente de este tipo, razón por la cual, quizá, en los hipermercados o en los grandes almacenes la seguridad se convierte en un trabajo subcontratado aparte, apoyado por tecnologías de vigilancia.

Pero incluso allí donde era posible convertir la ética interpersonal en explicación estructural, persistía una sensación de incomodidad. Al reflexionar al respecto, parece que se debía a que tales explicaciones solo apuntaban a una causa próxima, no a la causa remota. La tarea negativa del guion está implícita en el trabajo de dependiente. Al igual que el dependiente es quien facilita el paso de D a M, para quienes pueden pagar, su presencia es lo que impide dar dicho paso a los que no pueden. Estos dos aspectos del guion son inseparables; hacer lo uno ya implica la necesidad de hacer el otro. A ese respecto, la aplicación de esta negativa es necesaria para el sistema en sí. El «no» que emite el dependiente –de pie en el mostrador, frente a quienes no pueden permitírselo; o, más explícitamente, caminado por la tienda detrás del sospechoso de posible hurto– este «no» no solo es lo que impide el paso de D-M en nombre de un determinado propietario de negocio. Es también el trabajo necesario para garantizar la integridad del circuito de intercambio propiamente dicho. Es, a este respecto, un «no» sistémico manifestado a través de la presencia del dependiente.

La situación en el camping era, por supuesto, excepcional, dadas las condiciones de monopolio de su ubicación. Más en general, aprendemos a promulgar estas negativas por nosotros mismos, como imperativos económicos unidos a las decisiones de gusto aparentemente instintivas, en todas las formas descritas por Bordieu⁷. Esto quedó muy claro en una tienda de delicatessen en la que yo trabajé, recientemente abierta en el extremo de un barrio en rápido proceso de aburguesamiento pero todavía en gran medida de clase obrera. Allí estaba muy claro con qué rapidez se efectuaban las operaciones de distinción. Quienes entraban en la tienda pidiendo *prosciutto* o *speck* lo encontraban, volvían y pedían más; al hacerlo quedaban confirmados como personas que sabían qué

⁷ Pierre Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*, Londres, 1984.

tipo de productos, y qué tipo de solicitudes, encajaban en ese contexto. Para quienes disponen del capital económico exigido, todo se vuelve cuestión de gusto; la tienda se les presenta como un mundo en el que están exclusivamente en juego deseos puramente subjetivos.

Por contraste, los que pedían carne enlatada o lengua en lonchas quedaban decepcionados, porque no era «ese tipo de tienda»; no cometían el mismo error dos veces. Las solicitudes y las negativas amables que hacían efectiva esta «llamada al orden» se efectuaban también en el lenguaje del gusto, pero de manera mucho más vulnerable; los gustos de los pobres se transparentaban parcialmente, lo suficiente para no ocultar los huesos de la necesidad económica ocasionalmente iluminados por el foco de un comentario descuidado: «¡Qué horror, fíjate qué precio!». En este sentido, la esfera de la circulación no solo proporciona una coartada para los delitos de la producción. La violencia simbólica implícita en la jerarquía del gusto siempre está interiorizada; el uso que Bordieu hace de la expresión «segunda naturaleza» es adecuado. Si las tiendas son espacios clave en los que aprendemos nuestro lugar en el mundo, esa lección es mucho más efectiva al no expresarse simplemente en función de una racionalidad económica, sino de las marcas que deja en nuestro sentido del yo: «Esto no es para gente como nosotras», le musitó una mujer a su amiga cuando salían de la tienda con las manos vacías.

A su entera disposición

Por estas razones, por lo tanto, el trabajo de dependiente está caracterizado en general por su aspecto positivo: por la relación del dependiente con los clientes que *pueden* permitirse lo que quieren comprar y con la forma particular de autoridad que se les confiere en el contexto de esa relación. Así, el «bang, bang, bang» que mi compañero describía no hacía referencia a las exigencias de nuestro encargado de turno, que establecía tareas relativamente a largo plazo que podían preverse de modo más o menos lineal –comprobar las fechas de caducidad de diversos productos, poner un nuevo escaparate, limpiar unos estantes– sino por las demandas *staccato* de los clientes. Desde el punto de vista del dependiente, dichas demandas no son más negociables que las del jefe. En muchos aspectos, de hecho, ambos tipos entran en conflicto entre sí: la sucesión de solicitudes de servicio de los clientes fragmenta la experiencia del trabajo en el establecimiento, al menos en la medida en que éste pudiera modelarse por una orientación hacia una tarea determinada y

alcanzable. Era esta experiencia fragmentada del tiempo en el trabajo de dependiente la que describía mi compañero. Más importante, mientras que cualquier solicitud de un cliente determinado puede satisfacerse – servir la bebida, hacer el bocadillo– dichas solicitudes en su totalidad son insaciables. La tarea del guion no es definitiva; el paso D-M debe rehacerse indefinidamente. En ambos aspectos, es el encuentro peculiar con la autoridad del cliente el que más de cerca modela y define la experiencia del trabajo cara al público en un establecimiento comercial.

Pero también a este respecto –al igual que en la situación opuesta, la negativa– hay a menudo una sensación de que la presencia del dependiente es problemática. Para quienes tienen suficiente dinero, la promesa del momento de compra no es meramente la de tener a su disposición un nuevo «uso»; en un mundo dominado por el valor de cambio, la «coseidad» efectiva de los objetos, en toda su particularidad material, puede incluso ser experimentada como una especie de obstáculo⁸. La promesa del momento de compra es por el contrario el potencial de tenerlo todo. El valor de cambio, en teoría, es ilimitado e inmediato; promete al consumidor todos los reinos del mundo en un momento en el tiempo. Esto es lo que Marx derivó en su famoso párrafo sobre el poder del dinero, cuya «divinidad visible», como él la denominaba –cortesía de Shakespeare– incluía la promesa de eliminar al instante el abismo entre D y M. Lo que está objetivamente separado promete convertirse en una cualidad inmediatamente subjetiva, al igual que el deseo subjetivamente experimentado promete convertirse en algo inmediata y objetivamente real: «Lo que puedo pagar, es decir, lo que el dinero puede comprar, eso soy yo, el poseedor del dinero mismo»⁹.

Pero esta promesa, a pesar de estar continuamente reiterada por los publicistas, es falsa. En la práctica, el paso de D a M no sucede por sí solo, sino por medio de un trabajo que la facilita, que incluye el trabajo del dependiente. La presencia del dependiente se vuelve problemática precisamente porque desmiente esa inmediatez prometida. Ni el más eficiente y entendido dependiente puede eliminar el hecho de su propia presencia necesaria como trabajador; y esa presencia no puede sino interponerse entre D y M, dejando claro que no existe el consumo puro

⁸ Peter Stallybrass, «Marx's Coat», en Patricia Spyer (ed.), *Border Fetishisms*, Londres, 1998.

⁹ Karl Marx, «Economic and Philosophical Manuscripts» (1844), en *Early Writings of Karl Marx*, Harmondsworth, 1975, p. 377.

e inmediato. Cualquiera que haya trabajado en una tienda o en un bar reconocerá las experiencias consecuentes a esto: las expresiones de resentimiento al más mínimo retraso, o ante la necesidad de hacer cola; la suposición implícita de que uno está obstruyendo de manera voluntaria cuando un producto está descatalogado o decepciona de alguna otra forma al cliente. El o la dependiente, en tales situaciones, es observado/a como una especie de extremidad defectuosa, precisamente porque resalta un incómodo abismo entre la intención subjetiva y su realización.

Esta experiencia es el anverso de la descrita arriba, en la que la presencia del dependiente ya no oculta las desigualdades consecuentes a la producción cuando se descubre que algo es inasequible. Los que pueden *pagar*, pueden mostrar el mismo resentimiento ante la presencia del dependiente, precisamente porque representa un recordatorio mal recibido de las realidades de la producción, el trabajo sobre el que descansa todo el sistema. Por muy rápidos o hábiles que sean los vendedores, es necesario *atravesar* esa presencia –preparar las bolsas, sacar las patatas fritas, servir las cervezas– para proporcionar lo que el cliente quiere. A ese respecto, el dependiente es un recuerdo, albergado en el centro de la propia esfera de circulación, del trabajo humano del que depende la esfera pero que, con su promesa de cambio inmediato e ilimitado, nos pide tan asiduamente que olvidemos. La presencia del dependiente pone continuamente en duda la «divinidad visible» del dinero, e impide que sea plenamente apropiada como la cualidad subjetiva de quienes poseen la riqueza, del modo descrito por Marx (y por Bourdieu).

Deferencia y desafío

Éste es, por lo tanto, el terreno en el que se da la relación entre el dependiente y el cliente, y en el que ambos se enfrentan. Cada cliente puede, como hemos visto, interactuar con quienes trabajan en las tiendas de formas tan variadas como las interacciones que se dan entre cualesquiera otras personas. No obstante, la conducta del cliente *qua* cliente tiene una cualidad particular y distintiva, suponiendo como lo hace que el propósito del dependiente es el de eliminar la distancia entre D y M, y al hacerlo «mediarme la vida», como decía Marx. El cliente no habla como un jefe; la autoridad con la que emite su orden al dependiente no es la del empresario en relación con su empleado. Podría decirse, quizá, que la autoridad momentánea del cliente sobre el dependiente está secundada por la del propietario del negocio, pero no es idéntica a

ella. Y, por otro lado, tampoco es en ningún sentido una autoridad legalmente constituida. En lo que al dependiente respecta, se experimenta como autoridad que deriva de la persona misma del cliente.

Se ha demostrado que la «soberanía» del cliente es un mito, que oculta en qué medida las decisiones tomadas por los consumidores están delimitadas de antemano, y sirven para encantar el encuentro por lo demás potencialmente díscolo entre los procesos de producción racionalizados y una esfera de consumo regida por la promesa de la libertad de elección. Sin duda es cierto que ni los clientes ni los trabajadores del sector servicios se dejan engañar del todo por ella, y que ambos responden escépticamente a los intentos de las empresas de manipularla¹⁰. No obstante, es importante reconocer que este «mito» no adopta la forma que adopta sin razón. Las trampas premodernas y los gestos deferentes sobre los que se sostiene son reveladores precisamente porque ponen de manifiesto algo acerca de la naturaleza de esa relación, y acerca de la verdadera autoridad que forma el núcleo social en torno al cual se teje el encantamiento. Por supuesto el cliente no es, de hecho, el rey, y cualquier intento de extender su autoridad sobre el dependiente fuera de su contexto adecuado puede ser objeto de resistencia. (Los momentos situados en el extremo de esta relación se vuelven así especialmente controvertidos: la cuestión de si uno debería negarse a llevar las bolsas de la compra al coche de los clientes era muy debatida en uno de los lugares en los que yo trabajé). Pero, en el momento de la orden al dependiente, la «superioridad relacional del cliente sobre quien trabaja cara al público»¹¹ implica una autoridad real y efectiva, parecida a un ensayo de la forma de dirigirse del amo al criado –una forma de autoridad premoderna– porque el dependiente debe obedecerla por la sencilla razón de que la persona que habla es un cliente; su autoridad es coetánea, en el tiempo específico de esa relación, con el ser exactamente quien es. Es también, en lo que atañe al dependiente, una autoridad que éste no puede rechazar, porque le costaría el puesto.

A menudo se ha sostenido que las emergentes relaciones sociales capitalistas lograron articularse con principios de jerarquía más antiguos. Si cabe, ha sugerido Ellen Meiksins Wood, «el desarrollo inicial del capitalismo dio un nuevo margen de vida a la concepción patriarcal

¹⁰ Véase S. Bolton y M. Houlihan, «The (Mis)representation of Customer Service», cit.

¹¹ M. Korczynski y U. Ott, «When Production and Consumption Meet: Cultural Contradictions and the Enchanting Myth of Customer Sovereignty», cit., p. 583.

de la relación amo-criado, como soporte ideológico más disponible y adaptable para la desigualdad del contrato de trabajo asalariado»¹². El argumento de Wood hacía referencia al establecimiento de las relaciones de producción capitalistas en la Edad Moderna, y a los tipos de contrato legal que éstas requerían. Mi argumento tiene otra intención. La relación entre dependiente y cliente sigue siendo necesaria para las operaciones capitalistas; se rige por la relación salarial y, al contrario que las formas feudales, no penetra en la morada del trabajador. Pero el vínculo dependiente-cliente no se parece, en sí, al capitalista. No es solo que el capitalismo pudiera, en diversas coyunturas históricas, haberse articulado *con* formas preexistentes de jerarquía social y mando. Por el contrario, podríamos sostener que el capitalismo puede en diversos puntos ser articulado *por* el ensayo o la reactivación momentáneos de una forma de autoridad relacional más antigua. En los vacíos entre D y M, el capitalismo parece ayudado por algo que no es capitalismo.

En el plano fenomenológico, la consecuencia es que la relación entre cliente y dependiente parece tener lugar en un terreno distinto a las racionalidades y los cálculos impersonales asociados con las economías capitalistas. Para Tocqueville, la pérdida de una cualidad honorífica en la relación entre amo y criado evidenciaba en qué medida la suposición de igualdad formal e impersonal había llegado a definir la experiencia moderna¹³. Otros se han mostrado menos convencidos de que los fantasmas de las relaciones premodernas hayan sido completamente exorcizados de la maquinaria capitalista. Veblen señalaba que la esfera del consumo se convierte en contexto para el continuo ensayo de diversos tipos de «pantomima simbólica de la dominación» y el «servilismo»¹⁴. W. E. B. Du Bois, reflexionando con típica perspicacia sobre su experiencia de trabajo durante un verano como camarero de hotel, señaló que el acto de ordenar la cena a quienes atendían la mesa se basaba en la suposición, en el momento de la ejecución, de una profunda desigualdad entre ellos: «Los perros reconocían el gesto», escribió¹⁵. Du Bois apuntaba a una afinidad con la dominación real y la subordinación, lo cual ayudaba, desde su punto de vista, a explicar en qué medida en Estados Unidos predominaban los hombres y las mujeres negros en el mal remunerado

¹² Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism: A Historical Essay on Old Regimes and Modern States*, Londres, 1991, pp. 138-139.

¹³ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Nueva York, 1966, pp. 572-579.

¹⁴ Thorstein Veblen, *The Theory of the Leisure Class*, Oxford, 2009, p. 35.

¹⁵ W. E. B. Du Bois, *Darkwater*, Nueva York, 1921, p. 112.

sector servicios. Tanto él como Veblen sugerían que el capitalismo puede seguir basándose, en sus intersticios, en un modo de asumir y expresar la desigualdad que no es específico, sino que tiene un efecto sistémico real y necesario.

Du Bois describe también, con la aguda vista del etnógrafo, algunos de los modos sutiles en los que quienes trabajan en el sector servicios intentan responder a esa situación, incluidas formas de resistencia tácitas, como la hosquedad y la informalidad¹⁶. En las circunstancias mucho menos estrictas de las que yo he sido testigo, los dependientes seguían respondiendo a la autoridad del cliente de distintas formas subrepticias. Estaban, por supuesto, aquellos compañeros siempre amables y competentes en lo que hacían, y que seguían proporcionando «buen servicio» incluso en circunstancias de trato irrazonable o despectivo de los clientes. Algunas investigaciones sugieren, dada esa evidencia, que los trabajadores del sector servicios son capaces de ejercer cierto nivel de autonomía en su trabajo, y experimentar menos alienación¹⁷. A mí me parecía claro, sin embargo, que los compañeros que actuaban de este modo, en igual medida que quienes efectuaban su servicio a regañadientes o con sarcasmo, ejercían una cierta resistencia a la experiencia del trabajo que realizaban. La respuesta en este caso suponía convertir el «servicio» en una especie de arte, algo que podía practicarse por sí mismo, por el placer y la dignidad intrínseca del trabajo bien hecho. Ciertamente algunos de mis compañeros describían esta práctica como un modo de «cumplir el turno», y fuera de ese turno no me parecía que fueran perceptiblemente menos críticos acerca del trabajo. A ese respecto, al convertir el buen servicio en una opción escogida para beneficio propio, y no como algo impuesto por la autoridad del cliente, estaban también, a su manera, cuestionando las bases de esa autoridad.

Los había también, por supuesto, que adoptaban formas de leve obstrucción: lentitud, repetidas solicitudes de aclaración, deliberada falta de atención y errores intencionados. Estos últimos eran especialmente fáciles cuando el trabajo exigía el uso de tecnología, como cajas registradoras electrónicas, a las que se podía culpar de las consecuencias de esos errores. Los dependientes no pueden tomar la opción de Bartleby

¹⁶ *Ibid.*, p 116.

¹⁷ Por ejemplo: Martin Tolich, «Alienating and Liberating Emotions at Work: Supermarket Clerks' Performance of Customer Service», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 22, núm. 3, 1993.

y sencillamente negarse a hacer lo que se les pide. Un asentimiento vacilante a las solicitudes del cliente, sin embargo, sirve para dejar claro en qué medida les molesta la deferencia implícita en su relación con esta forma de autoridad.

Por último, era posible utilizar una deliberada obsequiosidad que hiciese burla de la autoridad del cliente, exagerándola: «Desde luego, señora»; «Es un placer»; «No, no, ya se lo sirvo yo». Esta *cortesía* exagerada era en parte eficaz porque su despliegue retórico del lenguaje del servicio resaltaba el anacronismo de dicha relación, pero tenía también un efecto más incómodo. El paso del valor de cambio al valor de uso es tenso porque, para ser útil, el valor de cambio debe entregarse; su promesa ilimitada tiene que dar el salto al mundo de las cosas particulares y materiales. Cada compra potencial se ve amenazada por el terror a una mala decisión, en la que la posibilidad de todo se trastoque en algo que resulte ser meramente cualquier cosa. De ahí, por supuesto, la desconfianza generalizada hacia el vendedor —«un algo que apesta a obsequiosidad», en la mordaz expresión de E. E. Cumings— al que siempre se imagina intentando engañar al portador del valor de cambio para que efectúe una compra poco sensata. Mostrándose voluntariamente complaciente hasta la nausea, el dependiente hace que la autoridad del cliente se sienta insegura, dubitativa, respecto a la autenticidad de sus propios motivos.

Tanto la actitud obstructiva como la obsequiosidad tienen en común el hecho de que proclaman explícitamente la incómoda presencia del dependiente. Ambas respuestas, en otras palabras, impiden pasar por alto el incómodo trabajo del guion. Al no efectuar este trabajo sin fricción alguna, o al efectuarlo con tanta deferencia que acabe pareciendo dudoso o guiado por malas intenciones, los vendedores insisten en reconocerlo. Y esta insistencia importa, porque se interpone a la fusión ideológica que da a entender que «aquello que puedo pagar, eso soy yo»; en otras palabras, se interpone a la apropiación de logros fundamentalmente sociales, como si éstos fuesen logros meramente subjetivos de los propios ricos. Al insistir en que se reconozca su trabajo, los dependientes insisten en reconocer el trabajo en sí, y de ese modo ponen en cuestión la base sobre la que descansa la autoridad del cliente.

MICHAEL CRAMER

LAS LECCIONES DE HISTORIA DE ROSSELLINI

ROBERTO ROSSELLINI (1906-1977) pasó los catorce últimos años de su carrera haciendo lo que denominaba «películas pedagógicas», principalmente para televisión. En su opinión, aquellas obras constituían una importante ruptura con el cine existente: encarnaban una nueva forma, ni arte ni entretenimiento, y el propio director quería ser considerado a partir de entonces como un educador, no como un artista¹. Dirigió pues series en varios capítulos sobre el desarrollo histórico humano –*L'età del ferro* (1964), de cinco horas, y *La lotta dell'uomo per la sua sopravvivenza* (1967-1969), de doce horas–, así como retratos de personajes innovadores en el campo de la política –*L'età di Cosimo de Medici* (1972-1973), *La prise de pouvoir par Louis XIV* (1966)– y en el de las ideas: *Socrate* (1971), *Agostino d'Ippona* (1972), *Blaise Pascal* (1972), *Cartesius* (1974). La presentación que Rossellini hacía en 1972 de *La lotta dell'uomo per la sua sopravvivenza* en una carta a Peter Wood, historiador de la esclavitud en Estados Unidos, da cierta idea de las ambiciones del proyecto:

Con *La lotta dell'uomo per la sua sopravvivenza* he tratado de presentar un panorama histórico general desde el hombre de las cavernas hasta nuestra época. Muestro el paso de la época de la caza, la pesca y la recolección de frutos a la civilización agrícola, que era matriarcal. Es el primer paso del hombre en su camino para vivir de la naturaleza, más que en la naturaleza. Luego describo, con la llegada de los helenistas al Mediterráneo, el cambio a una sociedad patriarcal. Hablo del desarrollo de la civilización egipcia, la caída de Roma, la transformación de las tribus bárbaras depredadoras en

¹ Fereydoun Hoveyda y Eric Rohmer, «Nouvel entretien avec Roberto Rossellini», *Cahiers du cinéma*, núm. 145, 13 de julio de 1963, en Roberto Rossellini, *My Method. Writings and Interviews*, ed. Adriano Aprà, New York, 1995, p. 152.

agricultores y ganaderos. El movimiento monástico con su ideal de plegaria y trabajo. La formación de la sociedad feudal. Las cruzadas. El desarrollo de los artesanos, habitantes de los burgos; la burguesía. La formación de la sociedad comunal. El movimiento de los trovadores. La fundación de la Universidad. El desarrollo de la alquimia. El ansia de ciencia. La difusión de las máquinas. Cristóbal Colón. Los inicios de la era científica: Galileo, Rabelais, Harvey, Lavoisier, Franklin, Galvani, Volta, Pasteur. A continuación la máquina de vapor de Watt, la locomotora de Stephenson, el telégrafo de Morse, la radio de Marconi. Finalmente, la época contemporánea: la aventura del espacio, la revolución estudiantil, los hippies, el desconcierto en el que nos debatimos².

Esas obras educativas, que totalizan más de cuarenta horas, constituyen aproximadamente la mitad de toda la producción de Rossellini, una proporción sorprendente dado que el director es recordado principalmente como padre del neorrealismo italiano de posguerra y como director de obras seminales como *Roma, città aperta* (1945) y *Paisà* (1946). Hasta los comentaristas franceses de los *Cahiers du cinéma*, para quienes Rossellini había sido una figura canónica, pasaban por alto en general esas obras para televisión prefiriendo el segundo «gran periodo» del maestro constituido por las películas protomodernistas *Stromboli* (1950), *Europa 51* (1952) y *Viaggio in Italia* (1954) protagonizadas por Ingrid Bergman. En el momento de su emisión inicial durante las décadas de 1960 y 1970, los antiguos admiradores de Rossellini como François Truffaut desdénaron radicalmente esas obras pedagógicas³.

Durante la pasada década han comenzado a aparecer en Italia, Francia, Estados Unidos y el Reino Unido ediciones en DVD de algunas de esas obras –*La prise de pouvoir par Louis XIV* (1966), *Blaise Pascal* (1971), *L'età di Cosimo de Medici* (1972) y *Cartesius* (1973)– y se han organizado retrospectivas de la «historia televisada de Rossellini» en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y en el Instituto Británico de Cinematografía. En Francia se ha publicado una colección de sus extensos escritos y entrevistas sobre el proyecto, editada por Adriano Aprà, y Jean-Louis Comolli le ha dedicado un documental en televisión⁴. Sin embargo, gran parte de la obra de Rossellini durante ese periodo sigue siendo

² Carta de Roberto Rossellini a Peter Wood, publicada en David Forgacs, Sarah Lutton y Geoffrey Nowell-Smith (eds.), *Roberto Rossellini. Magician of the Real*, Londres, 2000, pp. 161-165.

³ Tag Gallagher, *The Adventures of Roberto Rossellini*, Nueva York, 1998, pp. 559-560.

⁴ Adriano Aprà (ed.), *Roberto Rossellini: La télévision comme utopie*, París, 2001. Un volumen similar había aparecido ya en italiano: Sergio Trasatti (ed.), *Rossellini e la televisione*, Roma, 1978.

inaccesible al público, dejando una laguna en nuestra comprensión de un realizador cinematográfico muy estudiado en sus trabajos anteriores. ¿Por qué se dedicó desde principios de la década de 1960 a la televisión educativa el fundador del neorrealismo italiano, uno de los creadores de la modernidad cinematográfica europea? En este estudio consideraré el significado del proyecto pedagógico de Rossellini como un proyecto sistemático a gran escala. Mi pretensión de tratar esa parte de su obra como un proyecto unificado y teóricamente fundamentado y de tomar en serio las explicaciones de Rossellini al respecto es en parte correctiva y polémica. La importancia y originalidad de esa producción ha sido en general minimizada, por dos razones:

En primer lugar, y comprensiblemente, esas obras han sido principalmente debatidas en el contexto de los estudios de Rossellini como autor, que han insistido en lecturas detalladas de sus películas y en sus aspectos formales o «artísticos», con menor atención al posicionamiento teórico del proyecto y su contexto más amplio⁵. En segundo lugar, la caracterización predominante ha sido la del biógrafo en inglés de Rossellini, Tag Gallagher, que actúa como una especie de intérprete oficial a través de sus notas en la carátula y ensayos en «vídeo» incluidos en los DVD estadounidenses de las películas, considerándolas como poco más que arte cinematográfico moderno disfrazado. Pese a su aprecio por ellas, Gallagher aminorar sus diferencias con el resto de la obra de Rossellini, desestimando su ambicioso marco conceptual como una mera cobertura para el negocio habitual. Para Gallagher, las afirmaciones de Rossellini de pretender ir más allá del cine de arte eran una «patente hipocresía»: «Quería hacer no-arte pero solo lo consiguió como arte»⁶. Contra esta interpretación prevaleciente, trataré de contextualizar la producción posterior de Rossellini en un marco cultural e histórico más amplio, de elucidar su base teórica y de señalar sus profundas diferencias con el enfoque del cine artístico moderno. Su importancia reside en parte en su gran intento de reunificar arte y educación, escindidas por la modernidad, en el momento histórico de las décadas de 1960 y 1970, cuando el estatus del arte y su influencia sociopolítica todavía parecían abiertas, antes del endurecimiento de las realidades político-económicas y de la

⁵ Los principales estudios en inglés son los de T. Gallagher, *The Adventures of Roberto Rossellini*, cit., y Peter Brunette, *Roberto Rossellini*, Oxford, 1987. La obra más extensa en italiano es Gianni Rondolino, *Roberto Rossellini*, Turín, 1989.

⁶ T. Gallagher, *The Adventures of Roberto Rossellini*, cit., pp. 559, 656.

formulación de las teorías posmodernas, con su nostalgia innegable por la modernidad⁷.

Asalto contra la industria cultural

Desde un principio la carrera filmica de Rossellini había combinado una seguridad absoluta con cambios de dirección radicales. Nacido en una acomodada familia romana –su padre era propietario de una empresa de construcción y le fue bien con Mussolini– había entrado en la industria filmica en 1932, trabajando como asistente de doblaje en las primeras películas sonoras. Sus primeras películas, incluida la propaganda de guerra para el régimen fascista, eran ya estilísticamente innovadoras. Comenzó a trabajar en el guion de *Roma ciudad abierta* en agosto de 1944, dos meses después de la ocupación aliada de Roma; fue presentada en 1946 con gran éxito internacional. Su colaboración con Ingrid Bergman comenzó en 1948, con el inicio de la Guerra Fría y la aplastante victoria de la democracia cristiana en Italia; tras su ruptura con la actriz, viajó a India para filmar una serie de televisión en diez capítulos *L'India vista da Rossellini*, para la RAI, e *India: Matri Bhumi* (1959), a la que siguieron varias películas históricas, entre ellas *Viva L'Italia!* (1960) –distribuida como *Garibaldi* en Estados Unidos–, producida para el centenario de la unificación italiana, y *Vanina Vanini* (1961), adaptación de las *Chroniques italiennes* de Stendhal. Rossellini, ahora en la cincuentena, hacía frente a un país transformado por el «milagro económico» de posguerra y el consumismo estadounidense inducido por la industrialización acelerada del norte de Italia que atraía un nuevo proletariado del sur rural. Fue en aquel momento cuando emprendió una nueva transición decisiva, que equivalía a la renuncia al cine como institución. En una entrevista realizada en 1963 declaró: «Deseo retirarme de la profesión. Creo que lo más necesario hoy día es prepararse, con plena libertad, para reexaminarlo todo desde el principio, a fin de poder iniciar una vía con fundamentos totalmente diferentes»⁸.

⁷ Sobre la separación todavía profundamente inculcada entre pedagogía y arte, Fredric Jameson señala que «el tabú sobre la didáctica en el arte que los “occidentales” modernos damos por supuesto» es de hecho «un rasgo de nuestra propia modernidad»: *Brecht and Method*, Londres, 1998, p. 3.

⁸ R. Rossellini, «Conversazione sulla cultura e sul cinema», *Filmcritica*, núm. 131, marzo de 1963, reimpresso en Edoardo Bruno (ed.), *R. R.: Roberto Rossellini*, Roma, 1979, p. 29.

Tras las declaraciones públicas de Rossellini se esconden un conjunto de consideraciones teóricas que ayudan a revelar las motivaciones históricas y culturales subyacentes bajo su proyecto. La oposición entre «arte de vanguardia» o alta cultura y cultura de masas, entre modernidad y kitsch, estructuró gran parte del discurso en torno a la producción cultural de ese periodo, y el proyecto de Rossellini se propuso inicialmente como antídoto a los productos de la «industria cultural» para el mercado de masas. No hay pruebas de que Rossellini hubiera leído o leyerá nunca la *Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer, pero en algunos aspectos su posición era muy próxima, aunque sus conclusiones fueran propias. Citaba repetidamente la «Theory of Mass Culture» de Dwight Macdonald, que exploraba la tesis de la Escuela de Frankfurt de que la cultura de masas era utilizada por las clases dominantes para «explotar las necesidades culturales de las masas a fin de obtener un beneficio y/o mantener su dominio de clase». Otra referencia frecuente era la distinción de Clement Greenberg entre «arte elevado» y kitsch⁹.

En un principio Rossellini había adoptado una posición de modernidad, reafirmando el papel del artista frente a la cultura de masas industrializada. En una entrevista de finales de la década de 1950 –titulada «Neorealismo e kitsch» como tributo a Greenberg–, declaraba que el cine debía oponerse a ser engullido por una cultura que creaba productos «cuyo carácter distintivo es el de un artículo destinado al consumo de masas, como la goma de mascar, y que explota, más que satisface, las necesidades culturales de las masas»¹⁰. En otro lugar afirmaba que los productos de la cultura de masas servían como propaganda para «imponer al mundo el ideal de la forma de vida americana» y fomentar la ignorancia¹¹. El cine podía resistirse a esas tendencias sirviendo como medio de expresión auténtica y desinteresada, ocupando su lugar en la alta cultura. En octubre de 1958 explicaba: «No creo en absoluto en el trabajo en equipo, y tampoco en el trabajo de los “especialistas”

⁹ Véase Dwight Macdonald, «A Theory of Mass Culture», reimpreso en Bernard Rosenberg y David Manning White (eds.), *Mass Culture: The Popular Arts in America*, Glencoe (IL), 1957, pp. 59-73. En cuanto a su formulación, véase «Avant-Garde and Kitsch», en Clement Greenberg, *Art and Culture: Critical Essays*, Boston, 1961.

¹⁰ «Neorealismo e kitsch», en R. Rossellini, *Il mio metodo: Scritti e interviste*, ed. Adriano Aprà, Venecia, 1987, pp. 125-126; esta primera edición en italiano contiene material omitido en la colección de textos de Rossellini traducidos al inglés recopilados también por Aprà y publicados en 1995, R. Rossellini, *My Method: Writings and Interviews*, cit.

¹¹ R. Rossellini, «I mezzi audiovisivi e l'uomo della civiltà scientifica e industriale», en R. Rossellini, *Il mio metodo*, cit., p. 260.

del arte. Pueden valer para hacer goma de mascar o para hacer zapatos, pero no en el arte.» Y resumía: «Mi gran proyecto es luchar seria y sistemáticamente contra el cine “oficial”»¹². Sus nuevas obras no estaban concebidas como un acto de resistencia personal, sino como un paradigma enteramente nuevo de la realización cinematográfica.

En un primer momento creyó que la *Nouvelle Vague* francesa respondía a ese proyecto. Rossellini vivió en París entre 1954 y 1956 y pasó mucho tiempo con los críticos de los *Cahiers du cinéma*; François Truffaut trabajó como su asistente personal¹³. Pero al final quedó desilusionado de los resultados; aunque la *Nouvelle Vague* ofrecía una alternativa al cine comercial, no hacía más que mostrar las neurosis personales y tenía escasa utilidad social: «¿De qué sirve liberar al cine de las fuerzas del dinero, si solo es para abrirlo a los de la fantasía individual?»¹⁴. El «cine artístico» de la nueva ola, de Fellini o de Antonioni, podía no ser propaganda de la industria cultural, pero mostraba un grado paralizante de introversión: «Hoy día el arte son gemidos y gruñidos o crueldad», dijo a los *Cahiers du cinéma* en 1963. «El estadio moral más alto al que han llegado los artistas contemporáneos ha sido hablar de incomunicación y alienación, esto es, de dos fenómenos absolutamente negativos»¹⁵. Tal insatisfacción con los rasgos característicos del cine moderno europeo —que sus películas con Ingrid Bergman hicieron mucho por crear— señalaba el primer paso de Rossellini alejándose del dualismo de Greenberg, y motivó una repetida condena de la incapacidad de comunicación del arte moderno y de la alienación del artista con respecto a la sociedad.

Cierto malestar

Rossellini consideraba ahora tanto el arte elevado como la cultura de masas como objetos negativos contra los que iba a definir su propia obra. Esa nueva estructura de oposición le podría haber llevado a alguna de estas posiciones «conocidas»: un alineamiento con el rechazo lukáciano de la modernidad, por ejemplo, o la insistencia de estilo Zhdanov

¹² R. Rossellini, «Roberto Rossellini, vous avez la parole!», *Filmklub-Cinéclub*, octubre de 1958, en R. Rossellini, *Il mio metodo*, cit., pp. 147-148.

¹³ Para los informes más completos sobre la estancia de Rossellini en París, véase Rondolino, *Roberto Rossellini*, pp. 230-236 y T. Gallagher, *The Adventures of Roberto Rossellini*, cit., pp. 455-460.

¹⁴ R. Rossellini, *Fragments d'une autobiographie*, París, 1987, p. 19.

¹⁵ R. Rossellini, «An Interview with *Cahiers du cinéma*» (1963), en *My Method*, cit., pp. 145, 149.

en el arte transparentemente didáctico e idealizador que produjo el realismo socialista; o una posición de extremo conservadurismo, en la que el arte asegura una especie de humanismo acrítico compatible con lo que Marcuse llamaba «cultura afirmativa»¹⁶. La solución de Rossellini escapaba a todas esas posiciones, no obstante, marcando un alejamiento de los modelos existentes para conceptualizar la producción cultural. Es en ese intento de liberarse de los paradigmas existentes donde encontramos la novedad e importancia de su proyecto pedagógico.

Para Rossellini tanto la cultura de masas como el movimiento moderno eran sintomáticos del mismo proceso de cosificación, atomización e individualismo¹⁷. El cine artístico y el movimiento moderno eran oposiciones estériles a la cultura de masas precisamente porque reflejaban sus condiciones constitutivas de alienación social: «El arte ha tenido siempre básicamente el propósito de entender así como de expresar ciertas cosas. ¿Pero qué aprende o enseña el arte de hoy? Es la expresión de cierto malestar, de un estado de infelicidad e incomprensión, pero nada más»¹⁸. Ninguna alternativa ofrecía una visión emancipadora de la producción artística, porque ambas reflejaban la misma visión del mundo, que no se veía a sí misma como parte de una narrativa histórica que apunta hacia el futuro:

Hemos llegado a un momento en el que cada uno, incluso las clases dominantes, han perdido el optimismo que animaba a la humanidad cuando estaba convencida de que la oleada de industrialización, ciencia, tecnología y racionalidad intrínseca de la producción, junto con los efectos del conocimiento y la expansión del capitalismo a escala global, garantizarían un progreso social ininterrumpido¹⁹.

Así pues, en su planteamiento más ambicioso, el proyecto de Rossellini pretendía contribuir a reanimar el propio curso del progreso social, haciendo suyos los avances en la ciencia y la tecnología. Los problemas que iba examinar no iban a ser los de la expresión o la experimentación estética, sino más bien «cómo difundir el conocimiento de las cosas y las ideas, cómo despertar la curiosidad de la gente sobre lo que no

¹⁶ Véase Herbert Marcuse, «The Affirmative Character of Culture», en *Negations: Essays in Critical Theory*, Boston, 1968, pp. 88-133.

¹⁷ Sobre ese parentesco, véase Fredric Jameson, «Reification and Utopia in Mass Culture», en *Signatures of the Visible*, Londres, 1990, pp. 9-34.

¹⁸ R. Rossellini, *My Method*, cit., p. 165.

¹⁹ R. Rossellini, *Un esprit libre ne doit rien apprendre en esclave*, París, 1977.

conoce»²⁰. Bajo ese mismo plan subyacía la convicción utópica de que el avance científico había hecho finalmente alcanzable un conocimiento transparente y perfecto:

Cuando todos tengan la posibilidad de ver clara y directamente la extraordinaria coherencia de lo que existe, muchos de los argumentos que ahora nos afligen desaparecerán. La complejidad del universo del que formamos parte nos trastorna; cuando todos podamos verlo tal como es, parecerá de repente comprensible, incluso lineal, casi simple²¹.

Era sobre todo a través de la imagen, argumentaba Rossellini, como se podría alcanzar y transmitir ese conocimiento. El potencial pedagógico de la imagen solo se había aprovechado mínimamente. Los esfuerzos de los documentalistas eran crípticamente desdeñados: hasta «las más serias iniciativas», como las de «los movimientos documentalistas ingleses y canadiense ahora difuntos, y la obra de personas como John Grierson, Paul Rotha y Robert Flaherty, que ya no son más que un recuerdo del pasado, tienen mucho que objetar»²². En cuanto a la televisión educativa existente, «todos los esfuerzos que ha desplegado en el terreno de la educación se basan en el modelo escolar, incluidas las escuelas de formación profesional, y se preocupan primordialmente por ayudar a los estudiantes a hacer carrera en el marco del sistema existente»²³.

Rossellini encontró una fundamentación filosófica para su pedagogía centrada en la visión en las obras del moravo del siglo XVII Juan Amos Comenio (Jan Amos Komenský en checo), proponente de la *autopsia* –en griego, ver con los propios ojos– como método educativo. Comenio había argumentado que la dificultad de enseñar textos muy elaborados podía remediarse mediante la *autopsia*, «esto es, con la impresión directa sobre los sentidos: cosas visibles para ver, sabores para degustar, cosas tangibles para tocar»²⁴. La «visión directa», argumentaba Rossellini, hacía el aprendizaje más fácil y más duradero: «Si uno ve un elefante una sola vez, o al menos la imagen de un elefante, quedará fijo más fácilmente

²⁰ R. Rossellini, *My Method*, cit., p. 110.

²¹ E. Bruno (ed.), R. R., *Roberto Rossellini*, cit., p. 81.

²² R. Rossellini, «Per un buon uso degli audiovisivi», en Adriano Aprà (ed.), *Rossellini: La télévision comme utopie*, cit., p. 78.

²³ R. Rossellini, *Un esprit libre*, cit., pp. 201-202. Un primer ejemplo fue *Telescuola*, emitido en Italia de 1958 a 1966 y destinado a audiencias que de otro modo no habrían tenido acceso a la enseñanza superior. Véase Franco Monteleone, *Storia della radio e della televisione in Italia*, Venecia, 2003, pp. 309-310.

²⁴ Citado en R. Rossellini, *Un esprit libre*, cit., pp. 101-102.

y de forma más duradera en su mente que si le hubieran descrito diez veces al animal»—«Está claro que la vista es el más esencial de nuestros sentidos, ya que comenzamos viendo»²⁵. Mientras que en tiempos de Comenio las imágenes disponibles se limitaban a las pinturas, dibujos y esculturas, el siglo xx podía aprovechar las de la fotografía y el cine.

El énfasis en una epistemología basada en la visión sería central para el proyecto de Rossellini, como indica el título de su primer libro, *Utopia autopsia 1010*, publicado en 1974²⁶. En la utopía que llegaría cuando la humanidad pudiera ver claramente, con sus propios ojos, ver sería lo mismo que conocer. Según Rossellini, la cámara moderna había equipado al ojo humano «con una mirada que permite, por primera vez en la historia del mundo, superar su propia finitud para encontrarse con la realidad en todos sus aspectos», afirmación que tiene afinidades tanto con la noción teológica de revelación como con las ideas filosóficas de la Ilustración. Pese a su proclamado ateísmo, Rossellini seguía planteando su proyectada utopía de la información en términos teológicos. El conocimiento, puesto en forma visible, emitido para todo el continente u organizado en una base de datos de vídeo fácilmente accesible, traería no solo paz y cooperación generalizadas, sino también una especie de claridad metafísica, un regreso al «Edén de la información» anterior a la Caída, al que «todo el mundo podría acudir en plena libertad para tomar todo lo que pudiera necesitar en cada momento y alimentar sus pensamientos»²⁷.

La transformación de Rossellini de artista en pedagogo, que marcó el giro decisivo en su carrera, fue pues el resultado de una prolongada meditación teórica sobre la producción cultural. La educación no era un sustituto para la actividad del artista, sino más bien un paso más allá; representaba más la remoción que la purga de lo que había significado el «arte». Las formas de educación anteriores serían parecidamente sustituidas, a medida que la producción cultural y la pedagogía se combinaban en una sola práctica, la «difusión del conocimiento». Esta nueva forma de educación no sería especializada o utilitaria sino «integral», permitiéndonos «sintetizar un gran número de determinaciones de las que dependemos»²⁸. Como decía él mismo en *Utopia autopsia*, la educación

²⁵ *Ibid.*, p. 102.

²⁶ R. Rossellini, *Utopia autopsia 1010*, Roma, 1974.

²⁷ R. Rossellini, *Fragments d'une autobiographie*, cit., pp. 13, 82.

²⁸ *Ibid.*, pp. 14, 73.

«dejaría de considerarse como preparación para la vida, convirtiéndose en una componente permanente de ésta». Y algo aún más importante, debería eliminar las erróneas nociones de desigualdad en la inteligencia, que sólo servían para propagar la jerarquía social existente: «la supuesta diferencia intelectual entre las personas no depende del hecho de que haya realmente desigualdades mentales entre ellas: la diferencia intelectual solo existe porque durante siglos se ha institucionalizado una profunda diferencia cultural»²⁹. Las propuestas de Rossellini recurrían decisivamente a los esfuerzos realizados durante el siglo XIX por difundir una educación popular, al mismo tiempo que reconocía la tendencia de éstos últimos «a domesticar a las masas a fin de insertarlas en las estructuras culturales, económicas y sociales existentes, y de adaptarlas a éstas». Cualquier forma de educación auténticamente emancipadora estaría libre de tal instrumentalismo social y trataría únicamente de desarrollar la propia capacidad del alumno para la responsabilidad y el pensamiento crítico³⁰.

Sin embargo, aun si se aceptaba la proposición de emplear pedagógicamente la «visión directa», quedaba en pie la cuestión de qué es lo que se enseñaría con ella y cómo. Tanto en la práctica como en la teoría, el «cómo» iba seguir preocupando a Rossellini hasta su muerte. El «qué» recibió relativamente menos elaboración, aunque el resumen de su proyecto en su carta de 1972 a Peter Wood, citada anteriormente, ofrece una serie de perspectivas de su enfoque esencialmente croceano y de la energía intelectual con la que lo perseguía. En sus películas pedagógicas —«las que he venido haciendo desde que me atrapó la manía de crear información educativa»—, Rossellini explicaba:

Muestro las costumbres, prejuicios, temores, aspiraciones, ideas y agonías de una época y un lugar. Muestro a un hombre, a un innovador, los confronto. Y tengo un drama igual a cualquier otro drama concebido o por concebir. Siempre evito la tentación de exaltar su personalidad; me limito a observarlo. Enfrentar a un hombre con su época me da suficiente material para construir la acción e incitar a la curiosidad. Shakespeare dijo: «La acción es elocuencia y los ojos del ignorante son más experimentados que sus oídos»³¹.

²⁹ R. Rossellini, *Utopia autopsia* 1010, cit., p. 14; *Un esprit libre*, cit., p. 120.

³⁰ R. Rossellini, *Un esprit libre*, cit., pp. 142-143.

³¹ D. Forgacs et al., *Rossellini: Magician of the Real*, cit., p. 162.

Así, los *Atti degli apostoli* contaban la historia de San Pablo, pero también «el cambio de ética en nuestra historia que la idea hebrea de naturaleza –un don de Dios que el hombre debe aprovechar para distinguirse de los animales– se difunde, gracias al cristianismo, a todo el mundo pagano grecorromano, que había contemplado la naturaleza como algo inviolable que los seres humanos trataban de propiciar mediante los ritos y rituales». Cosme, en *L'età di Cosimo de Medici*, impulsó un nuevo espíritu y vigor «para probar y disfrutar de la aventura» y dio un poderoso ímpetu al mercantilismo, la banca y «el comercio con dinero», un sistema económico que «todavía existe». *Blaise Pascal* mostraba el drama de un hombre cuyo pensamiento científico estaba en conflicto con «el dogmatismo de su profunda fe religiosa». *Cartesius* representaba «la irrupción de un método» mediante el que el pensamiento humano podía avanzar decisivamente hacia la era del desarrollo técnico y científico. *Agostino d'Ipbona* presentaba la decadencia del imperio romano, ofreciendo lecciones pertinentes para el presente: «Nosotros también estamos llegando al final de una civilización, y me parece que podría ser muy útil para la gente de hoy reflexionar sobre un momento histórico en el que, como ahora, estaba a punto de nacer una nueva era»³².

Entre los temas que Rossellini todavía esperaba cubrir estaban la Revolución Americana –en la que «Jefferson es mi héroe»–, Diderot y los enciclopedistas y la invención de la fotografía por Niépce y Daguerre. Dos notables ausencias son las Revoluciones Francesa y Rusa; en opinión de Rossellini, la Revolución Americana era «la única revolución sociopolítica auténtica realizada por el hombre desde los tiempos de Babilonia». Otras –la francesa y la rusa– solo habían llevado al poder a una nueva clase social, mientras que la Revolución Americana «pretendía reducir el “mal” del Estado a un mínimo», limitando su poder «a una garantía que respetaba unas pocas reglas fundamentales de organización social»³³. Sin embargo, cualquier idea de una asunción convencional de la Guerra Fría por parte del director sería desmentida por su esbozo de una película sobre Marx, que habría «despertado indignación e irritación superiores al furor que infundió Galileo». Para Rossellini, «el marxismo indica una metodología que permite al ser humano ser auténticamente él mismo y ser rescatado así del absurdo». El capitalismo

³² R. Rossellini, «Agostino e la crisi della civiltà greco-romana», en S. Trasatti (ed.), *Rossellini e la televisione*, cit., p. 161. Originalmente publicado en *L'Osservatore romano*, 2 de agosto de 1972.

³³ D. Forgacs et al., *Rossellini: Magician of the Real*, cit., p. 164.

habría fomentado un desarrollo extraordinario de todas las tecnologías, «pero hasta ahora se ha demostrado incapaz de satisfacer muchas exigencias materiales de la vida; por el contrario ha generado un enorme incremento de las necesidades artificiales»³⁴. Así y todo –lo que subraya una vez más la peculiaridad de su enfoque–, Rossellini no era en absoluto un seguidor del PCI; una de sus últimas películas, *Anno uno* (1974) era un panegírico del cristianodemócrata Alcide de Gasperi, quien presidió la formación de la República de posguerra. Sin embargo, al igual que muchas otras obras de Rossellini, no gustó ni a la izquierda ni a la derecha. Su perspectiva política era resueltamente personal, nunca comprometida con ningún proyecto de partido; aunque la humanidad tuviera una historia colectiva y un futuro compartido, su progreso no se podía confiar a ningún agente social; el papel del innovador individual seguía siendo primordial. Dicho esto, su distanciamiento de la refriega política (combinado con la falta de escrúpulos para conseguir apoyos con los que alcanzar sus propios fines) reflejaba, no una fe cándida en la capacidad del individuo para hacer la historia, sino más bien una profunda suspicacia hacia las fuerzas del conformismo.

¿Una nueva vanguardia?

Por debajo de esas sucesivas formulaciones estaba la cuestión de restablecer una narrativa filosófico-histórica, elemento ausente tanto en el movimiento cinematográfico moderno como en la cultura de masas y central para el proyecto de Rossellini. Los pensadores y acontecimientos históricos que presentaba eran elegidos «no porque me hubieran atraído o excitado de un modo particular, sino solo porque representan la articulación y el despliegue de formas fundamentales de pensamiento»³⁵. La metanarrativa de la racionalidad y el progreso iba así a ser mostrada por un tipo de película televisiva que combinaba disciplinas –arte, pedagogía, ciencias, historia– que en otro tiempo habían estado integradas pero que se habían visto escindidas por la irracionalidad destructiva de la modernidad. La nueva práctica fílmica de Rossellini podía quizá ser llamada «Ilustración», ya que sus obras se centran de modo predominante en aquel momento histórico, su legado y sus predecesores humanistas del Renacimiento. Esa Ilustración, no obstante, tanto como periodo

³⁴ Prefacio a la presentación del film no realizado *Lavorare per l'umanità*, originalmente publicada como «Il mio Marx», *Paese Sera*, 5 de junio de 1977, en D. Forgacs et al. (eds.), *Rossellini: Magician of the Real*, cit., pp. 167-169.

³⁵ R. Rossellini, *Utopia autopsy* 1010, cit., p. 198.

histórico como en cuanto narrativa que se prolonga hasta el presente, se oponía claramente al consumismo sin dirección de la modernidad existente. Su proyecto esperaba así iluminar la dirección futura de la propia narrativa en cuyo final se situaba, y que había sido oscurecida por el abandono de la esperanza en el progreso y en la razón humana por parte de la modernidad.

Para cumplir su promesa, el nuevo arte ilustrado de Rossellini necesitaba ser difundido por un medio que reflejara el legado positivo de la tecnología y la invención, que él pensaba que había sido desviado: la televisión. Como le dijo a André Bazin en 1958, «la sociedad moderna y el arte moderno han sido destructivos para el hombre; pero la televisión es una ayuda para su redescubrimiento. La televisión, un arte sin tradiciones, se atreve a salir a buscar al hombre»³⁶. La televisión era la tecnología potencial de la ilustración –aunque no todavía, al menos en Europa, dados los intereses de los publicistas–, pero a salvo en manos del Estado que todavía profesaba, al menos en teoría, una misión de servicio público para «informar, cultivar y entretener», enfatizando al menos tan enérgicamente los dos primeros aspectos como el tercero³⁷.

Con su fe en los medios científicos y tecnológicos para alcanzar fines utópicos, podría parecer que el proyecto de Rossellini era más afín a los movimientos de vanguardia de las décadas de 1910 y 1920 que a la mayoría de las obras de 1960. Raymond Bellour ha sugerido que el proyecto de Rossellini debía verse en el mismo marco que los de Dziga Vertov y Sierguei Eisenstein³⁸. De hecho, la obra de Rossellini compartía con esos tempranos maestros no solo el deseo de hacer películas «útiles» y la adopción de la nueva tecnología, sino, más profundamente, cierta concepción históricamente determinada del arte y sus funciones potenciales, que trascendía la dicotomía entre cultura de masas y arte elevado que dominó el pensamiento europeo sobre el arte durante la Guerra Fría. Las películas pedagógicas de Rossellini pueden leerse como

³⁶ «Cinéma et télévision: Un entretien d'André Bazin avec Jean Renoir et Roberto Rossellini», *France Observateur*, 4 de julio de 1958, en R. Rossellini, *My Method*, cit., p. 94.

³⁷ Como cabía esperar, las relaciones de Rossellini con la televisión pública italiana no estuvieron exentas de problemas; sobre su pugna con la burocracia de la RAI, véase T. Gallagher, *The Adventures of Roberto Rossellini*, cit., p. 599.

³⁸ Raymond Bellour, «Le cinéma, au-delà», en Alain Bergala y Jean Narboni (eds.), *Roberto Rossellini*, París, 1990, p. 83; Jacques Aumont sitúa a Rossellini junto a Vertov y Grierson: Jacques Aumont, *Théories des cinéastes*, París, 2002, p. 101.

resurrección y reconfiguración de ideas que provienen, no de la movimiento cinematográfico moderno de posguerra, sino más bien de las corrientes de principios del siglo xx que Peter Bürger ha denominado vanguardia histórica³⁹. El propio Rossellini sugirió tal afinidad en 1963, argumentando que los artistas de finales del siglo xix y principios del xx «trataban de seguir la evolución del mundo y las investigaciones del desarrollo científico, interesándose de algún modo por conocer la verdad sugerida por los nuevos descubrimientos». Entre ellos había que incluir a los impresionistas, los cubistas –quienes «deseaban representar mediante las líneas esenciales las propiedades permanentes de los objetos y su estabilidad en el espacio sin la perspectiva y la luz»– y los futuristas, que «exaltan la belleza de la velocidad y el movimiento y plantean así de una nueva manera los problemas del arte, tanto al nivel del pensamiento filosófico como al de la investigación científica»⁴⁰.

La idea de Bürger de la vanguardia histórica –que veía como antagonista de la autonomía del arte burgués, al atacar el «arte como institución» e intentar derribar la barrera entre la praxis del arte y la de la vida– proporcionaba un sugerente conjunto de conceptos para un análisis del proyecto pedagógico de Rossellini, que por su parte pretendía crear un nuevo paradigma de producción cultural y redefinir la función del arte. Como hemos visto, su obra rechazaba la idea del arte como algo autónomo y la opinión –de Adorno, por ejemplo– que veía su valor y significado precisamente en su aislamiento. La crítica de Rossellini del estatus autónomo del arte –en sus propias palabras, su «inutilidad» e introversión– era extendida finalmente, como la de la vanguardia histórica, para aplicarla al arte como institución. En este caso la «institución» era la del movimiento moderno, que se podía entender que desempeñaba en la década de 1960 el mismo papel que el esteticismo de finales del siglo xix en el esquema de Bürger. Esto se ve subrayado por la insistencia de Rossellini en reubicarse en la televisión: no bastaría simplemente hacer películas pedagógicas para el cine; lo que se necesitaba era un sistema totalmente nuevo de producción y distribución, una relación diferente entre el espectador y la película. El estatus de la televisión como «un arte sin tradiciones» le permitiría acoger e impulsar ese nuevo comienzo.

³⁹ Véase Peter Bürger, *Theory of the Avant-Garde*, Minneapolis, 1984.

⁴⁰ E. Bruno (ed.), R. R., *Roberto Rossellini*, cit., p. 46.

En otros aspectos, los propósitos del proyecto pedagógico de Rossellini chocaban esencialmente con los de la «vanguardia histórica». Es ahí donde podemos empezar a ver tanto el carácter profundamente anacrónico de su proyecto como las formas en que se definía de hecho, en su núcleo, por el propio paradigma de la cultura de masas a la que pretendía oponerse. Como a buena parte de la vanguardia, a Rossellini le preocupaba la utilidad de su arte; sin embargo, rebajaba el papel de la estética –como calidad del arte y como tipo específico de experiencia– como un recurso útil, abandonando el papel del artista por el de pedagogo. En el mismo momento en que se había hecho posible una comprensión plena del mundo gracias a los avances científicos, se lamentaba, la gente insistía en preferir «sacudidas estéticas» a la realidad. Llegó a considerar la estética como enemiga del conocimiento y de la utilidad social, algo de lo que el arte podía prescindir en busca de objetivos más nobles.

El lenguaje cinematográfico que desarrolló Rossellini para sus obras pedagógicas difería mucho tanto del drama histórico como de la televisión ilustrada. La «no actuación» era un componente central de su nuevo enfoque: los personajes leían sus largas intervenciones en tarjetas fuera de cámara, con el extraño resultado de que rara vez se miraban a los ojos ni mostraban ninguna consideración por las convenciones naturalistas; las escenas eran luego redobladas, creando una ausencia fantasmagórica de sonido ambiente. Pedagógicamente, la rápida sucesión de declaraciones carentes de entonación o inflexiones daba poco tiempo a los espectadores para digerir o reflexionar sobre lo que estaban oyendo. No actuaban «como» sus personajes, sino que más bien parecían estar poseídos por ellos, viendo suprimidos sus propios hábitos miméticos por alguna fuerza externa que los esclavizaba, como en los «modelos» de Robert Bresson⁴¹. La música –que había desempeñado una función cuasi operística en *Viva L'Italia!* y las primeras obras neorrealistas– se mantenía en un mínimo sonoro, prescindiendo del temor y de la compasión junto con la representación actoral de la vida interior. Los personajes ofrecían sus disertaciones ante un fondo como de cuadro

⁴¹ Véase Robert Bresson, *Notes on the Cinematographer*, Los Ángeles, 1997. El mejor análisis formal de las películas pedagógicas de Rossellini es el de Adriano Aprà, «Rossellini's Historical Encyclopedia», en D. Forgacs *et al.*, *Rossellini: Magician of the Real*, *cit.*; sobre las relaciones de Rossellini con la enseñanza histórica, véase D. Forgacs, «Rossellini's Pictorial Histories», *Film Quarterly*, vol. 6, núm. 3, primavera de 2011, pp. 25-36.

pintado; los trajes y el diseño del escenario se mantenían en el mínimo necesario para lograr cierta verosimilitud.

La *mise-en-scène* comprendía una sucesión de largas tomas, con sinuosos movimientos de la cámara extendidos además por el uso de un zoom a control remoto –invento de Rossellini–, renunciando casi por completo a la técnica estándar de alternar entre las declaraciones de los personajes como sugerencia de un «punto de vista» naturalizador. Comprensiblemente, algunos críticos entendían esto como una estrategia brechtiana para distanciar al espectador, pero el propio Rossellini se mofaba de esa idea: al crear un cine sin actuación o interés dramático no trataba de destruir las convenciones cinematográficas en nombre de una crítica radical de la representación, sino de devolver a la palabra y la imagen su significado inmanente⁴².

Ocho horas para la educación

A diferencia de los artistas de la vanguardia histórica, Rossellini no trataba de organizar una nueva praxis de la vida basada en el arte, sino que más bien quería conferir un nuevo propósito al espacio-tiempo ocupado, bien por los productos de la industria cultural o por las obras de arte modernas, esto es, al tiempo de ocio doméstico. Con la precisión de un planificador utópico, explicaba: «Tenemos a nuestra disposición veinticuatro horas cada día; ocho se dedican al trabajo y otras ocho al descanso. Quedan otras ocho, sin contar los fines de semana, para aprovechar los medios audiovisuales en beneficio de nuestro enriquecimiento»⁴³. Mantenía la distinción entre tiempo de trabajo y de ocio, intentando no estetizar el primero ni acercar el segundo al trabajo. Dirigiéndose a un público cuyo tiempo de ocio transcurría ahora en buena medida en casa, más que en el cine o en algún otro lugar público, Rossellini tomaba como punto de partida el tipo de sujeto contemplativo creado por la industria de la cultura en la era de la televisión. Aunque pretendía usar como instrumento los medios de comunicación de masas, no trataba de crear un nuevo tipo de cultura de masas, tal como había intentado la

⁴² En una entrevista concedida en 1974, Rossellini reaccionó con indignación a la insinuación de que el estilo de actuación en *L'età di Cosimo de Medici* era deliberadamente artificial, respondiendo: «No sé hacerlo de otro modo. Quizá eso significa que soy idiota». Véase T. Gallagher y J. Hughes, «Roberto Rossellini: "Where are We Going"», en R. Rossellini, *My Method*, cit., p. 239.

⁴³ R. Rossellini, *Fragments d'une autobiographie*, cit., p. 40.

vanguardia histórica. Rossellini entendía que sus películas pedagógicas debían ser vistas, no por las «masas», sino más bien por un espectador contemplativo aislado, ya que «el público ve una obra en el cine con una mentalidad de masas; con la televisión, el espíritu crítico del individuo está más acentuado»⁴⁴. Aunque insistía en negar la autonomía del arte y exigía que éste fuera útil, inscribía su proyecto en las propias condiciones que hicieron del arte burgués una experiencia individualizada, autónoma y doméstica, un medio que negaba los aspectos más propios del cine –carácter de masas, contemplación en público, *shock* estético–, al que algunos, en particular Walter Benjamin, habían visto en otro tiempo la capacidad de subvertir la función social primigenia, precinematográfica, de la obra de arte.

Cabría considerar esas contradicciones como señal del inevitable fracaso del proyecto de Rossellini o como síntoma de la incapacidad de cualquier esfuerzo similar para escapar de sus condicionamientos históricos determinantes; pero puede ser más productivo examinar cómo los mismos atributos que lo distancian de la vanguardia histórica constituyen no sólo síntomas, sino también esfuerzos estratégicos para evitar el destino de ésta. Bürger argumentó que en la década de 1960 ya no era posible emplear con éxito las tácticas de la vanguardia histórica, en primer lugar porque sus ataques al «arte como institución» habían sido ya absorbidos y neutralizados por la institución; y en segundo, porque el triunfo de la industria de la cultura había transformado la falta de autonomía del arte en un instrumento de sometimiento más que de emancipación, y había logrado combinar las praxis del arte y de la vida en sus propios términos comercializados⁴⁵. Cualquier intento adicional de conseguir esos objetivos corría simplemente el riesgo de duplicar los productos de la industria cultural, más que de oponerse a ellos.

El rechazo por Rossellini de la estética podría indicar pues un intento de evitar tal integración por la industria cultural. Para él la estética no era una cuestión de juego, una ruta hacia un tipo distinto de conocimiento o un tipo de experiencia que pudiera generar un nuevo mundo combinándose con la praxis de la vida, sino que era lo opuesto al conocimiento, al que solo remedaba con formas ilusorias, engañosas, como en el reino de las sombras de Platón. Con respecto a *La prise de pouvoir par Louis XIV*

⁴⁴ E. Bruno (ed.), R. R.: *Roberto Rossellini, cit.*, p. 117.

⁴⁵ P. Bürger, *Theory of the Avant-Garde*, cit., p. 54.

(1966), Rossellini se lamentaba de que contuviera «demasiadas tomas hermosas para que tenga éxito»⁴⁶. El poder de la estética, esgrimido con tanto éxito por Luis XIV y mostrado en la película de Rossellini, estaba siendo ahora totalmente integrado en las estructuras de poder existentes, las mismas que el director trataba de dismantelar. «En definitiva, no hay nada más peligroso que la estética», escribiría poco antes de su muerte. «Siempre apoya al dinero, porque ella misma tiene necesidad de dinero para prosperar. Es siempre en las escalinatas del palacio donde acampa la estética»⁴⁷.

La dimensión estética, que en otro tiempo había sido la propiedad instrumental del arte para crear una nueva cultura utópica, había quedado obsoleta. La única esperanza del arte era rechazar toda la estética. En esa estrategia encontramos uno de los movimientos que Jacques Rancière señalaba como constitutivos del «régimen estético» del arte: cuando «todo se convierte en artístico, [...] el sensorio del arte y el de la vida cotidiana no son más que la eterna reproducción del “espectáculo” en el que la dominación se ve a la vez reflejada y negada». Como respuesta, el arte «debe escapar del territorio de la vida estetizada y establecer una nueva frontera, que no se pueda cruzar»⁴⁸. El arte se distinguiría de la vida estetizada desestetizándose a sí mismo. Pero tal giro parecía condenar al fracaso el proyecto de Rossellini: las películas pedagógicas, por mucho que esperaran alcanzar la misma audiencia que las de los típicos programas de televisión, exigían que la audiencia rechazara los placeres que tales programas generalmente prometen. Rossellini, para invocar la imagen de Horkheimer y Adorno, insistía en que Ulises no solo permaneciera firmemente atado al mástil, sino que también tuviera sus oídos bloqueados con cera contra el canto de las sirenas⁴⁹. A diferencia del protagonista de la *Dialéctica de la Ilustración*, el Ulises de Rossellini no iba a cosechar en ningún sentido los frutos de la estética.

⁴⁶ Mario Garriba, «Cinema anno zero», en *Filmcritica*, núm. 374, mayo de 1987, p. 235.

⁴⁷ R. Rossellini, *Fragments d'une autobiographie*, cit., p. 18.

⁴⁸ Jacques Rancière, «The Aesthetic Revolution and its Outcomes», *NLR* 14, marzo-abril de 2002, pp. 146-147.

⁴⁹ Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialectic of Enlightenment*, Stanford, 2002, pp. 35-62.

El rescate de la razón

Rossellini interiorizó la suspicacia frente a la estética, pero paradójicamente mantenía la fe en un arte utópico. La coexistencia de esas dos creencias era el resultado de un punto ciego, una concepción ahistórica del arte que separaba su función y eficacia del contexto histórico en el que se desplegaba. Rossellini no relacionaba la viabilidad de un arte de vanguardia con la correspondiente fuerza política. Su proyecto dependía de un rechazo que cambiara las condiciones históricas que habían hecho imposible la creación de un arte utópico útil, y estaba plenamente convencido de que las coordenadas que lo harían posible existían todavía. Su fe en lo que podía parecer un proyecto de televisión imposiblemente utópico se basaba en dos concepciones bien definidas pero mutuamente contradictorias de lo moderno. Para Rossellini no se trataba de que hubiera aspectos buenos y malos de la modernidad, sino más bien que la modernidad buena y la mala eran conjuntos concretos de fenómenos completamente separables, encontrando ambos su representación en las películas pedagógicas. La mala modernidad, para Rossellini, era la sociedad alienada que creía ser racional cuando de hecho era más irracional que nunca: «Proclamamos ser positivistas y racionales, pero es falso. Nunca hemos estado tan gobernados por la ignorancia y el recurso a la magia.» Tal irracionalidad encontraba expresión en el arte moderno, que se había convertido en una apología «de lo oscuro, lo enigmático, promoviendo así el culto de lo irracional»⁵⁰.

Bajo la mala modernidad, más en general, toda la producción, tanto material como cultural, se había alejado del conocimiento y la racionalidad. La buena modernidad, en cambio, se caracterizaba por la fuerza emancipadora de la tecnología y la mejora en la calidad de vida que había traído consigo. Ambas modernidades tenían sus propias «máquinas», como se demostraba en *La lucha del hombre por la supervivencia*: la racionalidad de la Ilustración encontraba su manifestación material en una serie de máquinas metálicas que hacían su trabajo libres de la interferencia humana, con «cada movimiento calculado y planificado», materializando «la organización científica del trabajo». La mala modernidad estaba representada por una serie de objetos artísticos parecidos a máquinas localizados en el espacio de una galería, mientras que la

⁵⁰ R. Rossellini, *Fragments d'une autobiographie*, cit., p. 30; y *Utopia autopsy* 1010, cit., p. 29.

voz en *off* subrayaba que «el verdadero arte popular ha sido suplantado y destruido por el kitsch, esto es, por la industria cultural». El contraste subrayaba la naturaleza fetichista de la Ilustración de Rossellini, en la que el pasmo ante la pura fuerza productiva y una apreciación estética por los movimientos de las máquinas superaban la preocupación por el valor de uso de tales tecnologías. Cuando el elogio de la razón de Rossellini cobraba forma cinematográfica, se acercaba a la representación del regreso del mito.

A diferencia de Horkheimer y Adorno, Rossellini no denunciaba los aspectos de la modernidad que veía como traición a los valores de la Ilustración –manipulación de los seres humanos a escala masiva; uso de la tecnología para la destrucción más que para la producción– como el resultado lógico de esos valores; no vinculaba el enorme poder manipulador de la industria cultural con una concepción de la razón instrumental. Desacoplaba los términos de la dialéctica, insistiendo en que se podía separar lo bueno de lo malo. Por otra parte, su intento de negar o reprimir la estética como fuerza de lo irracional podía entenderse como una repetición del esfuerzo de la Ilustración por reprimir el mito y la superstición. Del mismo modo que el mito podría regresar a la Ilustración en forma de metafísica positivista y ahistórica, volvía a emerger en el plan de Rossellini como la metafísica supuestamente racional que imaginaba la «visión pura» en la raíz de todo conocimiento, convirtiendo la ciencia en teología mediante el instrumento idóneo de la lente clara y equilibrada de la cámara cinematográfica.

Tanto en su concepción del arte como de sus acontecimientos y figuras históricas, su forma y su contenido, el proyecto pedagógico de Rossellini conllevaba una operación de salvamento. Su utopía dependía de redimir el pasado para el futuro: «Para dotar a los derechos de cosas hay que poner también historia a los derechos»⁵¹. No era cuestión de representar los hechos con la esperanza de que fueran útiles para el espectador moderno, sino más bien de recrear y reexperimentar la historia desde el principio, de forma que llevara, aunque solo fuera imaginariamente, a un fin diferente, una sociedad utópica en la que pudiera reinar finalmente la razón. En último término, las aspiraciones utópicas más profundas de Rossellini residían no en el esfuerzo de construir un mundo más racional mediante la televisión pedagógica, sino más bien en el deseo

⁵¹ R. Rossellini, *My Method*, cit., p. 160.

—un deseo que correspondía en gran medida a aquel momento histórico particular— de reescribir, y así salvar de su conclusión preventiva, una narración histórica que acababa mal: de hecho, de restablecer una narrativa igual que cualquier otra cosa que a uno le pareciera que se estaba desvaneciendo. ¿Cómo se podría evaluar su éxito o fracaso? Bürger había argumentado que todos los intentos de crear una nueva vanguardia estaban condenados al fracaso, ya que serían inevitablemente absorbidos por el arte como institución y trasladados al espacio seguro de la autonomía, y en ese sentido el proyecto de Rossellini fracasó en cuanto que no llevó a una sociedad utópica ni inspiró una nueva conceptualización del arte y sus funciones. Rossellini ha quedado, no como un pedagogo, sino como un realizador cinematográfico. Su espacio no está en las emisiones nocturnas de televisión, y menos aún en el aula, sino en el espacio más marginal de la historia cinematográfica. Su intento de dar un nuevo propósito al cine, redefiniéndolo como institución, concluyó con su deportación al mundo de la cinefilia, al que pretendía escapar.

Si bien las películas pedagógicas de Rossellini se han emitido con una frecuencia un poco mayor durante la última década, no se han acercado al tipo de presentación que él habría querido, sino que, como señaló Gallagher para la colección Criterion de DVD de cine artístico, o en las retrospectivas de 2006 en el Museo de Arte Moderno o en el Instituto Británico de Cinematografía, sus obras han permanecido encerradas dentro del tipo de instituciones culturales de las que Rossellini había tratado tan esforzadamente de liberarlas. Cabría leer no obstante el fracaso del proyecto de Rossellini y su reappropriación por el mundo del cine artístico como su última validación, como una señal de su éxito al hallar su auténtica identidad como arte tras la muerte de su creador. En tal lectura, la utopía de Rossellini encontraría su valor, no como una perspectiva plausible en sus propios términos, sino más bien como una forma de crítica que gana fuerza precisamente al distanciarse de la praxis de la vida. El proyecto pedagógico, bajo esa luz, parecería después de todo reconciliable con el marco de la modernidad. Ver el proyecto de Rossellini como un éxito demorado, no obstante, sería minimizar su diferencia de las obras de arte contra las que se definía, negarse a reconocer su insistencia anacrónica en la posibilidad de lo imposible, en la necesidad del rescate histórico y la continuidad narrativa. Su significado e importancia no se puede revelar mediante su recuperación por el cine artístico y su transformación *postfacto* en una obra de autor. Solo están plenamente vigentes en un reconocimiento de su fracaso, porque es eso lo que nos

permite reconocer el heroísmo quijotesco del proyecto y afrontar las razones de la dolorosa frustración del deseo utópico al que dieron voz su concepción y ejecución.

Si cabe atribuir algún triunfo al proyecto de Rossellini, está en contar la verdad sobre su época mediante su articulación de un profundo deseo de progreso histórico. Ese reconocimiento debe situarse junto a las lecciones que nos da su fracaso: lecciones sobre la importancia de no responder al desorden con el positivismo y una metafísica reaccionaria, y la indispensabilidad del pensamiento dialéctico. Pero pese a su fracaso, las aspiraciones utópicas del proyecto sugieren irreprimitamente la deseabilidad de un arte que impulsara hacia el conocimiento, y de la posible reunificación de prácticas escindidas por las especializaciones de la modernidad. Y más cercanamente, quizá, nos recuerdan la necesidad de utilizar los medios como instrumento pedagógico y la inevitabilidad de su uso como tal aun cuando se les niegue cualquier función didáctica. El proyecto de Rossellini representa un poderoso ejercicio de imaginación utópica que insiste, aunque sea ingenuamente, en la posibilidad de una forma de producción cultural radicalmente diferente de aquellas con las que estamos familiarizados, iluminando así las formas más cómodas de arte con las que se contentaban otros realizadores cinematográficos y artistas de su época, más complacientes y faltos de ambición. Quienes pretenden devolver el proyecto de Rossellini a la categoría del movimiento cinematográfico moderno, minusvalorando sus aspiraciones utópicas y las condiciones materiales que lo hicieron nacer, hacen un mal servicio a Rossellini y a su legado y devalúan una obra poco reconocida que quizá constituye su logro más significativo.

Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System iv: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, University of California Press, 2011.

JENNIFER PITTS

¿UNA GEOCULTURA LIBERAL?

La serie de Immanuel Wallerstein sobre *The Modern World-System* constituye la pieza central, elaborada durante cuarenta años, de una prolífica y provocadora carrera de amplia gama dedicada a analizar la construcción del orden global contemporáneo, desde lo que considera sus orígenes en el siglo XVI hasta su supuesto desmadejamiento durante las últimas décadas. Un largo intervalo separa el último volumen —el cuarto, en lo que ahora se proyecta como una obra en seis o siete partes— de sus predecesores, publicados originalmente en 1974, 1980 y 1989. Los tres primeros, con nuevos prefacios en los que Wallerstein replica, con su característica seguridad y buen humor, a sus muchos críticos, acaban de ser reeditados por la Universidad de California en una espléndida colección, junto con el volumen IV. Wallerstein vuelve a resumir útilmente su enfoque radicalmente original en el último capítulo, contraponiéndolo a la «visión usual» del largo siglo XIX —de 1789 a 1914— como la época de las revoluciones, y quizá sobre todo de las revoluciones «duales» de Hobsbawm, la francesa y la industrial, que iba a culminar en el choque de las potencias imperiales rivales en la Gran Guerra.

Para Wallerstein, la «llamada revolución industrial» no fue un acontecimiento único centrado en Gran Bretaña, sino tan solo un repunte cíclico de la mecanización de la producción industrial, de un tipo que ya había ocurrido varias veces antes y que se volvería a producir después. Tampoco la Revolución Francesa fue en ningún sentido «burguesa», como suele imaginarse, ya que Francia venía formando parte de la «economía-mundo

capitalista» desde el siglo XVI. Para Wallerstein fue una revolución antipitalista fracasada, un intento final, condenado de antemano, de derrotar la aspiración de Inglaterra a convertirse en nueva potencia hegemónica del sistema-mundo. En su opinión, el sistema-mundo moderno se ha visto impulsado por dos grandes procesos cíclicos: el primero de ellos económico, las ondas de expansión y contracción o estancamiento de Kondratieff, de alrededor de cincuenta años de duración, y el segundo, mucho más lento, que afecta al ascenso y caída de potencias hegemónicas en el sistema interestatal. Su exposición analítica de ese desarrollo en *El sistema-mundo moderno* ha procedido cronológicamente, pero también temáticamente, en una serie de largos periodos en parte solapados.

El primer volumen, «La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea», que cubría el «largo siglo XVI» de 1450 a 1640, describía la creación de una «economía-mundo capitalista» basada en el comercio y la agricultura pero con un sector urbano-industrial creciente, y cuyo núcleo estaba concentrado en la Europa noroccidental, especialmente en Francia e Inglaterra, desde 1559. El volumen II, «El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea», cubría los años 1600-1750 y analizaba el ascenso del Estado burocrático, el surgimiento del sistema interestatal desde 1648 y la rivalidad o pugna por la hegemonía entre sucesivas potencias —neerlandesa, francesa, inglesa—, como procesos que consolidaron la «economía-mundo capitalista» en el centro pese al estancamiento económico general del siglo XVII. El volumen III, «La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista» cubría desde mediados del siglo XVIII hasta la década de 1860. Después de desechar cordialmente todas las explicaciones existentes de la expansión colonial, la industrialización capitalista y 1789, Wallerstein se centraba en la lucha por la hegemonía en el sistema-mundo entre Gran Bretaña y Francia, ganada por la primera en 1815, y la incorporación a su periferia o semiperiferia de grandes zonas antes ajenas a la «economía-mundo capitalista».

La última entrega hasta el momento de la serie (el volumen IV), «El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914», parte de esa construcción llamativamente original, y por supuesto muy impugnada. En el prefacio Wallerstein escribe que cada volumen ha sido pensado como unidad independiente y no solo como parte de la serie, y seguramente conviene tomárselo en serio. Pero el resultado de haber cubierto casi el mismo periodo en el volumen III desde una perspectiva político-económica priva a este estudio del liberalismo del siglo XIX de cualquier consideración de los papeles que el ascenso del capitalismo industrial, la trata de esclavos o la expansión colonial pudieran haber desempeñado en él, dándole un extraño carácter anticuado, como una obra sobre la historia diplomática e intelectual de Europa occidental cuya fuerza motivadora fuera la voluntad

política de sus gobernantes. Tras la iconoclasia historiográfica de los volúmenes anteriores, Wallerstein vuelve aquí a una narrativa más convencional, viendo la Revolución Francesa como línea divisoria ideológica del orden moderno y recorriendo sus ramificaciones, sobre todo en Francia y Gran Bretaña, a través de la creación de los Estados liberal-parlamentarios, las revoluciones de 1848, el crecimiento y contención de los movimientos obrero y feminista, y la creación de las ciencias sociales modernas, con lo que llega hasta las vísperas de la Primera Guerra Mundial.

«El triunfo del liberalismo centrista» desarrolla temas que Wallerstein había comenzado a exponer en ensayos de principios de la década de 1990, en particular las ideas de una «geocultura» y del liberalismo como doctrina centrista que a lo largo del siglo XIX engulló a sus rivales, conservadurismo y radicalismo, para convertirse no solo en la ideología dominante del sistema-mundo, sino realmente en la única, una cultura mundial sin exterior. Aunque la «economía-mundo capitalista» llevaba existiendo en sus rasgos esenciales casi tres siglos en el momento de la Revolución Francesa, Wallerstein ha argumentado repetidamente que todavía carecía de una «geocultura legitimadora». En torno a las batallas de 1789-1815 surgió una «trinidad» de ideologías en competencia: conservadurismo, radicalismo y liberalismo. El «liberalismo centrista» no solo triunfó sobre las otras dos, sino que también las englobó dentro de la estructura que constituyó y dominó. Wallerstein insiste en que no ofrece una exposición del liberalismo como filosofía política, como «metafísica de la buena sociedad», sino como ideología, esto es, «una metaestrategia política» que pretendía contrarrestar tanto las exigencias radicales de soberanía popular como el conservadurismo restauracionista desencadenado por la Revolución Francesa; y que se planteó por tanto como «centrista» desde el principio. Fue la propia vaguedad conceptual del liberalismo –su amplia variedad de significados, económicos, políticos y sociales– lo que le permitió «asegurarse el máximo apoyo».

El principal objetivo del liberalismo centrista era reformar el Estado para hacerlo propicio al capitalismo, y en el segundo capítulo Wallerstein expone el «proyecto de crear y consolidar el Estado liberal» entre 1815 y 1830 en Gran Bretaña y en Francia, esto es, el «centro» del sistema-mundo, gracias a la deliberada rehabilitación de Francia por Castlereagh tras el Congreso de Viena. Wallerstein traza un llamativo paralelismo entre los acontecimientos en ambos países, donde, siguiendo la fórmula liberal tal como él la ve, «la represión va seguida de la reforma política como mejor garantía de la estabilidad». Así, a Peterloo y la restauración borbónica les siguen la Revolución de Julio de 1830 y la Ley de Reforma de 1832 en Gran Bretaña. En el año revolucionario de 1830 se produjeron levantamientos en Polonia, Hungría y Bélgica, pero fue únicamente éste último el que recibió apoyo de la diplomacia anglo-francesa ya que, según argumenta

Wallerstein, británicos y franceses compartían el interés en promover un Estado liberal e industrial. Su éxito en Bélgica contribuyó a afianzar una geografía ideológica dividida en Europa, con un «occidente liberal» económicamente avanzado y militarmente poderoso, y un «oriente autocrático» más atrasado.

En el tercer capítulo expone el giro a la derecha del liberalismo, desde su punto de partida de centroizquierda en torno a 1815, como adversario de la reacción *tory* y los legitimistas franceses, asumiendo el papel de contener los desafíos antisistémicos al Estado capitalista. Cuando el socialismo emergió como rival después de 1830, el liberalismo vio «debilitadas sus credenciales de izquierda» aunque los liberales siguieron insistiendo en su lugar en el centro proclamando la «normalidad» del cambio político, promoviendo «progreso y orden» y definiendo los extremos como aquéllos que se resistían al cambio o exigían transformaciones políticas peligrosamente rápidas. Durante las décadas intermedias del siglo XIX el Estado liberal se dedicó, según argumenta Wallerstein, a legitimar el papel político de la burguesía y a reprimir las aspiraciones de la clase obrera, pero el «desorden provocado por los severos declives económicos» se demostró difícil de gestionar por los liberales, como iban a demostrar las revoluciones de 1848. Wallerstein hace notar el apoyo de a los «liberales de izquierda» como John Stuart Mill con respecto a la Revolución de 1848 en Francia, pero al presentar a Napoleón III como auténtico representante del «centro liberal» rebaja, aquí como en otros lugares, los aspectos emancipadores del liberalismo. En una larga discusión sobre la ciudadanía liberal examina las estrategias de exclusión y división con las que el liberalismo enmascaraba la tensión central del capitalismo entre su compromiso declarado con la igualdad y la «polarización cada vez más aguda de las oportunidades y satisfacciones en la vida real que ha sido su resultado». El concepto inclusivo de ciudadanía legado por la Revolución Francesa se transformó, según Wallerstein, en otro exclusivista, que creaba distinciones entre ciudadanos activos y pasivos, nativos y extranjeros, hombres frente a mujeres y blancos frente a negros; su resultado fue cooptar a sectores importantes de la clase obrera.

El mayor triunfo de la «geocultura» liberal fue la creación de «todo un nuevo sector del conocimiento», con el surgimiento de las ciencias sociales modernas. La historia fue la primera disciplina entre las humanidades en proponerse como ciencia, con la aspiración de Ranke a la objetividad. Wallerstein sigue a continuación el surgimiento paralelo en Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña y Estados Unidos de «disciplinas especializadas del presente» durante la década de 1890: la «trinidad» de la economía, la sociología y la ciencia política, con sus distintas esferas de estudio: mercado, sociedad civil y Estado. Economistas neoclásicos como Alfred Marshall y Léon Walras, sustituyeron la «magnífica dinámica» de los economistas políticos

clásicos, desde Adam Smith a Marx, por la «resolución de problemas» y «una voz en la elaboración de la política». Siguiendo a Émile Durkheim en Francia y Albion Small en Estados Unidos, los sociólogos trataron de desarrollar políticas reformistas para la estabilización social. Sciences Po en París, la London School of Economics y la Facultad de Ciencias Políticas de Columbia trataron de ofrecer una formación profesional para los cuadros del Estado liberal en la diplomacia y el alto funcionariado. Las nuevas ciencias sociales se esforzaron por sistematizar lo que supuestamente constituía el cambio social y político «normal» y por frustrar las aspiraciones populares «antisistémicas» de una transformación más radical.

Un rasgo notable del «triumfo del liberalismo centrista» es la abundancia de citas; durante largos párrafos, casi cada frase incluye una larga cita entre comillas. El enfoque interdisciplinario de Wallerstein ha dependido siempre mucho de la investigación primigenia de otros; de hecho, su larga agenda historiográfica incluye una crítica de la especialización académica. Se queja con razón en la nueva Introducción al volumen I de *El sistema-mundo moderno* de que su obra temprana fuera menospreciada por los especialistas en diversas disciplinas: economistas e historiadores compartían la opinión de que un sociólogo no tenía nada que decir escribiendo historia económica, y los especialistas de varias regiones objetaban que el libro estaba basado en fuentes secundarias. Su contundente respuesta es que el giro importante que efectuó en la unidad de análisis, pasando del Estado-nación a «sistemas» mucho más amplios, requería tal trabajo interdisciplinario a grandes rasgos. Sin embargo, la proporción en que el análisis de su volumen IV recurre a otros estudiosos, especialmente en los primeros capítulos sobre la diplomacia y la reforma política anglo-francesa, sugiere hasta qué punto no se siente aquí en su propio terreno. En ese sentido el último volumen contrasta con sus predecesores, en los que se centraba más bien en el comercio y la demografía. Allí la teorización era en gran medida propia; sondeaba la literatura existente en relación con diversas afirmaciones analíticas y luego las valoraba, mientras que los estudios especializados eran tratados como datos a ser consultados. Aunque haya que dar la bienvenida a la escala conceptual de *El sistema-mundo moderno*, no cabe sino señalar que su mayor logro no se halla precisamente en la historia intelectual y política del siglo XIX. En el volumen IV la voz de Wallerstein es más audible y segura en los capítulos sobre los conflictos de clase y las ciencias sociales; en los primeros, especialmente, su análisis de las tasas de producción y de la rivalidad interestatal a lo largo de los ciclos de Kondratieff se parecen más a los volúmenes anteriores.

¿Cómo deberíamos entender, más en general, sus afirmaciones de que la «economía-mundo capitalista» llegó a desarrollar lo que llama una «geocultura» y de que durante el siglo XIX se produjo el ascenso a la hegemonía

en ella del «liberalismo centrista»? Si aceptamos la idea propuesta en los volúmenes anteriores de la serie de que ya mucho antes de la cota imperial de finales del siglo XIX existía un sistema-mundo con su centro en la Europa noroccidental, ¿qué mostraría al respecto un volumen sobre el «largo siglo XIX»? Wallerstein reconoce una intensificación de los lazos en el sistema existente durante ese periodo, cuando zonas que habían sido exteriores a la «economía-mundo capitalista», como el imperio otomano, se incorporaron a su división del trabajo como regiones periféricas —esto es, áreas de las que las economías «centrales» extraían una gran cantidad de plusvalor— con desastrosas consecuencias para esas regiones, incluidos el catastrófico declive de la industria y la enorme transferencia de plusvalor hacia el centro, al verse sometidas al imperativo fundamental del sistema, la «acumulación sin fin de capital»; éste fue el tema que desarrolló en el volumen III. El principal argumento aquí es que, con la base material del sistema ya bien asentada, su desarrollo clave durante el siglo XIX fue el intelectual y cultural: el desarrollo y afianzamiento del liberalismo centrista en Gran Bretaña y Francia como geocultura hegemónica.

¿Hubo, como arguye Wallerstein, una geocultura dominante en el siglo XIX? ¿Qué significa que algo sea calificado como geocultura, esto es, constituye una categoría analítica útil? ¿Y qué aporta esa geocultura al sustrato económico, que según Wallerstein precedió en varios siglos a su formación? Wallerstein ha insistido siempre en que el término *mundo* en su expresión distintiva no se refiere al planeta en su totalidad, sino que más bien transmite la idea de que los sistemas en cuestión son mundos relativamente cerrados sobre sí mismos. Pero el «sistema-mundo moderno» que ha sido el foco de su obra ha llegado de hecho a englobar todo el planeta, y cabe pensar que si le interesaba era precisamente por eso. El término «mundo» y la idea de una geocultura sirven por tanto a un doble propósito, describiendo la naturaleza totalizadora del sistema para quienes lo habitan y también su trayectoria globalizadora. Además, dado que el relato económico central que Wallerstein quiere contar sobre el sistema-mundo durante este periodo, expuesto en el volumen III, es la incorporación de zonas externas a la «economía-mundo capitalista» como regiones periféricas, es sorprendente lo poco que parece tener que decir sobre ello el liberalismo como ideología legitimadora del capitalismo. Wallerstein ha argumentado enérgicamente en otros lugares, en particular en su conciso y perdurable *Historical Capitalism* (1983), que la principal característica del capitalismo ha sido el imperativo «implacable y curiosamente asocial» —y en último término insensato, contradictorio y salvajemente destructivo— de la acumulación sin fin. Pero no queda claro en el volumen IV de qué modo sirvió el liberalismo, como geocultura del capitalismo, para legitimar esa característica clave del capitalismo, o en qué medida pretendían sus principales portavoces que lo hiciera.

Una geocultura, según la propia definición de Wallerstein, atañe a «valores ampliamente compartidos en todo el sistema-mundo»; considerar el liberalismo como una auténtica geocultura en el siglo XIX –y hasta valorar su influencia en sus principales exponentes en Europa occidental– requeriría atender al carácter transnacional, imperial e incluso global del liberalismo. Wallerstein parece asumir que basta estudiar las contiendas políticas de la burguesía en Europa occidental contra sus adversarios a la izquierda y a la derecha, para captar la geocultura del sistema; no nos dice qué debemos pensar sobre la relación entre la expansión imperial y el desarrollo de la ideología liberal. Pero el hecho de que el liberalismo se desarrollara precisamente cuando la hegemonía global de Europa se iba afianzando, y precisamente en esos centros dominantes, es profundamente reveladora para la configuración que adoptó, para sus preocupaciones y para la imagen de sí mismo. Wallerstein no ignora que el liberalismo que se estaba forjando durante ese periodo era conscientemente transnacional: los liberales británicos y franceses en los que se centra estaban profundamente implicados en acontecimientos como la pugna griega por la independencia, y en menor medida por los movimientos nacionalistas liberales en Bélgica, Polonia y Hungría; desde un principio entendían el liberalismo como un movimiento, como poco, a escala europea. Jeremy Bentham fue quizá particularmente peculiar en cuanto al alcance auténticamente global de su correspondencia personal, pero su interés en contrastar ideas sobre la reforma radical con quienes compartían su pensamiento –desde Rammohan Roy en Bengala hasta Hassuna D’Ghies y Hamdan Khodja en África del norte, desde Jean Pierre Boyer, presidente de Haití, hasta Simón Bolívar y otros liberales anti-colonialistas sudamericanos– es una muestra del sentido de misión global de los liberales con respecto a su programa. El liberalismo se desarrolló pues mucho más directa y explícitamente de lo que parece sugerir la exposición de Wallerstein como ideología legitimadora de la hegemonía global de Europa occidental.

En una de las pocas menciones en el volumen IV sobre el mundo fuera de Europa, Wallerstein argumenta que «todos los debates que constituyeron subsecuentemente la memoria histórica central de los movimientos sociales obreros mundiales y se convirtieron en referencia del discurso prácticamente en todas partes», habían tenido lugar inicialmente en Francia y Gran Bretaña. Esto puede ser verdad casi por definición si se considera el movimiento obrero en términos de una clase obrera industrial organizada; pero movimientos radicales fuera de Europa, desde la Revolución Haitiana en adelante, combinaron la referencia a las ideas europeas con nuevas críticas de la opresión social, imperial y racial que también contribuyeron al desarrollo de lo que se podrían llamar geoculturas, unas de sello reformista-liberal y otras más radicales. De hecho, la contraposición entre liberalismo y

radicalismo en el siglo XIX no es tan marcada como pretende Wallerstein, tal como sugiere su propia alusión a la agitación liberal-radical y romántica en favor de la independencia griega. Wallerstein despacha a los «socialistas en países coloniales» con una breve referencia a un único nacionalista irlandés; las posiciones de los socialistas europeos sobre cuestiones coloniales solo obtienen un par de párrafos. Incluso quienes apoyaban las luchas anticoloniales las veían como un «combate menor», dice Wallerstein citando a otro autor; quizá nuevos volúmenes revelarán si eso es también cierto en su caso.

En su larga carrera, las contribuciones más valiosas de Wallerstein han examinado el ámbito espacial y temporal apropiado del análisis histórico, así como la cuestión de los límites y las periodizaciones. Criticó sagazmente la práctica de la historiografía centrada en el Estado, arraigada en el siglo XIX y dominante durante gran parte del XX, como miope e inadecuada para el estudio de importantes cuestiones sobre las transformaciones en el mundo moderno; y también anacrónica, en cuanto que tomaba las fronteras de los Estados-nación modernos como límites idóneos para el estudio de periodos iniciados mucho antes. Criticó igualmente los estudios marxistas ortodoxos que se centraban en las luchas de clases *en* distintos Estados como determinantes claves de las condiciones económicas y políticas, en lugar de analizar pautas sistémicas en amplias zonas geográficas conectadas mediante vínculos comerciales y de comunicación. Dados esos rasgos característicos, quizá el más desconcertante del volumen IV sea su concentración decididamente estrecha sobre los acontecimientos sucedidos en Francia y Gran Bretaña. El proyecto general de Wallerstein ha sido acusado de eurocentrismo, en particular por su colaborador durante mucho tiempo André Gunder Frank, para quien Wallerstein permanecía más atrapado de lo que él creía en el pensamiento convencional que pretendía refutar; al escoger el siglo XVI como momento fundacional, Wallerstein convirtió a Europa en el motor de la modernidad, mientras que Frank, sobre todo en *Re-Orient* (1998), mantenía que un marco temporal más apropiado de cinco mil años situaría a China en el centro y relegaría a Europa a un lugar más justificado en la periferia. Pero aun aceptando los postulados básicos de Wallerstein, con la cesura histórica clave que separaría el orden capitalista moderno de otro premoderno, y con Europa occidental como el centro del nuevo sistema, el ámbito de este último volumen es sorprendentemente restringido. El problema no está exactamente en que el libro sea eurocéntrico, ya que según Wallerstein el motor impulsor del sistema-mundo capitalista fue la economía de Europa occidental, sino más bien que dedica muy poca atención al logro internacional de su hegemonía, a las aspiraciones globales del liberalismo y a sus diversas consecuencias para distintas partes del orden mundial (centro, periferia y semiperiferia, para usar la terminología de Wallerstein, ahora prácticamente indiscutida). Quien no supiera que este libro fue escrito por

el principal progenitor de la teoría de los sistemas-mundo, estaría tentado a conjeturar que su autor habría escrito una historia totalmente diferente del siglo XIX de haber conocido esa teoría.

Atendiendo a su enorme bibliografía —más de 70 páginas, con más de 1.500 referencias—, parece que gran parte de la investigación para «El triunfo del liberalismo centrista» se realizó a finales de la década de 1980 o principios de la de 1990, quizá al mismo tiempo que preparaba el volumen III. En cualquier caso, Wallerstein no parece conocer las nuevas obras más importantes sobre el liberalismo en la historia global. Aunque muchos de sus autores parecen devolverle su aparente indiferencia, vale la pena preguntarse qué podrían decirse mutuamente esa literatura y los análisis de los sistemas-mundo. «El triunfo del liberalismo centrista» podría confrontarse en particular con *The Birth of the Modern World* (2004) de C. A. Bayly y otros trabajos suyos más recientes, que hablan de «un momento constitucional liberal global» a mediados del siglo XIX. Tanto Wallerstein como Bayly lo ven como el periodo en que Gran Bretaña consolidó su hegemonía global; ambos han intentado articular una alternativa a la pretensión de que una revolución industrial, con centro en Inglaterra e impulsada por el capitalismo, fue su principal fuerza motriz. Allí donde Wallerstein argumenta que la incorporación de nuevas regiones periféricas tuvo lugar bajo la iniciativa de los europeos, Bayly ha insistido en el protagonismo de las poblaciones colonizadas, así como en varios factores de «arrastre» como el hundimiento del imperio Mogol en India en el siglo XVIII, que ofreció las condiciones para la invasión europea. La obra de Bayly sugiere que cabe hablar de una geocultura liberal durante el siglo XIX en un sentido mucho más amplio que el que presenta Wallerstein, con seguidores en India, las Américas y el mundo árabe, así como en partes de Europa oriental y meridional, a los que Wallerstein no menciona. Podría decirse no obstante que el libro de Bayly adolece de una carencia opuesta; en una reseña en 2007 en esta revista, Vivek Chibber comentaba la paradoja de que «el capitalismo desaparece de la historia de Bayly en proporción más o menos inversa a su extensión por todo el globo»: «justo cuando más importa la economía del sistema-mundo como principio explicativo, prácticamente desaparece de su análisis».

Wallerstein escribe, por supuesto, como crítico irreductible del liberalismo. En otros lugares, por ejemplo en su ensayo de 1993 *La agonía del liberalismo*, lo ha descrito como una ideología fundamentalmente antidemocrática y de hecho «aristocrática», que aspira a preservar el dominio de los instruidos sobre las «clases peligrosas». En el volumen IV argumenta que lo hizo principalmente sobornando a la clase obrera blanca con el sufragio masculino y un Estado del bienestar limitado, aunque también fomentara diversas formas de exclusión nacional, cultural y racial a fin de asegurar que una capa clave de trabajadores tuviera un lugar dentro del orden privilegiado.

Por otro lado, argumenta, el liberalismo tranquilizó e integró a los aristócratas más reaccionarios prometiéndoles que la reforma sería gradual y por tanto menos amenazadora. Aunque no pretende minimizar las violentas pugnas políticas de los siglos XIX y XX, la narración de Wallerstein sugiere un triunfo bastante fácil del «*statu quo* moderado» del liberalismo sobre sus rivales de derecha y de izquierda. El resultado es un texto que minimiza tanto las aspiraciones emancipadoras de los liberales durante el siglo XIX, como su visión radicalmente diferencial de las capacidades y destinos de los europeos y de sus súbditos coloniales. Así hace al liberalismo menos interesante y menos contradictorio de lo que fue, y al mismo tiempo mucho menos global e imperial de lo que consideraban sus propios partidarios.

En este volumen Wallerstein prefiere no examinar las consecuencias del liberalismo del siglo XIX para periodos posteriores, incluido el nuestro; pero aunque nunca menciona el neoliberalismo contemporáneo, éste puede estructurar tácitamente su presentación de formas anteriores del liberalismo, ya que el neoliberalismo opera mucho más abiertamente y sin ambigüedad como la ideología legitimadora del capitalismo que para Wallerstein ha sido siempre su auténtica vocación. Sin embargo, el liberalismo, tal como iba siendo configurado por sus partidarios durante el siglo XIX, tenía muchos objetivos, entre los que la legitimación del capitalismo era solo uno; igualmente importantes eran la promoción de la moral individual y la autonomía intelectual, y la acomodación no violenta de la llegada inevitable de la democracia que los liberales esperaban con auténtica ambivalencia —esto es, con tanta preocupación como entusiasmo—, como el único dispositivo político aceptable para el mundo moderno. El neoliberalismo ha arrumbado en gran medida esas otras aspiraciones. Wallerstein lleva seguramente razón en que la propia ambigüedad del liberalismo clásico y sus múltiples significados eran un pilar de su aguante ideológico; privado de ellos, su heredero parece cada vez más empobrecido.

Anne Middleton Wagner, *A House Divided: American Art since 1955*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 2012

BARRY SCHWABSKY

A LA SOMBRA DE LA BANDERA

Al volver recientemente a Estados Unidos, tras diez años viviendo en el extranjero, descubrí que me había permitido olvidar ciertos hechos acerca de este país. Algunos los recuperé con toda su fuerza el pasado verano, viendo lo que logré soportar de las dos grandes convenciones para nombrar candidato presidencial. Fue un choque que me recordasen lo irreal que se vuelve el resto del mundo, tanto en la retórica de los republicanos como en la de los demócratas. Cada orador tenía una anécdota similar de cómo una madre, un abuelo o cualquier otro antepasado había escapado, a pesar de indecibles riesgos y dificultades casi insuperables, de algún inhóspito país extranjero –Italia, Cuba, México, el que fuese– para encontrar una nueva vida, salir adelante y conseguir el santo grial, un pequeño negocio, en el mejor país de la tierra. Si era republicano, el bisabuelo lo había logrado a golpe de arrojo personal y determinación; para los demócratas, este éxito reconfortante se había obtenido gracias a la mano amiga de una Administración pública generosa, que quizá fuese grande, pero por Dios santo, nunca demasiado grande. Igualmente, en los resúmenes al final de los últimos debates televisivos entre los candidatos, el titular hablaba como representante de «la única nación indispensable», que su adversario después calificaba como «la esperanza de la tierra». El resto del mundo se presentaba sencillamente como un lugar del que huir.

El excepcionalismo estadounidense tal vez no sea muy evidente entre la gente corriente, para la que la movilidad ascendente escasea hoy en día, o en Wall Street, donde el legendario 1 por 100 entiende que su destino está más

profundamente entrelazado con el de sus parientes de la City londinense o de Hong Kong, y sus cuentas en las islas Caimán, que con el de sus paisanos menos prósperos. Pero la cuestión de la nación —su carácter, sus fracturas— puede conservar cierta tracción en el arte. Anne Middleton Wagner ofrece su nueva colección de artículos, *A House Divided: American Art since 1955*, en la que explora el «carácter del arte en Estados Unidos» durante el pasado medio siglo de dominio mundial estadounidense, y por lo tanto en una cultura «más o menos sinónima» de la exportación y el imperio. «¿Cómo se ha experimentado —pregunta la autora— la hegemonía estadounidense *desde el interior*, como modeladora de los patrones fundamentales de producción artística, por no decir del tejido de la vida cotidiana?». ¿Fueron la pintura y la escultura participantes entusiastas en el nuevo equilibrio de poder? O, si fueron capaces de proporcionar «algún espacio aparte» del imperio, ¿qué ofreció ese espacio?: «¿Disensión? ¿Individualidad? ¿Para quién?». ¿Fueron los sueños de libertad y autonomía particularizados de hecho, en este país profundamente dividido, o «derivó el verdadero tema del arte estadounidense, en su momento culminante, del problema de la pertenencia, del ineludible influjo ejercido por la nación y la bandera?». El título de Wagner, con su mirada de reojo a Lincoln —«Una casa dividida contra sí misma no puede sostenerse»— evoca inevitablemente una nacionalidad sometida a presión; en manos de la autora gana fuerza, revive, esa antigua metáfora del Estado como hogar. «¿Por qué deberíamos creer que los poderes y las persuasiones de Estados Unidos se han ejercido solo en el extranjero, o en el ámbito público?». Por el contrario, ella presta atención a asuntos internos y domésticos.

Las interfaces de arte y nación, estética e imperio, no son temas nuevos para Wagner, aunque los había abordado inicialmente en el contexto más delimitado y asequible del viejo mundo. Su primer libro estaba ambientado en Francia: *Jean-Baptiste Carpeaux: Sculptor of the Second Empire*, publicado en 1986, ofrecía un análisis pormenorizado de la biografía de un artista concreto, entrelazada con los marcos institucionales de las décadas de 1850 y 1860. Consiguió mostrar a Carpeaux como una figura representativa en ambos sentidos de la palabra: típica y definitiva, justificando así la decisión tomada por Wagner de omitir de su subtítulo el artículo indefinido; Carpeaux no era meramente *un* escultor del Segundo Imperio sino, implícitamente, *el* escultor, que había creado «una obra perfectamente adaptada a la vida contemporánea» y, al hacerlo, había «resucitado el arte de la escultura» en Francia. Una década después, con *Three Artists (Three Women): Modernism and the Art of Hesse, Krasner and O'Keeffe* (1996), Wagner se trasladó al mundo anglófono del siglo xx. En él observó la función representativa del artista desde una perspectiva diferente, al dar tres enfoques distintos al galimatías de inventar y personificar la función de la artista: la de «resolver un factor desconocido del arte y un factor desconocido de la vida», como afirmaba

Eva Hesse. En 2005, con *Mother Stone: The Vitality of Modern British Sculpture*, demostró que temas supuestamente personales, incluso biológicos, como el embarazo y la maternidad se convertían en preocupaciones públicas fundamentales para la escultura, gracias al trabajo de Epstein, Moore y Hepworth.

A House Divided consta de once estudios sobre sendos artistas, y un último capítulo dedicado más ampliamente al *performance* y el video en torno a 1970. La selección en sí ilustra en qué medida el problema de la nación y su iconografía ha sido una preocupación artística fundamental: las meticulosas recreaciones/deconstrucciones de la bandera estadounidense efectuadas por Jasper Johns a partir de jirones de tela y papel de periódico sumergido en cera pigmentada, a mediados de la década de 1950; *Red Race Riot* (1963), de Andy Warhol, serigrafías de fotos de prensa en las que un perro de la Guardia Nacional ataca a un defensor de los derechos civiles afroamericano (Wagner argumenta ingeniosamente que se trata de un «pintor de historia»); *Splitting* (1974), de Gordon Matta-Clark, la casa estadounidense seccionada por una motosierra; el Monumento conmemorativo de la Guerra de Vietnam (1982) diseñado por la estudiante chino-estadounidense de 21 años Maya Lin; a partir de la década de 1990, las siluetas recortadas en papel, a tamaño natural, de Kara Walker, como representaciones de la raza. Otros estudios –sobre David Smith, Dan Flavin, Bruce Nauman, Louise Bourgeois, Eva Hesse, Agnes Martin– están agrupados más en general bajo el título «A Place of Safety», en referencia no solo al «exilio interior» proporcionado por el estudio del artista, sino también al argumento, planteado por Clement Greenberg en «La situación del momento» (1948), de que la fuerza de la pintura estadounidense radicaba en las condiciones adversas de la cultura en ese país: «aislamiento, o mejor dicho, la alienación que lo causa»; «la experiencia de esta verdadera realidad es indispensable para cualquier arte ambicioso».

Esta estructuración pretende sugerir dos estrategias diferentes, las cuales hablan, sostiene Wagner, del problema del «hogar» del artista estadounidense contemporáneo: «de qué modo él o ella imagina, en cuanto ciudadano/a del imperio, el emplazamiento y el alcance de la obra artística». Distingue entre aquellos cuya obra imagina una «pertenencia sin fisuras a la nación» y otros centrados por el contrario en el «aislamiento productivo respecto a las ambiciones [de dicha nación]». Tal vez esta distinción no sea exactamente congruente con la famosa aporía de «complicidad frente a crítica» que Wagner reconoce como dilema recurrente en la bibliografía sobre Warhol –una cuestión que, por su naturaleza, «es imposible responder con seguridad», a pesar del hecho inequívoco, o tal vez debido a ello, de que en *Red Race Riot* «el artista pinta como progresista»– o con el tema de la «conformidad y la diferencia» que ella detecta en algunas de las primeras obras del pintor; pero está ciertamente relacionado. Por esa misma razón no es fácil coincidir con la autora, cuando interpreta esto como una división

genuina entre las actitudes de los artistas que analiza, las cuales parecen consistentemente muy ambiguas. Así, las Barras y las Estrellas reconstituidas de Johns, «hablan de lo decisiva pero sutilmente que nuestra pertenencia inconsciente al proyecto nacional puede perturbar la superficie de nuestra vida cotidiana». Es algo muy bien dicho y que explica a la perfección el caso de Johns, precisamente por la forma en la que implica al mismo tiempo pertenencia y ruptura.

El subtítulo de *A House Divided* parece prometer una especie de visión general, incluso una investigación exhaustiva, que resulta esquiva. Pero suscita la duda de por qué 1955, en lugar del punto de partida más convencional de 1945. Si Wagner hubiera seguido la práctica de tomar el final de la Guerra como su punto de partida, seguramente habría empezado su libro con un artículo sobre Jackson Pollock, cuya mitología siempre se basó en que era el más estadounidense de los artistas estadounidenses. Al iniciar su reloj registrador diez años después, el comienzo está igualmente predefinido, algo que no necesariamente contradice la afirmación hecha por Wagner de que «he sopesado cuidadosamente mi decisión». Si el expresionismo abstracto constituía lo que Irving Sandler llamó «el triunfo de la pintura estadounidense», sus repercusiones o respuestas empiezan con Jasper Johns y sus cuadros de la bandera estadounidense. El de Wagner es por lo tanto un comienzo *in media res*, ya que afirma que la primera *Flag* de Johns, pintada en 1954-1955, «no fue realizada tras el expresionismo abstracto sino directamente en medio de él». Sin embargo, habría que disentir de la afirmación que ella hace de que «constituye un rechazo de la invención a favor de la convención», ya que no está claro que los expresionistas abstractos reivindicasen alguna vez la invención como su objetivo, si bien es cierto que pretendían desacatar la convención. El núcleo del libro, en todo caso, hace referencia al arte de las décadas de 1960 y 1970, y solo Johns y David Smith representan la de 1950, mientras Kara Walker nos acerca al presente.

Wagner resalta desde su primera frase que el suyo es «un libro de artículos separados, cada uno de los cuales deriva de su propio momento y sigue su propia dirección». Escritos entre 1996 y 2011, los artículos fueron publicados primeramente en revistas –*Representations*, *Grey Room*, *Artforum*, *October*–, catálogos o recopilaciones editadas. Pero fuesen cuales fuesen sus causas originales, estos ensayos se entrecruzan lo suficiente como para hacer que el lector desee que hubiesen respondido más explícitamente al momento y a la dirección del propio libro. Ejemplos: en el primer capítulo, Wagner dilucida el sentido inesperado en el que la serie de las banderas de Jasper Johns habla sobre la «cualidad de ser blanco y la identidad masculina». De igual modo, en el siguiente, dedicado a Warhol, nos recuerda que sus cuadros *Race Riot* tratan tanto del género como de la raza, «el interminable espectáculo de conflicto entre *hombres* blancos y negros» (la cursiva es mía, pero el énfasis

es suyo). En consecuencia, la autora detecta un silencio respecto a «las continuas amenazas a mujeres y niños, con independencia de su color» en el discurso heredado y rearticulado por Warhol. Uno no puede sino pensar en la anterior detección de los temas de blancura y masculinidad en Johns; al hacerlo, es difícil no preguntarse en retrospectiva por qué a Wagner no le pareció necesario señalar si debería interpretarse que esto implica una exclusión similar, y de ser así, cómo y por qué. De repente, uno desea que Wagner hubiera ampliado sustancialmente este argumento cuando habla sobre Johns, y que en su discusión sobre Warhol hubiera analizado, aunque fuese someramente, cómo y por qué éste difiere de Johns en su forma de abordar el género y la raza.

Más extraño es, en consecuencia, que en el capítulo sobre las siluetas de papel recortadas de Kara Walker especifique que «en la obra de Walker (al contrario que en la de Andy Warhol, pongamos), la raza adquiriría inicialmente forma visual mediante el uso del blanco y negro»; extraño, porque lo que la digresión de Wagner sobre Warhol pasa por alto es que al usar la serigrafía, el artista parte de las fotografías en blanco y negro y, en el proceso, tiende a eliminar los grises intermedios; sí, los imprime en fondos de color, pero nosotros seguimos experimentándolos como imágenes en blanco y negro con color añadido. El capítulo dedicado al famoso proyecto de Gordon Matta-Clark de cortar por la mitad una casa suburbana, *Splitting* (1974), examina correctamente la relación/distinción, en este momento particular de la historia del arte estadounidense, entre escultura y arquitectura. En el siguiente, Wagner no aborda directamente la dicotomía escultura-arquitectura al hablar del *Vietnam Veterans Memorial* de Maya Lin —construido en 1982, pero en muchos aspectos un vástago tardío del minimalismo de la década de 1960— aunque si lo hace en la conclusión, vuelve a referirse a la *Flag* de Johns para establecer una reveladora distinción: Johns inserta material del mundo cotidiano en la superficie del cuadro mientras que, al reflejar la «existencia social» de los visitantes del monumento, «el pulido muro negro de Lin» «los convertía en su superficie».

Estos cinco artículos constituyen la primera parte del libro, titulada también «A House Divided». Podría deducirse que éstos son sus artistas más conflictivos, mientras que los de la segunda parte, «A Place of Safety», son los que mejor lograron —¿o sencillamente fueron más complacientes?— encontrar una especie de refugio en un mundo cruel a través de su arte y de la subsunción de dicho arte en la «solidez artificial» de la nacionalidad. No es así. Artistas como Dan Flavin, Louise Bourgeois y Eva Hesse, por citar tres de los estudiados, son lo opuesto a conformistas; Wagner resalta con razón su inflexibilidad. Si algo distingue las dos partes del libro, es que la segunda minimiza todo lo que pudiera parecer específicamente estadounidense en la obra de estos artistas estadounidenses (o franco-estadounidense, en el caso

de Bourgeois, que emigró a Nueva York en 1938 y murió allí en 2010). En estos artículos, las conexiones temáticas de Wagner van mucho más allá de lo nacional. Algunas no son desconocidas –David Smith y el trabajo, Bruce Nauman y el cuerpo– aunque aquí están más sutilmente articuladas; otras asociaciones son más inesperadas, como la de Agnes Martin y la cibernética. Otra diferencia sería el modo en el que los capítulos de la primera parte desarrollan sus temas, presentando diálogos sutilmente polémicos con otras obras, ya sean esperados –compara el memorial de Lin con el opuesto que se le yuxtapone literalmente, el bronce heroico de tres atractivos soldados creado por Frederick Hart– o no tanto. Confronta los cuadros de Warhol con diversas obras de artistas negros, así como con la imagen «brillante y apasionada» realizada por Norman Rockwell de una escolar negra, pionera de la integración, protegida por cuatro policías estadounidenses sin rostro.

Uno de los ejercicios más reveladores de comparación y contraste que efectúa Wagner es el realizado entre Kara Walker, artista del blanco y negro, y Byron Kim, pintor de las «inagotables diferencias» de tonalidades casi indistinguibles de la piel humana. Concede a Walker lo mejor del argumento, pero su propio método es más cercano al de Kim: a Wagner le gusta dilucidar sombras y matices, huyendo de lo definitivo o declarativo, o recurriendo a lo interrogativo como defensa contra ellos. Su último capítulo, sin embargo, analiza el artículo escrito por Rosalind Krauss para el número inaugural de la revista *October* en 1976, «Video: An Aesthetics of Narcissism», y lo refuta sustancialmente. Yo debería decir a este respecto que este ensayo de Wagner, y varios de los dedicados a distintos artistas –en particular los de Warhol, Smith y Martin– deberían convertirse en referencias obligatorias para futuros especialistas en el tema. Para Wagner, la cuestión esencial del videoarte inicial, y del *performance art* –Vito Acconci, Joan Jonas, etc.–, que tanto se asoció con él, comportaba cierta ansiedad acerca de la continua viabilidad de un arte verdaderamente público: «¿Cómo puede una obra hacerse pública?» ¿Cuál es la naturaleza de la copresencia mutua de objeto y espectador?

Wagner señala que dichas cuestiones «reformulan otras ansiedades del momento» que figuran como temas de *A House Divided*: «la relación del artista con sus conciudadanos, o el dualismo conflictivo entre pertenencia y alienación». Pero su argumento parece haberla conducido a preocupaciones más formales y metafísicas que políticas o sociales, ya que parece llamar la atención sobre los efectos de la tecnología propiamente dicha. Por medios tecnológicos estos artistas se dirigen a una especie de público, ciertamente, pero solo en un sentido mínimo: no *una* gente o *la* gente, no «conciudadanos», sino simplemente cualquiera. En el video de Acconci titulado *Centres* (1971), se observa al artista señalando la cámara de vídeo, por tanto a sí mismo grabado, como resalta Krauss, pero

también al espectador, que es lo que cuenta en el argumento de Wagner. Pero el espectador que está siendo señalado no está siendo interpelado –si usamos la palabra que Althusser puso en circulación aproximadamente por la misma época– por ser estadounidense o extranjero, burgués o trabajador, hombre o mujer. Acconci está señalando a cualquier espectador; la posible identificación o desidentificación entre el individuo concreto, Acconci, que está señalando, y el espectador inespecífico, X, que se encuentra señalado o señalada, es la incertidumbre central de la obra.

Lo que nos hace volver a la obra de un artista como Acconci –y algo cuya carencia Wagner le reprocha a Bill Viola, un videoartista tecnológicamente más espectacular– es una «desconfianza innata en su medio». Pero esta desconfianza parece mucho más pequeña que esa ansiedad, seguramente relacionada pero no sinónima, que Picasso proclamó en una ocasión como la lección de Cézanne. Ciertamente esta desconfianza no basta por sí sola para convertir a Acconci, o a los demás artistas valorados por Wagner, en «artistas ciudadanos algo más que de nombre»; al menos, no si los artistas desconfían solo del medio, o si la desconfianza es todo lo que tienen que aportar al medio. La propia Wagner despliega su escepticismo, pero también su convicción, mucho más ampliamente. Su escritura alcanza la mayor capacidad de convicción en aquellos párrafos en los que la autora logra por fin superar su recelo innato. En el ensayo sobre David Smith, por ejemplo, nos recuerda que la escultura «está en constante diálogo con otras formas de manufactura»; «toda escultura digna de consideración recuerda a otra escultura, sí, pero aún más a hitos tales como el ladrillo, el muro, el barril, el cuenco, el ataúd, el hacha de mano, el obús, el proyectil, el microchip». La fuerza de la escultura de Smith radica en la profunda familiaridad del autor con muchas de estas formas; y de hecho, en la confianza del artista en que su obra podía sacar algo significativo de la relación con ellas. En principio, la tecnología de la grabación de imágenes con video no es más, aunque tampoco menos, alienante que la tecnología para producir microchips, forjar armas o cocer ladrillos. Deberíamos recordarnos incansablemente a nosotros mismos que es la estructura de las relaciones sociales en las que se despliega cualquier tecnología, y no la tecnología en sí, la que determina los efectos más potentes de ésta. En la mayor parte del libro, Wagner recuerda que, aparte del uso de cualquier medio dado, hay razones para la «disonancia de la identidad» en la obra de los artistas estadounidenses, que «tanto apuntala el poder de la nación en general como imagina un orden de cosas alternativo». Pero en esto, como en muchas otras cosas, probablemente Estados Unidos sea mucho menos excepcional de lo que le gustaría creer.

Katherine Boo, *Behind the Beautiful Forevers: Life, Death and Hope in a Mumbai Slum*, Londres, Portobello Books, 2012, 256 pp.

JAN BREMAN

VIDA Y MUERTE EN ANNAWADI

Las áreas hiperdegradadas son el hábitat *par excellence* de una parte muy considerable de la mano de obra informal mundial. Estos asentamientos pueden ser urbanos o rurales, pero la característica que los define a primera vista es la pobre calidad de la vivienda y la miserable provisión de servicios básicos. No hay escasez de obras sobre las áreas hiperdegradadas, como dejaba claro el panorámico estudio de Mike Davis en *Planet of Slums*. Dentro de esta amplia bibliografía, Bombay en particular –donde las áreas hiperdegradadas que albergan a la mitad de la población ocupan menos de una décima parte del terreno– ha sido objeto de un gran número de estudios. No obstante, la crónica de Annawadi de Katherine Boo destaca como un impresionante relato del trabajo y la vida en los márgenes de la economía urbana. Agazapada a la sombra del aeropuerto internacional de la ciudad, Annawadi nació en 1991 cuando un equipo de trabajadores de la construcción traídos de Tamil Nadu para arreglar una pista de aterrizaje decidieron quedarse allí cuando finalizó su trabajo, levantando un asentamiento a partir de un pantano; su nombre viene de la palabra tamil *anna*, un término respetuoso para «hermano mayor». Sus actuales habitantes viven de las sobras de la opulencia cercana, de la basura de un racimo de relucientes hoteles de lujo, oficinas y edificios del aeropuerto. Si no es recuperando desechos, recurren a hurtar material de obras en construcción o almacenes desperdigados alrededor del aeropuerto.

El descarnado contraste entre Annawadi y la riqueza que la rodea es una de las razones por las que Boo –anteriormente una periodista de *The Washington*

Post que en 2000 obtuvo el Premio Pulitzer por su trabajo sobre residencias para discapacitados mentales y que desde 2001 es redactora del *The New Yorker* eligió este terreno para su investigación. El título algo empalagoso de su libro procede del repetido eslogan de un anuncio de baldosas italianas para suelos, pegado a un muro de cemento que oculta el área de la vista. Una segunda razón para centrarse en este enclave fue su reducida escala, que permitía encuestas puerta a puerta y lo que Boo llama la aproximación de la sociología vagabunda. En el transcurso de más de tres años, desde finales de 2007 a principios de 2011, regresó repetidamente a Annawadi. Seguir las experiencias de la vida diaria a lo largo de un periodo de tiempo tan amplio le permitió que su inicial perspectiva «desde fuera» se aproximara a una perspectiva «desde dentro». Si en cierta medida ha pasado por alto el contexto más general, Boo ha conseguido estar cerca de los altibajos de un pequeño número de hogares sobre los que se ha detenido, y sus relatos están ampliamente documentados.

El asentamiento que ha sido su objetivo está formado por 335 cabañas en las que se hacían más de tres mil personas. Las áreas hiperdegradadas tienen una compleja configuración de clase, y Annawadi no es una excepción. Unos cuantos de los hogares aspiran al estilo de vida de la pequeña burguesía; son los que conectan a otros residentes con los detentadores del poder de la supraciudad –políticos, burócratas y ONG en particular– cuya ayuda se busca para salir de problemas, obtener un beneficio gratuito o protegerse de alguna amenaza. La identidad de clase de la gran mayoría de los habitantes del área hiperdegradada es la de subproletariado, mientras que un resto de desahuciados constituyen el elemento lumpen –comedores de ratas, ranas y maleza– cuya presencia se necesita como recordatorio de que la vida puede ser peor de lo que ha sido hasta ahora. Superpuestos sobre estos modelos socioeconómicos están las identidades confesionales, de casta, étnicas y regionales. Las dos familias centrales en la narrativa son una musulmana y otra hindú, originarias de Uttar Pradesh y del interior de Maharashtra respectivamente, pero el área también cuenta con nepalíes, tamiles y gente de muchos otros lugares.

El relato de Boo se abre con la llegada de la policía a medianoche para arrestar a Abdul Hakim Husain, un joven clasificador de basura, y a su padre, acusados de un falso delito por el que no obstante pasarán un tiempo en prisión durante una prolongada espera hasta que se celebre el juicio. Los hechos que llevaron al fatídico delito y el tortuoso camino posterior de la familia de Husain a través del sistema de justicia penal, forman una de las principales líneas narrativas del libro. La otra se centra en la familia de Asha, un emprendedor militante del Shiv Sena que aspira a convertirse en el cacique de la zona, «y utilizar la inexorable corrupción de la ciudad para ascender a la clase media». Las técnicas de la autora son en última instancia las de una periodista investigadora, aunque durante todo el libro, la prosa de Boo cuenta acontecimientos de la misma manera que lo haría una novela:

lacónicas y evocativas descripciones y diálogos alternando con entregas en un libre estilo indirecto de los sentimientos y pensamientos de un individuo determinado. Solamente al final, en una nota de la autora, aparece la propia narradora y se describe la naturaleza de su interacción con los habitantes del área, como visitante investigadora externa acompañada por colaboradores de la investigación que también hacían las veces de traductores.

Los acontecimientos en Annawadi se retratan a menudo a través de los ojos de jóvenes. Como Boo señala en su nota final, realmente los niños pueden ser testigos más fiables, más abiertos de mente, para discutir las hazañas y fechorías de los adultos, y sus perdiciones. Sin embargo, entre esa misma generación las esperanzas de un futuro mejor están inevitablemente empañadas por el realismo; se puede soñar con caminos que conduzcan fuera de la abyecta pobreza, pero demasiado a menudo resultan ser callejones sin salida. Hay una aceptación en la práctica de que el sentido deseo por ascender desde la subciudadanía a la ciudadanía implica una reclamación de respetabilidad que más a menudo se niega que se reconoce. Sin duda ocasionalmente hay un dinero caído del cielo, unas ganancias inesperadas que traen un alivio temporal, pero pronto dan marcha atrás. El sentido de privación es aún más crudo porque a poca distancia el brillo y el encanto abundan; como dice Mirchi, el hermano más joven de Abdul, «todo a nuestro alrededor son rosas y nosotros somos la mierda en medio».

Para la gran mayoría de los protagonistas de Boo, los contratiempos están a la orden del día. Esta amarga lección tiene mucho que ver con la falta de un trabajo decente y de unos ingresos adecuados para casi todos los habitantes de este área. De los más de tres mil habitantes de Annawadi, solamente seis tenían acceso a un trabajo fijo. ¿Qué clase de plan de trabajo diario tienen el resto de los hombres, mujeres y niños?

Uno por uno, los obreros de la construcción partían hacia una intersección donde los jefes de obra eligen a los trabajadores a jornada. Chicas jóvenes empezaban a enhebrar caléndulas en guirnaldas que pregonarán por la tarde en la hora punta del tráfico. Mujeres mayores cosían parches en edredones de algodón rosas y azules para una empresa que paga por pieza. En una pequeña y sofocante fábrica de moldeado de plástico, hombres con el torso al descubierto maniobraban engranajes que convierten cuentas de colores en ornamentos que colgar de espejos retrovisores; patos sonrientes y gatos rosas con joyas alrededor de sus cuellos que ellos no podían imaginar que nadie, en ningún sitio, pudiera comprar. Y Abdul, en cucullas sobre el *maidan*¹, empezando a clasificar la basura adquirida en dos semanas, cubierto por una manchada camisa arremangada sobre su protuberante columna vertebral.

¹ Un *maidan* es un espacio abierto dentro o cerca de la ciudad, a menudo utilizado como lugar de mercado, reuniones, etc. [N. del T.].

Dejando de lado la inadecuada ingesta de alimentos y las espantosas condiciones sanitarias en las que viven, los habitantes del área hiperdegradada tienen que afrontar una contaminación que es tremendamente peligrosa para su salud, ya trabajen al aire libre o en talleres; los términos del empleo son tan pésimos como para que en sí mismos constituyan un peligro más. Las condiciones laborales en una industria pesada de un área hiperdegradada cercana son un buen ejemplo:

Entre las hectáreas de cobertizos de Saki Naka había maquinaria de fundición y de trituración de plásticos, propiedad de hombres con blancas camisas almidonadas, para mostrar la distancia del propietario de la mugre de su negocio. Algunos de los trabajadores de las instalaciones tenían la cara negra por el polvo del carbón, y seguro que también los pulmones de respirar polvo de hierro. Pocas semanas atrás, Abdul vio cómo un niño perdía una mano limpiamente cuando estaba metiendo plástico en una de las trituradoras. Sus ojos estaban llenos de lágrimas pero no había llorado. En vez de ello estaba con su muñón chorreando sangre, perdiendo su capacidad para ganarse la vida, y disculpándose con el propietario de la instalación. «Sa'ab, lo siento», decía al hombre de blanco. «No le causaré ningún problema informando de esto. No le ocasionaré ninguna molestia».

El elevado consumo de alcohol y la adicción a drogas, que para los jóvenes toma la forma de esnifar líquido corrector, son vicios que debilitan su capacidad para trabajar y acaban en una espiral marcada por la lumpenización. La narración de Boo está repleta de enfermedades y heridas, de invalidez crónica o temporal y de una prolongada debilitación del cuerpo o la mente que desemboca en una prematura pérdida de la vida. Esta extraordinaria mortandad se encuentra coronada, sin embargo, por un cierto número de suicidios: mujeres jóvenes que beben veneno para ratas, por ejemplo, incapaces de soportar más la agonía física o mental.

Esto nos lleva a la notablemente baja diversidad demográfica de la población de Annawadi: los ancianos están casi totalmente ausentes y la interacción entre las generaciones se limita a la de los padres con sus hijos. La alta morbilidad que acaba en la muerte a los cuarenta años o poco más no puede ser la única explicación de la falta de abuelos en el área. Una causa más probable parece ser que aquellos que han perdido su capacidad para trabajar, y ya no pueden contribuir a las necesidades de simple supervivencia del hogar, no pueden depender de que los otros miembros se ocupen de ellos. Los hogares pueden de vez en cuando tolerar que haya miembros incapaces de contribuir por completo al presupuesto, porque los episodios de desempleo se producen con frecuencia. Pero hacerse viejo y perder la capacidad de trabajar es una carga demasiado pesada para que la asuma la siguiente generación, y obliga a la gente que afronta esa situación a desaparecer de la escena. Mal equipados para sobrevivir, la mayoría de ellos regresa a su lugar de origen para desvanecerse en una lenta inanición.

El continuo tránsito por Annawadi de gente de toda India es una llamativa característica de este asentamiento. El que se queden o no está condicionado, como explica Boo, por la escasez de trabajo regular: sin tener unos ingresos es casi imposible mantener cualquier posición que hayan establecido en Annawadi. Sin embargo, Boo tiene poco que decir sobre los lugares de origen de esta gente: aunque hizo viajes a las tierras del interior –un capítulo cuenta la visita de Asha y su hija Manju al pueblo de su familia en Vidarbha– está claramente más familiarizada con el área hiperdegradada de Bombay en la que ha centrado su libro. En consecuencia, solo menciona brevemente un abanico de temas –el movimiento maoísta, la oleada de suicidios de agricultores, el programa de empleo público para los pobres rurales, los vanos intentos por encontrar trabajo en la ciudad– que necesitarían más espacio y contexto para ser comprensibles.

La misma diversidad de la población del área hiperdegradada refuerza la necesidad de delimitar identidades claramente separadas. Consolidar los vínculos en virtud de la etnicidad, de religión, de casta y del lenguaje resulta decisivo para buscar trabajo o patronazgo político. Aquellos que simplemente llegan al mercado de trabajo urbano faltos de esos vínculos están condenados al fracaso, como le sucedió a Anil, uno de los primos de Manju que vino del pueblo. Sin vislumbrar ningún futuro como trabajador agrícola, se convirtió en uno más del millón y medio de indios procedentes del campo que anualmente buscan suerte en Bombay:

Cada amanecer estaba con otros buscadores de trabajo en Marol Naka, una intersección cerca del aeropuerto, donde los jefes de obra llegan en camiones para recoger a trabajadores a jornada. Cada mañana llegaban mil hombres y mujeres sin trabajo; unos cientos resultaban elegidos [...] Después de un mes de fracaso se volvió a su casa.

El infortunio económico no es la única razón por la que los emigrantes se van. También pueden quedar de nuevo a la deriva como consecuencia de la agitación política o comunitaria, como la instigada por el Shiv Sena. Esta virulenta organización nacionalista hindú aspira a purgar Bombay de extranjeros –de musulmanes especialmente– pretendiendo reemplazarlos con originarios de Maharashtra. Cuando Boo comenzó su investigación Annawadi solamente tenía quince años de existencia, pero ya habían pasado por allí tres oleadas de emigrantes.

En 2002, los maharashtrianos habían marginado a los trabajadores tameses que fueron los que primero limpiaron el terreno. Pero en un área hiperdegradada una mayoría es algo difícil de mantener cuando prácticamente nadie tiene un trabajo fijo. Los annawadianos iban y venían, vendiendo o alquilando sus cabañas en un próspero comercio subterráneo y, a comienzos de 2008, los emigrantes del norte de India, contra los que se manifestaba el Shiv Sena, se habían convertido en la mayoría relativa.

La última oleada de pobladores vive bajo una inminente amenaza que si se materializa pondrá fin al corto ciclo de vida de Annawadi: el aeropuerto ha sido privatizado, adquirido por un «conglomerado de nombre GVK, preocupado por su imagen» que planea arrasar Annawadi y otros treinta asentamientos para hacer sitio a una nueva terminal. Como cuenta Boo, el Estado de Maharashtra ha prometido realojar a los habitantes que puedan probar su residencia desde 2000, y muchos han empezado a prepararse para la recolocación. Sin embargo, dos tercios de los habitantes no han vivido en sus cabañas lo suficiente como para poder acogerse a la medida y no tienen otra opción que trasladarse a otro asentamiento o acampar en un terreno desolado en otra parte.

La denominación de «subciudad» no se refiere solo a las inadecuadas condiciones de vida y a la falta de servicios básicos con las que tienen que vivir los habitantes del área hiperdegradada. Simplemente vivir en Annawadi es ilegal, está acompañado de un estigma de subversión y criminalidad del que la gente de la supraciudad está libre por definición. Significa que desde la cuna a la tumba, a los subciudadanos no se les reconoce ni siquiera un mínimo de respetabilidad u honor. Entonces, ¿por qué participan en las elecciones? Como es de sobra conocido, los pobres lo hacen con mayor fervor que los segmentos acomodados del electorado indio. Boo sugiere que su disposición para hacerlo demuestra su pretensión de inclusión:

Lo decisivo era el acto de votar. Los habitantes de las áreas hiperdegradadas que estaban criminalizados por el lugar donde vivían y por el trabajo que realizaban eran en este caso iguales a cualquier otro ciudadano de India. Eran una parte legítima del Estado, si podían estar incluidos en el censo.

El voto es saltar sobre la barrera que han levantado las autoridades para mantener a las masas firmemente más allá del ámbito del Estado. Estar registrado es ser reconocido como residente y otorga a los *sans papiers* una reclamación de legalidad. Esta es la razón por la que las gentes de Annawadi están tan deseosas de obtener una tarjeta de elector, más como un documento oficial de su presencia que como medio de sufragio. A la inversa, los patronos políticos en la supraciudad necesitan de los bancos de votos en la subciudad para mantener su control del poder. Los caciques de las áreas hiperdegradadas son indispensables para ello, dado que se encargan de la captación y la distribución del dinero y la bebida necesarios para ganar o consolidar un escaño en la asamblea municipal o estatal. Desde luego, el dónde y cuándo emitan los pobres sus votos no significa que el resultado político les favorezca.

Exasperada por las profundas capas de miseria en Annawadi que ha sacado a la luz, Boo se pregunta, «¿por qué no implosionan más nuestras desiguales sociedades?». La respuesta algo simple que da a esta decisiva pregunta es que,

lamentablemente, ella no ha encontrado fundamento a la idea de una comunidad mutuamente solidaria entre los pobres:

Los individuos indefensos culpan de sus carencias a otros individuos también indefensos. Algunas veces tratan de destruirse los unos a los otros. Algunas veces [...] se destruyen a sí mismos en el proceso. Cuando eran afortunados, como Asha, mejoraban su suerte arruinando las oportunidades de vida de otros pobres.

Aunque simpatice con la desilusión de Boo sobre la falta de solidaridad entre los oprimidos –su envidia y desconfianza mutua– estoy totalmente en desacuerdo con que su explotación y opresión estén causadas por su incapacidad o falta de voluntad para unirse en una acción conjunta. No se trata de que la evidencia factual de Boo sea defectuosa o esté tergiversada, sino que no es completa. La acción colectiva en base a líneas verticales de dependencia se adapta a algunos de sus informantes mejor que invertir en lazos horizontales de reciprocidad y comunidad. Por ejemplo, a Asha no le importa tener relaciones sexuales con un policía o un político si eso es lo que hace falta para ser nombrado cacique del asentamiento y finalmente estar al alcance de la supraciudadanía. (Los niños de Annawadi son incómodos testigos de muchos ejemplos de este intercambio extramarital). No discuto la opinión de Boo de que el área hiperdegradada es un cruel campo de batalla donde las gentes son propensas a promover su propio interés en vez de superar lo que las mantiene divididas. Como se lamenta Zehrunisa Husain, la madre de Abdul, «estamos muy solos en esta ciudad». Sin embargo, buscar en su entorno el origen de la pobreza, y acusarles de fracasar en remediar su miseria por medio de la acción colectiva, desde mi punto de vista es algo que se acerca a culpabilizar a las víctimas.

Boo puede haber sido llevada a expresar esa opinión por el hecho de que el lugar de su investigación también era el marco de su análisis; en su búsqueda de una explicación puede haber estado demasiado cerca de la gente a la que retrataba. Aquí se podría objetar que Boo se movió fuera del área para comprender y contextualizar asuntos locales en un escenario más amplio: hizo el esfuerzo de analizar más de tres mil documentos públicos, gracias a las solicitudes hechas a diversos organismos gubernamentales invocando la Ley del Derecho a la Información. Obtener esos documentos le permitió investigar las interacciones de la población de Annawadi con la policía de Bombay, las autoridades sanitarias y educativas, los funcionarios electorales y de distrito, los tribunales y las morgues. Esta encomiable extensión en la escala de su investigación permitió a Boo revelar los medios por los que una mezcla de corrupción e indiferencia borra del registro público las experiencias diarias de los ciudadanos pobres.

La desenfrenada práctica de la extorsión de la que caen presos los habitantes del área hiperdegradada corre a cuenta de funcionarios y políticos que privatizan

su autoridad pública, dando un ejemplo de lo que he llamado la informalización de la política y la administración. Lejos de mostrar preocupación alguna por el bienestar de sus subciudadanos, el gobierno indio ni siquiera reconoce su extrema miseria. Boo sarcásticamente resume la idea que tiene el Estado:

Prácticamente nadie en el área hiperdegradada estaba considerado pobre según las referencias comparativas oficiales indias. Por el contrario, la población de Annawadi estaba entre los más o menos cien millones de indios liberados de la pobreza desde 1991, cuando, aproximadamente en el mismo momento en que se fundaba el asentamiento, el gobierno central abrazó la liberalización económica. La población de Annawadi era así parte de una de las más conmovedoras narrativas de éxito de la moderna historia del capitalismo global de mercado, una narrativa que todavía se mantiene.

Si los funcionarios del Estado aparecen bajo una luz poco favorecedora, los benefactores de la sociedad civil no tienen una reputación mucho mejor. Las agencias no gubernamentales están llamativamente ausentes de Annawadi pero, en los pocos casos en que aparecen, estos voluntarios suministradores de beneficencia no son menos corruptos que los funcionarios del Estado. La hermana Paulette, que dirige el orfanato de las Siervas de la Santísima Trinidad, vende comida y ropa donada para sus necesitados pupilos; la utilización de frases como «huérfano con SIDA» la ayuda a obtener dinero de extranjeros, aunque echa a los niños cuando se ve el fraude en que se basa su trabajo de caridad.

Boo nos ha dado un incisivo retrato de la vida en el área hiperdegradada, y no estoy de acuerdo con aquellos que han sugerido que su crítica de políticos y burócratas indica un sutil alineamiento con el credo neoliberal, inclinado a reducir el Estado y promover la libre empresa. Eso me parece una injusta distorsión. Boo tiene una clara opinión crítica del impacto de la globalización sobre las vidas de los pobres. También es bastante razonable, en cierto sentido, que Boo no esté interesada en presentar sus hallazgos como están acostumbrados a hacerlo los científicos sociales, enmarcándolos dentro de un lienzo más amplio. Aun así, hay alguna ligera miopía en la mirada de la narrativa, parecida a la perspectiva de Isherwood sobre la empresa que dirigió en Alemania durante la década de 1930, y que le llevó a escribir al principio de *Goodbye to Berlin*: «Soy un cámara con su disparador abierto, totalmente pasivo, registrando, no pensando». Boo podría haberse beneficiado, por ejemplo, de estudiar el comercio de chatarra que conecta los montones de desechos y las zonas vedadas donde actúan los recolectores de basura con los mercados donde los desperdicios se venden y reutilizan. Aunque menciona el hecho de que más de la mitad de la población de Bombay vive en áreas hiperdegradadas, Annawadi no está situada en el tejido general de la economía de la ciudad. Señalar simplemente que Mukesh Ambani observa las subciudades de Bombay desde las

veintisiete plantas de su rascacielos donde los cinco miembros de su familia son atendidos por seiscientos criados, no compensa la falta de una perspectiva más amplia sobre una sociedad inclinada a la desigualdad y sobre un depredadora economía capitalista que no está dispuesta a incorporar a los trabajadores pobres con unas condiciones de empleo decentes.

En el relato de Boo falta, por encima de todo, el régimen de informalidad, aunque constituye el telón de fondo de todo lo que transpira en Annawadi. Esto va mucho más allá de la ausencia de compañerismo entre los habitantes del área, de su constante negativa a compartir el trabajo escaso y los recursos disponibles, sobre lo que Boo se muestra con razón desesperada. ¿Por qué no pueden juntarse estos hogares, poniendo fin a su mutuo antagonismo? Porque invertir en la afinidad puede ser un negocio arriesgado y costoso, y porque la tendencia es no atender demasiado fácilmente las llamadas de ayuda, incluso de parientes cercanos. Desde luego, la verdadera cuestión es cómo superar la mercantilización de las relaciones como el principio organizador que estructura no solo la interacción entre vecinos, sino también entre los miembros del mismo hogar. Los niños de Annawadi han contado a Boo cómo los lazos que los atan a sus padres son instrumentales y contractuales, a menudo faltos de amor y cuidado; la mano de obra que suponen se convierte en la verdadera medida de su permanencia en la casa. Durante su crianza pierden gradualmente los sentimientos de empatía que habían expresado libre y generosamente a una edad más temprana, una moral que no pueden permitirse alimentar en la desesperada búsqueda de la supervivencia. En su epílogo, Boo escribe:

Al realizar mi informe, me veo continuamente sacudida por las imaginaciones éticas de gente joven, incluso de aquellos que están en circunstancias tan desesperadas que el egoísmo sería un activo. Los niños tienen poco poder para actuar sobre esas imaginaciones y, para cuando crecen, se pueden haber convertido en adultos que continúan andando mientras un agonizante recolector de basuras muere lentamente en la cuneta, que se alejan cuando una mujer quemada se retuerce, cuya primera reacción cuando un desafiante joven bebe veneno para ratas es encogerse de hombros.

Las múltiples fuerzas que explican este cambio moral antes de la pubertad no se especifican. Pero arrojar luz sobre el proceso de mercantilización, cuyas consecuencias están tan íntima y poderosamente narradas, y centrarse en la economía informal como el corazón de la cuestión, puede ser un buen comienzo. También exigiría una clase diferente de análisis que fuera más allá del lugar de la investigación. Lo que está claro es que permanecer enfangado en la pobreza no es el producto de las deficiencias de los condenados de la tierra, sino que surge desde fuera, de la política y las políticas impuestas por la supraciudad. Ese veredicto, si Boo estuviera dispuesta a firmarlo, se podría haber establecido en términos más explícitos